

JUAN

REPUBLICA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA PÚBLICA

ESSELOT

3.A

PECADOR

Ka dja  
Por  
Jules  
Claretie

PQ2193

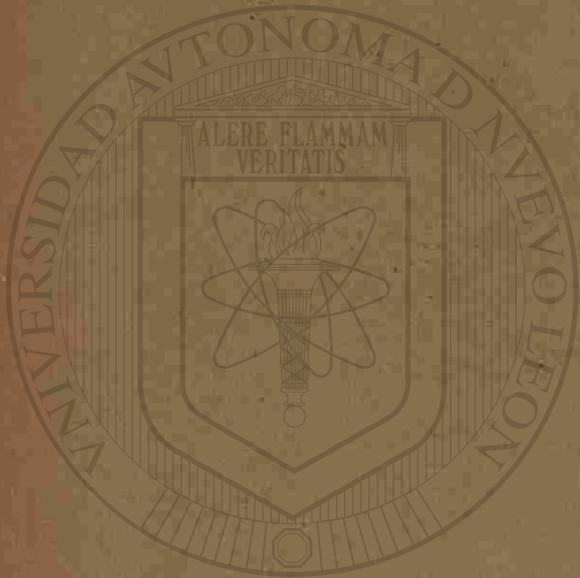
.B7

F48

1888



1020026101



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA PECADORA.

Núm. Clas. N  
Núm. Autor B. 4521  
Núm. Adg. 29755  
Procedencia -8-  
Precio 1.00  
Fecha 1954  
Clasificó AS 29  
Catalogó 20

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

**Aramblot.** — *Agnès* (narración del día): 1 peseta.  
**Barbey d'Aurevilly.** — *Lo que no muere*: 2,50.  
**BeLOT.** — *Loca de amor*: 2,50.  
**BeLOT.** — *La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.  
**BeLOT.** — *Las Corbatas blancas*: 2,50.  
**BeLOT.** — *La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.  
**BeLOT.** — *La Pecadora*: 2,50.  
**Bouvier.** — *Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.  
**Cañizo.** — *Justicia y Providencia*: 2,50.  
**Clarette.** — *Juan Moras*: 2,50.  
**Cubas.** — *El Ángel del presidio*: 1,50.  
**Cubas.** — *El Panal de miel*: 2,50.  
**Cubas.** — *La Mortaja de limosnas*: 1,50.  
**Cuentos escogidos de varios autores**: 2,50.  
**Dolpit.** — *Las represalias de la vida*: 2,50.  
**Dickens.** — *Días penosos*: 2,50.  
**Eça de Queiroz.** — *El Primo Basilio*: dos tomos, 5.  
**Edmond.** — *La Leñadora*: 2,50.  
**Enaut.** — *Gabriela de Célestangs*: 2,50.  
**Kunery.** — *El Principado Moria*: 2,50.  
**Feuillet.** — *La Muerta*: 2.ª edición: 3.  
**Feuillet.** — *Los amores de Felipe*: 2,50.  
**Feuillet.** — *Un matrimonio en la aristocracia*: 2,50.  
**Fortunio.** — *La Virgen de Belem*: 2,50.  
**Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.  
**Gautier.** — *Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.

**Gautier.** — *Novelas cortas*: 2,50.  
**Houssaye.** — *La Comedianta*: 2,50.  
**Julio Simon.** — *Dios, Patria y Libertad*: 5.  
**La Cerda.** — *El gran problema*: 2,50.  
**La Cerda.** — *La Teta de Araña*: 1.  
**Mahallin.** — *La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.  
**Ohnet.** — *El Gran Margal*: 2.ª ed.: 3.  
**Ohnet.** — *Las Señoras de Croix-Mort*: 3.  
**Ohnet.** — *Lise Fleuron*: 2,50.  
**Ortega Munilla.** — *Orgía de hambres*: 2,50.  
**Ossorio y Bernard.** — *Cuadros de género trazados á pluma*: 2.  
**Ossorio y Bernard.** — *Romances de cinco*: 4.  
**Ossorio y Bernard.** — *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.  
**Rivière.** — *El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.  
**Soles Eguilaz.** — *En el quinto cielo*: 2,50.  
**Trucha.** — *El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.  
**Ulbach.** — *El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: 2.ª ed.: 2,50.  
**Vascano.** — *Javier Malo*: 2,50.  
**X\*\*.** — *Al lado de la dicha*: 2,50.  
**Zaccane.** — *Los dramas de la Bolsa*: 2,50.  
**Zola.** — *Germinál*: 2.ª ed.: dos tomos, 6.  
**Zola.** — *Su Excelencia Eugenio Rougon*, dos tomos, 5.  
**Zola.** — *El vientre de París*: Dos tomos, 5.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

LA BIBLIOTECA DE  
**PECA DORA**

PER

**ADOLFO BELOT**

Versión castellana de

**P. SAN ROMÁN**

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO PARES"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL  
 Montera, núm. 21

098155

4888

29755

843  
B

PQ 2193  
B7  
P48  
1888



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1888.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Código: 1625 MONTERREY, MEXICO

DIALOGO ENTRE EL AUTOR Y SU EDITOR.

—¿Se puede entrar?

—Según quien sea.

—Hippeau, de la casa de Dentu.

—Entrad, querido amigo y compañero.

Y Adolfo Belot, que escribía delante de su mesa, se levantó, y estrechándome la mano, dijo:

—¿Cómo diablos os habéis compuesto para encontrarme?

—Gracias á las hojas de recuento (le respondí riendo): he comprado á peso de oro á los empleados de la alcaldía.... Les pagan tan mal á los pobres, que puede disculpárseles el haberse dejado sobornar...., y he sabido por ellos dónde habíais pasado la famosa noche del 30 al 31 de Mayo de 1886, en que se hizo la estadística.

—¡Pero si no pasé esa noche en París!

—Sin embargo, así lo habéis declarado. ¿Habréis engañado quizá á los que hacían el recuento?

—Sin querer.... En París me entregaron por la mañana mi cédula personal y mi padrón. Respondí á todas las indiscretas preguntas que se hacen en él, y, después de lleno, le entregué á mi portero y partí para Rouen. En cuanto entré en el hotel me dieron otra cédula y otro padrón.

—¡Pero si yo no soy de Rouen!—exclamé.

—Eso no importa. Os encontráis aquí el 30 de Mayo, y debéis llenar estos documentos. Las órdenes de la alcaldía son terminantes.

Para no tener más discusión, obedecí á las órdenes de la alcaldía, que no se anda en bromas con los forasteros.

Á las ocho seguí mi camino hacia el Havre, y me detuve en Fráscati. Cuando estaba desnudándome, mi criado entró en mi habitación, y me presentó por tercera vez los terribles papeletas azules y blancos. «¡No lograré que me dejen en paz! Estoy ya en el recuento...., y dos veces por falta de una; en París y en Rouen. —No tenemos nada que ver con eso, caballero. Pasáis la noche del 30 al 31 en el Havre, y debéis empadronaros.» Y.... ¿qué queréis? Me empadroné una, dos y tres veces por temor, y para que me dejaran dormir en paz.

—¿De suerte que tenéis tres cédulas personales y tres padrones?

—Justo.... Y como en cada padrón he puesto dos hijos, un secretario y una criada, me en-

cuentro con que he aumentado la población de mi país con diez personas, puesto que me he triplicado á mí y á los míos.... ¡Cuidado con el recuento!.... ¡Qué cifras dará tan exactas y qué estadísticas tan verdaderas!

—Todos no viajan como vos.

—Bueno....; pero en una nación de cerca de cuarenta millones de habitantes, convendréis en que habrá habido muy bien cincuenta mil viajeros en la famosa noche del 30 al 31 de Mayo. Si han duplicado, triplicado y cuadruplicado á ellos, á sus hijos y á sus criados, resultará un error de ciento cincuenta ó doscientos mil individuos, sin contar con los errores de todas clases y los hechos á propósito por las personas que se burlan del recuento.

—No habléis mal del recuento, sino bien, puesto que, gracias á él, os he encontrado.

—Por una casualidad, porque me voy esta misma noche.

—¿Pero no podéis estaros quieto en un sitio?

—No....: es un impulso más fuerte que yo, y ya creo que he explicado por qué; he nacido en una isla muy pequeñita, y la he ensanchado, dejándola para correr el mundo.

—¿Le conocéis todo entero?

—Bien hubiera querido; pero no he podido. Lo siento, porque después de mi muerte necesitaría aún revivir sobre la tierra.... ¿Por qué han

de cambiarme de planeta, si todavía no conozco bien éste?

—¡Ah! ¿Creéis en la vida futura y planetaria?

—Sí, tengo mis creencias, que están de acuerdo con mi vida errante y acarician mis gustos por los viajes, satisfaciendo al mismo tiempo una imperiosa necesidad de creer que después de mi muerte no ha acabado todo para mí... Me complazco, pues, en imaginarme que tenemos varias existencias que se suceden las unas á las otras. Al principio sobre la tierra, luego en el infinito de los cielos, de mundo en mundo, de planeta en planeta, pasando á uno superior ó á uno inferior, según nuestro desarrollo intelectual y moral, nuestras inclinaciones hacia el bien, nuestro camino hacia la perfección ó nuestro retroceso á la ignorancia y al mal que han sido nuestro punto de partida... ¿Queréis que os haga una imagen para que me comprendáis mejor? Figuraos una gran escala que, partiendo desde muy bajo, desde la tierra, suba muy alto, hasta el cielo. Todos los hombres, iguales en un principio, con las mismas fuerzas y las mismas aptitudes, tienen la misión de escalarla; pero los unos pierden el tiempo, miden mal sus fuerzas y permanecen siempre en los escalones de abajo ó en los intermedios. Los otros, los valientes, los entusiastas, los espíritus elevados y los corazones grandes, suben varios escalones

del primer impulso, y alcanzan pronto la cima; muchas veces les sucede que se detienen cansados en su camino; pero luego recobran su valor, y continúan la difícil ascensión.... En cambio, los otros, después de haber subido un instante, se cansan y retroceden, retroceden siempre. Mi escala, cuyo pie está hundido en la sombra, en la obscuridad, en el frío, en lo horrible, conduce al calor, á la luz, á la hermosura, al sol, al cielo, á Dios, poco importa el nombre. Sus escalones se llaman: la Tierra, Mercurio, Marte, Venus, Saturno y Júpiter. Nosotros partimos del astro más inhabitable, un átomo, una nube, un planeta errante, para llegar al astro más perfecto, al cual llevamos las perfecciones adquiridas en nuestra larga ascensión.... Estas son mis ideas, mis creencias... Os las doy por lo que valen, es decir, de balde.

—Y yo las tomo tales como me las dáis...; pero permitidme una pregunta: durante nuestra carrera á través del espacio, en una estación cualquiera, ¿tenemos conciencia del camino recorrido en nuestras existencias pasadas? ¿Entrevemos esas existencias? ¿Las recordamos?

—No lo creo. Si nos fuera dado recorrer con el pensamiento este trayecto tan largo y penoso, sembrado de tantos obstáculos y de tantos dolores; si los abismos de donde partimos se nos apareciesen, tendríamos miedo de volver á caer

en ellos, de bajar la escala, y entonces sería el temor el que nos haría ascender y progresar... Este es precisamente el reproche que yo dirijo á todas las religiones. Amenazarnos con penas y prometernos recompensas: el Purgatorio, el Infierno, el Paraíso cristiano ó el de Mahoma, disminuyen, quitan el mérito á nuestra conciencia, que por sí sola debe alejarnos del mal porque es el mal, y conducirnos al bien exclusivamente por amor al bien. Entre un católico perfecto hombre honrado, y un materialista hombre honrado también, yo no vacilaría: el último tiene, sin duda alguna, más mérito que el otro, pues hace el bien sólo por amor al bien; sin temor y sin esperanza.

—Bueno, pero vuestra respuesta no me satisface: si vivimos sin acordarnos de nuestras existencias anteriores, es enteramente lo mismo que si no hubiéramos vivido antes. Son existencias que se suceden las unas á las otras; no son la continuación de unas mismas existencias, puesto que la memoria muere á cada una de las transformaciones, todas las veces que subimos un escalón de nuestra escala, ó pasamos de un planeta á otro planeta.

—¿Y qué importa, si cuando se suben todos los escalones, cuando termina la ascensión, la memoria vuelve de pronto, iluminando el pasado? No había muerto, dormía solamente, y se des-

pierta para mostrarnos el camino recorrido. De una mirada le vemos todo entero; con una palabra comprendemos lo que antes era incomprendible, y en un instante conocemos todas las cosas tanto tiempo desconocidas; y es que durante nuestras diversas existencias todo se ha perfeccionado en nosotros: nuestros órganos se han desarrollado, nuestros sentidos, nuestro espíritu, nuestro yo, han adquirido un poder que el entendimiento humano no puede concebir, ni aun soñar. En la estancia luminosa á que por fin hemos llegado, en la cumbre de la escala, en el límite de nuestras aspiraciones, podemos mirar sin vértigo todos los mundos, todos los astros, todos los soles y todos los hombres, aplaudiendo desde allí los esfuerzos que hacen para subir á reunirnos, para ser divinos y perfectos como nosotros...; pero, mi querido compañero, no habéis venido aquí para oírme filosofar, tal vez disparatar... ¿Qué queríais?

—Rogaros que os ocupéis algo más de vuestras dos últimas novelas: *Las corbatas blancas* y *La explotación del secreto* (1).

—¡Ocuparme!... ¿Pues qué tengo que hacer? Yo creo que mi tarea concluye el día que corrijo las últimas pruebas de un libro y las doy á la imprenta para que acaben de tirarle, así como

(1) Con este título han sido publicadas ya por EL COSMOS EDITORIAL, y se venden al precio de 2,50 ps. cada una. (N. del T.)

también la creo concluída en el ensayo general de cualquiera de mis obras dramáticas, empezando entonces la misión del editor que me publica ó del empresario que me representa.

—¿Y por qué no ayudarlos, no llevarles lectores ó espectadores?

—¿Cómo? Diciéndoles: «Entrad, comprad. ¡Es admirable!» ¿Me creerían acaso? ¿Ó bien os parece mejor que les coja por las solapas de la levita y los lleve á la fuerza al teatro ó á una librería? Si estuviese persuadido de que esos medios habfan de dar resultado, los emplearía; pero dudo de su eficacia.

—¿Entonces no creéis en los reclamos?

—Muy poco. No puede imponerse el éxito de una obra como no se imponga ella por su propio mérito, corriendo de boca en boca, de salón en salón, de club en club y de pueblo en pueblo. Aunque la prensa entera repita todos los días que una obra es magnífica y que el teatro está lleno, como no le guste al público, el teatro estará vacío al cabo de diez representaciones.

—Sí, pero desengañaos de que el bombo hace mucho.

—Con los extranjeros y con algunos provincianos que no tienen relaciones aquí, y no saben más que lo que leen; pero á los parisienses no se les engaña; se informan los unos á los otros, y á la una de la madrugada en todos los círculos

de París y en todos los salones se sabe el resultado de una comedia representada aquella misma noche, y se decide si se ha de ir á verla ó no, mucho antes de que los periódicos hayan dicho nada. Para el libro no es lo mismo; pero también el triunfo consiste en eso tarde ó temprano. «¿Conocéis el último libro de X...; querida mía? —Sí, es muy interesante; tenéis que leerle.— Bueno, le compraré.— Pero os encargo, en cambio, que no leáis la novela de Z..., es malísima, se aburre uno de lo lindo cuando la lee.— Os doy las gracias por haberme prevenido.» Y en seguida, la que acaba de recibir tan saludable consejo, envía por el libro de Z..., á la librería Nueva, ó á casa de Marpon.

—¿Entonces no queréis que se anuncien vuestros libros?

—¿Qué decís!... El anuncio no es el reclamo. El reclamo es inútil, porque se ha abusado mucho de él; pero el anuncio es indispensable y necesario en una época en que se tienen tantas cosas en la cabeza, que es preciso que nos digan, para que lo hagamos: «Comparad aquéllо, leed ésto». El anuncio recuerda la obra que hasta entonces no se había pensado en leer, ó el nombre de un autor querido á quien ya casi se tenía olvidado.

—¿Según eso, no pediréis nunca que se ocupen de vuestras obras en los periódicos?

—Sí, muchas veces le digo á un crítico: «Tened la bondad de leer esta novela y de hablar de ella»; pero es por saber su opinión: porque yo deseo un artículo para mí y no para los demás. Si es severo, mejor; aprovecho sus severidades. Sólo le pido que sea justo y cortés.... No pretendo, mi querido editor, imponeros mi parecer é impedir que enviéis anuncios y reclamemos á todos los periódicos. Si de esto no resulta gran bien, tampoco produce ningún mal. Podéis cantar mis alabanzas en el universo entero. Mi amor propio no sufrirá por eso, y soy capaz de acabar por creer que merezco ese exceso de elogios. Sólo que no engañaréis á nadie más que á mí, porque el público sabe perfectamente á qué atenerse, ó lo sabrá algún día, y me da ó me dará aquel lugar á que tenga derecho....; y ahora, hablemos seriamente: ¿por qué habéis venido á buscarme? No tenéis ninguna necesidad de mí para vender *La explotación del secreto* y *Las corbatas blancas*. Esa es ya historia antigua, y los editores corren tras las novedades.

—Precisamente vengo á pedir una.

—La tendréis para el mes de Octubre, como habíamos convenido. Ya conocéis el asunto, y el título: *Alphonsine*.

—Es que yo no quisiera esperar al invierno.

—Pues es imposible que os dé antes *Alphon-*

*sine*. Necesito aún algunos meses para moldearla, adornarla, vestirla.

—¡Oh! No la vistáis demasiado.

—Como va á salir en invierno, no quiero que tenga frío.

—¡El invierno!.... ¡Siempre el invierno! ¿Y el verano?... Esta es la época de leer, cuando la gente se va á tomar baños, ó á sus casas de campo, en la playa, en el casino y en el parque, por el día y por la noche, es en lo que mejor se pasa la velada. Por el contrario, en el invierno las lectoras no tienen tanto tiempo para dedicarse á leer novelas, porque las visitas, los *lunchs*, las comidas, los espectáculos y los bailes las ocupan por completo.

—Entonces, ¿por qué todos los editores publican en invierno?

—Por una costumbre que yo quisiera cambiar.

—¿Y habéis contado conmigo para hacer la experiencia?

—Sí.

—No tengo ninguna idea, y aun cuando la tuviese, me faltaría tiempo para desarrollarla.

—Buscando bien, quizá encontraréis entre vuestros papeles alguna cosa empezada, alguna novela escrita en otro tiempo y olvidada hoy.

—¿Sabéis que me estáis haciendo pensar en mi primera novela, de la que sólo se imprimieron

algunos ejemplares para los amigos, pues entonces nadie compraba mis obras?

—¿No la habéis hecho imprimir después?

—¡En volumen, nunca! Es tan desconocida, como lo es aún mi *Alphonsine*.

—Pues bien: dádmela.

—Es que...

—¿Qué?

—Que es una obra de mi primera juventud, y aún no tenía ninguna experiencia cuando la escribí... Sin quererme lisonjear, lo hago hoy bastante mejor.

—Diréis que no la habéis escrito ahora.

—¿Dónde?... ¿En un prólogo? Los detesto.

—Sin embargo, habéis escrito uno en el *Diablo á cuatro*, de Vast-Ricouard.

—Los escribo para los libros de mis compañeros, pero no para los míos. Un prólogo asusta al lector.

—Eso depende de la forma que se le dé... Yo le haré, reproduciendo nuestro diálogo, si es que lo permitís.

—¡Ah! ¿Pensáis reproducir nuestra conversación?

—Sí; ¿qué os parece?

—Pues creo que mi disertación sobre la existencia planetaria no interesa á nadie. No se toma nunca en serio á los novelistas cuando tratan de filosofar ó de hablar de política.

—¿Qué os importa? Vos no pretendéis imponer vuestras ideas y vuestras creencias, ni hacer os el apóstol de una nueva religión.

—¡Oh, no!

—Nuestro paseo por los espacios imaginarios, de astro en astro y de luna en luna, es una fantasía original...; dispensad la expresión...; y os ofrezco colocarla á la cabeza de la novela que me prometéis.

—Aceptado.

—Y á propósito, ¿cómo se llama?

—No le conservaré su antiguo título, cambiándole por otro... ¿Qué os parece éste: *El arrepentimiento de una pecadora*.

—Demasiado largo... Además, eso del arrepentimiento es un título peligroso, porque podría dar á nuestros lectores la idea de no leer más que libros piadosos..., y, francamente, no tengo ninguno.

—Entonces pongamos sencillamente *La Pecadora*.

—¿Y por qué no habéis de rejuvenecer vuestra novela?

—Decid más bien mi *historia*, y una historia de las más verdaderas... La seductora criatura á quien he puesto en escena ha vivido, y ha vivido mucho. Toda la generación de su tiempo la ha conocido, la ha amado y la ha festejado... ¡Ya la reconocerán, no tengáis cuidado!... Por

eso no quiero rejuvenecerla, ni cambiar nada. Mi *Pecadora* reaparecerá bajo su antigua forma, en la época de su esplendor y rodeada de las mujeres de su tiempo, las cuales viven todavía en su mayor parte: las unas en la tristeza y el silencio, y las otras ricas aún, brillantes y casi hermosas. En cuanto al libro, imprimíle tal como está, con todas sus faltas, sus incorrecciones, sus inexperiencias y sus candideces. Quiero volver á leerle así para darme cuenta de los progresos que he podido hacer en veinte años.

—¿Cuándo me le daréis?

—Mañana, si es que existe todavía un ejemplar.

—¡Oh, es seguro que en París habéis de encontrar una pecadora!

—No es tan seguro en el mes de Agosto, porque se van todas á las playas á tomar baños de mar.....

Debió quedar, sin embargo, olvidado alguno en las librerías de nuestros boulevards, porque al día siguiente le recibí por el correo, pues Adolfo Belot había ya emprendido su vida errante por la tierra y vuelto á partir, esperando su carrera de planeta en planeta.

Conforme con sus intenciones, publico hoy, sin cambiar nada, esta obra de la juventud y este libro de verano.

EL EDITOR.

## LA PECADORA <sup>(1)</sup>.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1923 MONTERREY, MEXICO

I.

París, desanimado durante seis meses por la falta de un sinnúmero de familias que le han abandonado para ir á baños, á los establecimientos de aguas medicinales y á las casas de campo, ha vuelto á recobrar su habitual aspecto. Hubieran podido todavía esas familias vagabundear algún tiempo más en las campiñas, en las playas y sobre las montañas, porque el otoño ha sido tan delicioso, que parece que aún disfrutamos de la agradable temperatura de la primavera pasada; pero, sin embargo, á la caída de la tarde el termómetro baja rápidamente, y hace que desaparezca nuestra ilusión. En lugar de dirigirse la multitud, como en otro tiempo, hacia

(1) Hemos variado el título de *Cortisana*, con que el autor designa esta novela, por el de *La Pecadora*, que creemos más apropiado á su argumento.

(N. del T.)

eso no quiero rejuvenecerla, ni cambiar nada. Mi *Pecadora* reaparecerá bajo su antigua forma, en la época de su esplendor y rodeada de las mujeres de su tiempo, las cuales viven todavía en su mayor parte: las unas en la tristeza y el silencio, y las otras ricas aún, brillantes y casi hermosas. En cuanto al libro, imprimidle tal como está, con todas sus faltas, sus incorrecciones, sus inexperiencias y sus candideces. Quiero volver á leerle así para darme cuenta de los progresos que he podido hacer en veinte años.

—¿Cuándo me le daréis?

—Mañana, si es que existe todavía un ejemplar.

—¡Oh, es seguro que en París habéis de encontrar una pecadora!

—No es tan seguro en el mes de Agosto, porque se van todas á las playas á tomar baños de mar.....

Debió quedar, sin embargo, olvidado alguno en las librerías de nuestros boulevards, porque al día siguiente le recibí por el correo, pues Adolfo Belot había ya emprendido su vida errante por la tierra y vuelto á partir, esperando su carrera de planeta en planeta.

Conforme con sus intenciones, publico hoy, sin cambiar nada, esta obra de la juventud y este libro de verano.

EL EDITOR.

## LA PECADORA (1).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1623 MONTERREY, MEXICO

I.

París, desanimado durante seis meses por la falta de un sinnúmero de familias que le han abandonado para ir á baños, á los establecimientos de aguas medicinales y á las casas de campo, ha vuelto á recobrar su habitual aspecto. Hubieran podido todavía esas familias vagabundear algún tiempo más en las campiñas, en las playas y sobre las montañas, porque el otoño ha sido tan delicioso, que parece que aún disfrutamos de la agradable temperatura de la primavera pasada; pero, sin embargo, á la caída de la tarde el termómetro baja rápidamente, y hace que desaparezca nuestra ilusión. En lugar de dirigirse la multitud, como en otro tiempo, hacia

(1) Hemos variado el título de *Cortisana*, con que el autor designa esta novela, por el de *La Pecadora*, que creemos más apropiado á su argumento.

(N. del T.)

los Campos Elíseos para comer al aire libre; para asistir á los conciertos ó presenciar las carreras, se repliega en los boulevards, se va á los cafés ó se detiene ante los anuncios de los teatros para elegir al que debe acudir. Los placeres del verano van siendo reemplazados por los del invierno. La cesta del vendimiador va á ser trocada por el arado del campesino.

El boulevard de los Capuchinos, animado durante el día, surcado por la multitud que le recorre, ya á pie ó ya en carruaje, empieza á quedar desierto. Se creería estar en una población de provincias, si el gas no brillara por todas partes; si no se adivinase que á la vida exterior ha sucedido una vida más íntima, más activa aún y más poderosa; si no sintieran confusamente los ruidos producidos por una lejana actividad que parece acabarse, terminarse más y más á medida que el tiempo transcurre. Una ciudad activa y populosa bulle, produce aún ruido entre las sombras de la noche.

Algunos paseantes que se han retardado, caminan por las aceras. Uno de ellos, con las manos metidas en los bolsillos y el cigarro en la boca, va y viene desde la calle de *Laffitte* á la de *Taitbout*: parece impacientarse, y mirando á su reloj, acelera el paso; pero en aquel momento se fija en un carruaje particular que avanza á trote largo arrastrado por un magnífico caballo. Reco-

noce sin duda el carruaje, porque en su rostro se dibuja un gesto de satisfacción, y, adelantándose hasta el borde de la acera, espera allí al carruaje, que se detiene casi á su lado. Desciende de él un hombre como de cuarenta años, y al reconocer á quien le aguarda, se dirige á su encuentro rápidamente.

—Mil perdones, querido Conde (le dijo, al unirse á él). ¿Os he hecho esperar mucho tiempo?

—Medía hora próximamente: nos habíamos citado á las siete.

—Tenéis razón; he caído en falta; pero ya veo en vuestra sonrisa que me habéis perdonado. ¿Adónde queréis que cenemos?

—Lo más cerca posible, si os parece bien.

—Entonces, vamos á casa de Verdier.

—Vamos allá.

Y se dirigieron hacia la puerta del restaurant de la *Maison-Dorée* que da al boulevard.



II.

Atravesaron el primer salón, saludando con la mano á algunas personas conocidas, y sin detenerse en él, entraron en una extensa sala del piso bajo, que tiene vistas sobre la calle de *Lafitte*.

Casi todas las mesas estaban ocupadas ya; pero Verdier les salió rápidamente al encuentro, y diciéndoles que les había reservado una, se apresuró á guiarles hasta ella. No hay nada más natural que estas muestras de deferencia dadas por el amo de un establecimiento público á aquellas personas que tienen la atención de ir á su casa á gastar el dinero. En provincias es lo que sucede, y á nadie le extraña; pero en París, en las casas de cierta importancia, los dueños no suelen hacer estas demostraciones de cor-

tesía más que á algunos espléndidos clientes....; y hay muchos de éstos á quienes las alabanzas del dueño hacen olvidar que la comida pudiera ser mejor y menos cara.

Los dos recién llegados, que eran sin duda parroquianos asíduos de la casa del señor Verdier, fueron objeto de grandes atenciones, siguiéndole sin casi apercibirse de ellas, mientras que éste les dirigía esa mirada parisién medio velada, que parece no fijarse, no ver nada, y que, sin embargo, se fija y lo ve todo.

Cuando llegaron cerca de la mesa, se quitaron sus abrigos, sentándose uno enfrente de otro.

Desobry, que era el que se había hecho esperar, parecía tener cuarenta años. Estaba perfectamente vestido, haciendo olvidar los rasgos vulgares de su fisonomía el esmero con que cuida de su persona, sus maneras de hombre de buena sociedad, y su inteligente sonrisa.

Huérfano, sin familia, pudo elegir una carrera á su antojo, lanzándose en aventurados negocios. Gracias á su inteligencia, á su criterio y perseverancia, y también á un poco de suerte, se hizo rico en poco tiempo. Después de haber tenido la dicha de hacer fortuna, tiene aún la más rara de sabérsela gastar alegremente. No se priva de nada, ni aun del placer de convidar á un amigo á almorzar cuando se aburre de ha-

cerlo solo. Si no presta dinero á las gentes que quiere, le tiene en cambio siempre á la disposición de los amigos inoportunos: este es el medio de no volverlos á ver, y de que á veces no le saluden, huyendo por no pagarle; pero con objeto de tener estas ventajas no retrocede ante ningún sacrificio. Un sistema particular le ha permitido también conservar sus ilusiones sobre las mujeres entretenidas, que son las únicas cuyo trato frecuenta. En efecto: no deja jamás á ninguna tiempo para pedirle, apresurándose á dar antes que se le reclame: de este modo evita toda carta indiscreta, y puede creer á su gusto en el inmenso desinterés de sus queridas. Bajo esta apariencia grosera de banquero filósofo y de hombre de mundo, se esconde un corazón capaz de grandes pasiones.

Su compañero se llama el conde de Orchamps, y es un noble de pergaminos. Grandes estudios impuestos por un padre rígido, le han hecho útil para todo, y por lo mismo no ha hecho nada: encontrando despreciables los pequeños destinos para su gran saber, y no pudiendo obtener uno de los lucrativos por falta de influencia, se ha dedicado á no hacer nada.

No había tenido bastante fortuna para vivir ocioso, pero no era tampoco lo suficientemente pobre para sentir una necesidad inmediata de trabajar á la muerte de su padre. Esta es la des-

gracia de nuestros jóvenes de hoy día: debían hacer sin un franco ó con cien mil de renta. Renunciando, pues, á tomar un empleo, el conde de Orchamps había corrido tras las mujeres, y se había hecho asiduo concurrente de los círculos y del Hipódromo; pero tuvo que poner orden á tanto desorden, cuando se apercibió un día, cinco años después de la muerte de su padre, que su último franco había desaparecido en el baccarat. Se preguntó entonces si no había llegado el momento de levantarse la tapa de los sesos; pero sus principios sobre el suicidio, los únicos que tenía, le alejaron de aquel fin trágico. Prefirió ensayar á vivir como pudiera, de los azares del destino.

Mientras damos estas explicaciones, el almuerzo se había acabado: la cuenta fué pagada por Desobry, después de lo cual, cogidos del brazo, fueron á pasearse al Boulevard.

—¿Qué hacemos esta noche?—preguntó el Conde.

—¿Queréis venir á Variedades?

—No encontraremos localidades, porque hay un estreno.

—Me he procurado dos butacas de orquesta.

—Sois un hombre magnífico; pensáis en todo. Vamos, pues, á Variedades. ¿Veremos allí á Leona?

—Es probable: no falta nunca á los estrenos.

—¿Y cómo está?

—Creo que bien. ¿Por qué diablos me preguntáis eso?

—¿Á quién queréis que se lo pregunte sino á vos?

—No os comprendo.

—¿No sois su amante?

—¡Yo! No, nada más lejos de eso.

—Pues, sin embargo, lo cree todo el mundo.

—Pues se engaña el mundo.

—¿Qué clase de relaciones os unen, pues, con ella?

—Muy sencillas: las de la amistad.

—¡Me extraña! ¿Y encontráis divertido ser amigo de una mujer como Leona?

—¡Ya lo creo! (dijo Desobry): es una cosa magnífica, y me extraña que vos no lo sepáis. Creedme, amigo mío; estas mujeres son, como amigas, tan cariñosas y agradables, como desagradables son la mayor parte del tiempo como queridas. Tienen para vos atenciones y ternuras infinitas, de que sus amantes jamás disfrutan. No tenéis que sufrir ni sus rabietas, ni escenas de celos, ni inoportunas pretensiones de dinero. Os colman de cuidados, os cuentan sus pequeñas aflicciones, sus secretos de mujer; os hacen admirar todos los artificios con los cuales enamoran á los hombres, y sólo con vos son francas. Podéis llegar á ser su amigo íntimo en muy poco tiem-

po. No os hablo del agradecimiento de que son capaces, que es real, y se explica perfectamente: vuestras visitas, que no tienen ningún objeto interesado, son las lisonjas más agradables que podéis hacerlas. Irlas á ver solamente por el placer de verlas, cuando todos los demás van por otra cosa, es darlas una prueba de estimación y de que las tratáis como á mujeres honradas, y eso lo agradecen mucho. Vuestra amistad conmueve su corazón, mientras que vuestro amor no hace más que halagar su vanidad; pero como esta vanidad existe, cuidad de presentaros al principio como amante, no como amigo, porque si no creerán que desdeñáis su hermosura. Si empezáis por ser su amante..., aunque no sea más que una noche, y después os detenéis y procuráis ser su amigo, es casi seguro que lograréis conseguirlo.

—¿Habéis empezado, pues, por ser el amante de Leona?—preguntó Orchamps.

—Sí, es toda una aventura.

—Contádmela.

—Voy á hacerlo.... La hice el amor durante algún tiempo; un amor delicado, respetuoso, enviándole algunos regalos, que consistían en palcos para el teatro y en ramos de flores....

—¿Es así como entráis en materia?

—Sí; algunas veces, cuando tengo tiempo que perder, me hago el enamorado, y me es-

condo, si hay necesidad, en un armario. Esto me priva de mi papel habitual, que es ver á los demás esconderse cuando llamo á la campanilla. Es divertidísimo eso de ocultarme, en lugar de que se oculten al presumir mi presencia.

—Cada cual se divierte á su modo: continuad.

—Sin embargo, confieso que al cabo de quince días, el papel de enamorado comenzó á hastiarme, por lo cual me decidí á hacer ofrecimientos de capitalista, y, en efecto, ofrecí gruesas sumas....

—¿Y aceptó, no es eso?

—Al contrario, no aceptó, y me envió á paseo, diciéndome de una manera muy fina que recibía los regalos, y se entregaba á veces; pero que jamás se vendía. Me dijo también que si la hubiera gustado, tal vez hubiera consentido en pertenecerme; pero que no experimentando ningún capricho por mí, no tenía motivo para hacerme dichoso con su posesión.

—¡Ah! ¿Conque os dijo eso? ¿Qué entretenida hay que diga otra cosa? Según ellas, no se venden nunca; se entregan porque nos aman, solamente que toman antes de entregársenos los datos que creen precisos, y averiguan si tenemos por costumbre enviar al día siguiente la suma ó el regalo á cuyo precio se cotiza su cuerpo, según los apuros ó necesidades del momento. Se conoce que quería entusiasmaros.

—Querido amigo (respondió Desobry): tengo cuarenta años, y una buena fortuna; he vivido siempre en París, y mi mayor debilidad ha sido gustarme mucho las mujeres. Con esto quiero deciros que conozco todos los secretos y todos los resortes de la clase de mujeres de que hablamos; así es que mi historia prueba evidentemente que Leona no se parece á sus semejantes, á pesar de vuestras suposiciones. Si me permitís, voy á continuar.

—Os escucho.

—Cuando me escribió en el lenguaje de que os he hablado, me empeñé más, y como ya estaba muy interesado, la repetí mis ofrecimientos, doblando la cantidad. Me contestó, rogándome políticamente que la dejase tranquila; y como no tenía nada más que decirla, desaparecí, consolándome con otra; no recuerdo con cuál, ¡poco importa! Dos meses después, y cuando ya me había olvidado de esta aventura, recibí una carta, en que me decía, en estilo brusco, que se encontraba en un apuro y necesitaba dos mil francos, rogándome que se los prestara por un mes.

—¡Ah! Ya pareció aquello,—dijo Orchamps.

—No, estáis equivocado; no caéis en ello....

Me pareció muy agradable hacer un favor á aquella mujer, que, á pesar de su resistencia en pertenecerme, había estado siempre amable y deferente conmigo, y la envié los dos mil francos

que me pedía, teniendo la delicadeza de no ir por su casa á recibir las gracias por mi desprendimiento.

—¡Sois un hombre admirable! ¡Nacisteis para rico!

—Pasó el tiempo (continuó Desobry); y ya daba por perdida dicha suma, cuando un día Leona me rogó que fuese á verla. Cuando me vió, me apretó la mano más cariñosamente que nunca, y haciéndome sentar: «Me he comprometido (me dijo) á devolveros al cabo de un mes los dos mil francos que me habéis enviado tan galantemente. El plazo ha espirado; pero por una serie de acontecimientos que no había podido prever, me encuentro en la imposibilidad de cumplir mi promesa. Permitidme que os pague de otra manera.... En otro tiempo habéis deseado que fuera vuestra, y me ofrecisteis fuertes sumas, muy superiores á la que os debo. Pues bien: si gustáis, á cambio de ella, os dedicaré hoy toda la noche». Yo respondí lo que debe responderse en semejantes ocasiones: que había sido dichosísimo al poderla servir; que seguía queriéndola, y que la rogaba que fuera mi deudora siempre. «No (dijo Leona): creeréis más tarde que he representado una comedia explotando vuestra delicadeza, y de ninguna manera quiero que penséis esto.» Y tomando de repente una decisión: «¿Y si no se tratase de una canti-

dad que tengo que pagar, sino de un capricho que quiero satisfacer? ¿Y si me gustaseis? ¿Por qué no ha de ser esto? Muchos, menos dignos de ser queridos, me han agradado». Y entonces, levantándose, se arrojó sobre mi cuello.

—¿Y qué más?—preguntó Orchamps.

—Al día siguiente, cuando la dejaba, estaba más enamorado que nunca, y la ofrecía una posición magnífica con tal de... poder pasar otras noches como aquella. «No (me respondió); tomo un amante cuando me conviene; pero un querido que me mande, nunca. Quedemos amigos, y venidme á ver cuando gustéis; pero no me pidáis más...» Algunos días después me envié mis dos mil francos.

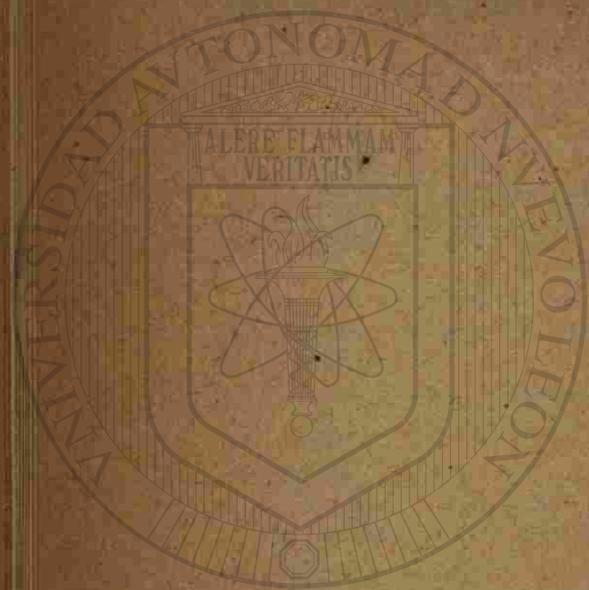
—Verdaderamente, es asombroso; nadie lo creería... ¿De manera que no os ha costado nada?

—Nada (respondió Desobry). He continuado siendo su amigo, nada más que su amigo... Y en esta intimidad me sorprendo á menudo al estudiar esta hermosa criatura, llena de asombrosos contrastes; enérgica y débil; á veces seria y á veces loca; expansiva y fría; dulce y tierna hasta conmover el corazón; después, dura y seca hasta romperlo; enfurecida, es capaz de llegar hasta la infamia; buena hasta la debilidad, tan pronto se enamora y da consejos morales, como abandona y pervierte á aquel á quien una hora antes adoraba.... Os lo repito: no

se parece á las demás entretenidas; tiene algo de la cortesana y mucho de la mujer honrada.

—Sin embargo (replicó el Conde), acabo de recordar un detalle que no concuerda con la imposibilidad que tuvo Leona de pagaros la cantidad que la habíais prestado; se me ha asegurado que un amante riquísimo la había dejado en otro tiempo, al morir, una fuerte suma perfectamente colocada.

—Es verdad (dijo Desobry); y al saberlo, no pude resistir la curiosidad de preguntarla por qué se había encontrado en una necesidad tan imperiosa de dinero. «Oh! La suma de que me habláis (dijo Leona), no me pertenece; es sagrada para mí, y nunca tendré valor de emplearla para pagar mis gastos.» Y tenía al decir esto un aire tan grave, se había puesto repentinamente tan seria y triste, que me arrepentí de haberla interrogado. Hemos llegado á Variedades: entremos, si os parece.



### III.

Hacía un momento que se había levantado el telón para empezar el primér acto, cuando Desobry y el conde de Orchamps entraron en el teatro. No podían colocarse en sus butacas de orquesta sin molestar á algunas personas; pero no se detuvieron ante esta consideración, que solo tiene valor para los espíritus delicados y tímidos. Separaron dos ó tres banquetas, oprimieron varias rodillas, dieron la mano al pasar á algunos conocidos, aplastaron sin escrúpulo un sombrero que se oponía á su paso, dijeron una ó dos veces, «Perdonad, caballero», «Buenas noches», «¿Cómo estáis?», y de esta suerte ocuparon sus asientos. Solamente el dueño del sombrero y el autor, enemigo de todo ruido que distrae al público, encontraron intempestiva la llegada de

aquellos señores; pero á ellos, importándoles muy poco su opinión, se sentaron lo más cómodamente posible, y después de haber lanzado una mirada á la actriz que estaba en escena, dirigieron sus gemelos hacia los palcos. La obra no llamaba su atención, y apenas la escuchaban; de seguro que se hubieran encontrado perplejos para contar el primer acto cuando la caída del telón indicó que se había terminado. Iban á abandonar sus asientos para dar una vuelta por los pasillos, cuando una platea de proscenio, desocupada hasta entonces, se abrió para dar paso á una mujer, que, después de haber recorrido la sala con una rápida mirada, y haber cambiado una sonrisa con dos ó tres espectadores, arregló los pliegues de su vestido y se sentó, sin parecer ocuparse del público, sobre el cual, sin embargo, su entrada había hecho una gran impresión.

En aquel momento Orchamps dijo á Desobry:

—¿No vais á saludar á vuestra bella amiga Leona? Ocupa una platea de la izquierda.

—Sí (respondió Desobry, levantándose); ¿no venís conmigo?

—No; tengo que hacer otra visita.

—Como gustéis; si no vuelvo, nos encontraremos á la salida del teatro.

En cuanto se marchó Desobry, el Conde dirigió atentamente sus gemelos hacia Leona. Era

ésta una hermosísima criatura; tenía anchos y desarrollados pechos, de adorables curvaturas; un talle de niña, de una flexibilidad extremada; sus abundantes cabellos, que, sueltos, la hubieran arrastrado, eran tan negros, que despedían reflejos azulados; sus magníficos ojos, de un azul obscuro, lanzaban á intervalos apasionadas miradas; después bajaba modestamente la vista y parecían los de una tímida y pudorosa virgen; un ligero bozo sobre unos labios sensuales é incitantes; una nariz recta de ventanas dilatadas; unos dientes admirablemente colocados, pequeños y de un tinte mate, y una piel de un moreno pálido, constituían los encantos de esta admirable mujer.

Cuando Desobry, después de haber llamado discretamente á la puerta que daba acceso á la platea de Leona, entró, hablaba ésta con un hermoso joven, sentado cerca de ella, mientras que con suprema indiferencia llevaba á su boca una almendra garapiñada de las contenidas en un saquito, que tendió cariñosamente al que acababa de llegar, como para darle la bienvenida; pero cuando éste la alargó la mano, Leona retiró precipitadamente el saquito, y con una sonrisa:

—No (le dijo): no merecéis que os obsequie hoy.

—¿Qué crimen he cometido?—preguntó Desobry.

—¡Haceos el inocente! Hace tres días que no os he visto.

Y sin hacer caso de las excusas que iba á darla :

—¿Qué habéis hecho durante todo ese tiempo? (replicó.) ¿Os habéis divertido?

—No.

—¡Pero qué tonta soy en preguntaros esto! Me olvidaba que sois de la escuela de los que se aburren siempre, porque, á su vez, son también de los que aburren.

—Entonces, me voy.

—¿Por qué?

—Para ser enojoso en otra parte.

—En este caso, permaneced aquí: no soy egoísta.

Y poniéndose grave repentinamente, Leona continuó, dirigiéndose al joven que estaba en el palco :

—Tengo el gusto de presentaros al señor Desobry. Con sus patillas á la inglesa y su aspecto venerable, no vayáis á tomarle por.... *mi protector*. Lo es, en efecto, ó cosa parecida al menos, para sus.... *amigas*; pero, con relación á mí, no es más que un amigo verdadero.... Desobry, no os incomodéis: saludad.... Bueno; os he perdonado, y os autorizo ya á que toméis una almendra de mi saquito.... Ahora me toca presentaros al señor de Nanteuil, que es un joven del

que podríais ser padre.... No os pongáis colorado; no lo digo para haceros más viejo.... Se ha enamorado repentinamente de vuestra amiga y servidora; pero, sin saber por qué, á mí no me agrada gran cosa.... Á propósito: ¿os tratáis con ese señor rubio, á cuyo lado estabais sentado cerca de la orquesta?

—¿El conde de Orchamps? Sí, sí; le trato.

—Pues no os felicito por esa amistad.

—¿Y por qué?

—Sé particularidades de su vida que acusan que no tiene corazón.... Entre otras cosas, hizo tan desgraciada á una de sus queridas que le amaba locamente, que la pobre murió.... ¡Oh! Sí, una muerte que no ha causado ruido, y ese Orchamps dejó llevar su cadáver en un carruaje de pobres, sin dar para que la hiciesen un entierro decente una parte, aunque hubiera sido pequeña, del dinero que perdió aquella misma tarde al *baccarat*.... Era la pobre una mujer desconocida en su esfera.... También á mí me ha hecho el amor, y le he rechazado, porque le odio.... Le encuentro á menudo, muy á menudo, y su proximidad me da frío. Yo no querría que jamás se mezclase en mi existencia; y, sin embargo, un presentimiento me dice que algún día ha de influir poderosamente en ella.

—¿Por qué le tenéis miedo? (dijo Desobry.) ¿Tenéis algún secreto que pueda descubrirnos?

—Tal vez....—murmuró la joven.

Y siguiendo uno de los caprichos de su impresionable naturaleza, se entristeció repentinamente, y sumergiéndose en profundas reflexiones, no se ocupó más de sus dos visitantes. En cuanto á éstos, respetando su capricho, se contentaron con mirar lo que pasaba en la escena, ocupación que hasta entonces habían despreciado por completo. Más tarde, cuando se terminó la función y los espectadores desocuparon sus asientos, Desobry estrechó la mano de Leona, dejándola con el joven, que parecía dispuesto á acompañarla. Desobry encontró, al llegar al vestíbulo del teatro, al conde de Orchamps, descendiendo juntos las escaleras que conducen al boulevard. Cuando llegaron á él, vieron á Leona que subía á un coche. La joven, al subir, se volvió repentinamente, y al ver á Orchamps, que la miraba con fijeza, trató de evitar su mirada, sentándose con rapidez; pero ya sea que la agitara un movimiento nervioso, ó ya que quisiera desechár, por medio de una risa fingida, sus preocupaciones abrumadoras, se echó á reír estrepitosamente, y mirando á su compañero:

—¡Vamos! (le dijo): retos un poco también; ¡esto es muy bueno, y la vida tan chusca!... Mirad esa mujer gruesa que pasa por allí abajo dando el brazo á su casto esposo: ¡qué talante tan chocarrero! ¡Cómo se levanta las

puntas de sus enaguas!.... ¡Eh, querido mío, desenojaos; estáis aquí para divertirme!

—No puedo reír siempre que quiero.

—¡Qué lástima! ¿Estaréis verdaderamente enamorado?

—¿Y sois vos la que me lo preguntáis?

—¿De mí tal vez?

—Sí, de vos.

—Pues habéis hecho mal en enamoraros de mí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo amaros.

—Yo no os preguntaba si podéis amarme. Por otra parte, podríais habérmelo dicho menos brutalmente.

—¿Para qué andar con contemplaciones? ¿Es que una mujer como yo debe tenerlas? ¿Es esa una falta digna de tomarse en serio? Ved, pues, en mí lo que realmente soy: una mujer muy hermosa, según dicen, pero que no puede amar.

—¿Es que no tenéis corazón?

—Sí; pero está muy ocupado en otra parte, para que yo le entregue á locos de vuestra especie.

—¿No habéis amado nunca?

—¡Oh, sí! ¡Con toda mi alma!

—¡Es muy agradable para mí todo lo que me decís!

—¡Oh! No nos comprendemos.... No tenéis

29755

UNIVERSIDAD DE NUEVO  
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTREY, MEXICO

de qué estar celoso.... Hablemos de otra cosa, si os place. ¿Qué pensáis hacer esta noche?

—¿No me habéis prometido que podría pasar á vuestro lado lo que resta de ella?

—¿Os he prometido eso? No lo recuerdo; pero, de todas maneras, he cambiado de modo de pensar: tengo necesidad de estar sola.

—¡Oh, Leona! (dijo el joven con las lágrimas en los ojos.) ¡No sabéis cuánto sufro! ¿No sabéis que os amo con toda mi alma?

—No, no lo creo.

—Sois muy cruel, en verdad, y tal vez, efectivamente, no tengáis corazón.

—Vamos, continuad; estoy acostumbrada á estos cumplidos: siempre que se acerca á mí un hombre que desea ser amado y no lo consigue, me dice que no tengo corazón. Los hombres han inventado esta frase para salvar su amor propio; pero ya hemos llegado: bajad, os lo ruego, y haced el favor de llamar para que me abran.

El joven obedeció, y al ver abrirse la puerta, Leona saltó del coche y pasó delante de él, gritando: «¡Hasta la vista!»

El desdeñado amante subió al carruaje, y dando unas señas al cochero, encendió un cigarrillo, que es el consuelo supremo de los afligidos.

## IV.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, Leona dormía todavía, cuando un rayo de sol, deslizándose á través de los visillos, vino á despertarla. «¡Qué lástima! (dijo la joven estirándose.) ¡Este sueño me hacía tan feliz! La veía allí, delante de mí, grande, animada, bella y noble. Estaba vestida de blanco, con flores de azahar en la ointura y en la cabeza. Se encontraba en una iglesia resplandeciente de luz. Su marido, arrodillado á su lado, la oprimía la mano, y ella respondía dulcemente á aquella presión; pero era á mí á quien miraba, y sus ojos parecían decirme: ¡oh, te amo, madre mía! ¡te amo!» Leona reunía de este modo los recuerdos que aquel sueño había dejado en su espíritu, y durante este trabajo de su inteligencia, su rostro, ilumi-

nado por el rayo del sol que la había despertado, estaba hermosísimo y radiante de felicidad. Después, cogiendo de una mesa próxima un medallón que contenía un retrato, le miró con ternura, y dijo dirigiéndose á él en voz baja: «Sí, tú serás dichosa, dichosa como en mi sueño... Si es preciso, aun á costa de mi vida.» Un momento después, añadió: «¡Hermosa vida, en verdad, que no puede ni aun sacrificarse por la felicidad de los hijos!» Y como si este pensamiento evocase en Leona un mundo de recuerdos, se recostó sobre el lecho, y ante sus ojos medio cerrados, pasó en algunos instantes toda su existencia.

La joven recordó entonces, pero confusa é indistintamente, los primeros años de su juventud, que había pasado viviendo en una animada calle de una ciudad del Mediodía, en compañía de una mujer á quien llamaba madre. Su habitación era miserable, su jergón duro, su pan negro; pero la joven no se fijaba en nada, inconsciente como son los niños, é ignorante de que la vida pudiera pasarse mejor.

Un día un hombre, que la joven no había visto nunca, entró en su casa, y se encerró con la mujer á quien llamaba madre: después de una larga visita, en que debieron tratarse asuntos de dinero, puesto que Leona oyó ruido de monedas de oro, su madre se acercó á ella y la abrazó, diciéndola:

—Es preciso separarnos; no puedo mantenerte, y tú eres ya bastante grande para trabajar. Vas, pues, á partir con este caballero, que consiente en favorecerte y enseñarte un oficio para que puedas vivir.

Y como la joven llorase, el hombre la tomó por la mano y la arrastró consigo.

Más tarde, y no entonces, la joven comprendió que había sido vendida por aquella á quien llamaba madre.

Leona no recordaba de una manera precisa las escenas que siguieron á ésta.

Su nuevo compañero era el director de un circo ambulante, y el oficio que debía enseñarla era el de bailadora, recordando que algunos años más tarde, siendo ya grandecita, excitante, tentadora, cubierta con un pañuelo y una basquiña española, llamaba la atención tocando la guitarra y bailando en las plazas públicas.

Desde entonces sus recuerdos eran menos confusos. Tenía quince años, y llevaba una vida más pacífica. Había sido contratada para un teatro de provincias, para bailar allí sus airoas danzas y exhibir sus bellos trajes, ó, mejor dicho, sus hermosos ojos, de los que sabía servirse ya, para que la valiesen los aplausos de la juventud rica del país.

Uno de sus más fervientes admiradores, des-

pués de haberla dirigido un sinnúmero de cartas, que no abría por no saber leer, se acerca á ella y la habla largamente, mezclando sus palabras con suspiros. Una sola cosa la conmueve, y es que el joven la propone conducirla á París, grande y magnífica villa, en la cual no bailarfa ya, pero verfa, por el contrario, que otras bailaban para divertirla; en donde la joven podrfia dormir cuanto gustase, y no tendrfia nunca nada que hacer.

Lo que la proponfan era, en verdad, tentador; y como la sociedad en que ella habfa vivido no la habfa dado una idea exacta de su deber, dejó sin remordimiento á la cuadrilla que explotaba sus talentos coreográficos, y se fué á París con el joven de las seductoras promesas.

Su seductor era un joven inteligente, lleno de egoismo y experiencia, que, habiéndose enamorado seriamente de sus encantos, tenfa la pretensión de guardarla para él solo; y con este objeto imaginó no sacarla á paseo más que alguna rara vez, y esto por sitios casi desiertos, y encerrarla cuando él salfa. Estas costumbres orientales no podfan convenir largo tiempo á Leoná, que, acostumbrada á una vida nómada, tenfa otra idea de la independencia. Amaba el aire libre, y deseaba ardientemente tomar parte en las fiestas parisienses, cuyos mil ruidos llegaban hasta ella. Así es que su carcelero, al entrar una

tarde en la habitación que la servfa de prisión, se apercibió de que el pájaro habfa volado, escapándose por una puerta oculta de que se habfa olvidado echar la llave. La buscó, y la encontró al fin, dos días después, en un baile público, del brazo de un hermoso joven de elevada estatura, al cual no juzgó prudente disputársela.

La joven arroja entonces los últimos restos de vergüenza y de pudor, y llegando á ser la querida de cualquiera, se lanza con todo el ardor de su naturaleza meridional en el torbellino de las fiestas parisienses. Las noches las pasa en los bailes públicos ó privados, donde su gracia al bailar, la vale mil triunfos; después, en las comidas que preside investida con los poderes de una reina, obliga á beber, fumar, reir, cantar, sin que haya resistencia posible, pues sus encantos atraen y sus bellezas embriagan. Cuando las bujías palidecen ante el día que nace; cuando ya las mujeres, agotadas sus fuerzas, duermen tendidas aquí y allá sobre divanes, y los hombres, locos de amor y de vino, piden nuevas caricias, la joven busca el que le ofrece más placeres, y generosa como un capitán de ladrones, le coge del brazo, y entre besos y caricias le conduce á su casa. Esta vida bohemia, embriagadora, desordenada, llena de esplendores y miserias, completamente del presente, sin antes ni después, donde se come al almorzar patatas

crudas, y se masca desdeñosamente por la noche la deliciosa piña de América; que empieza al despertar por una sorpresa, y termina por la noche en una orgía; con esa vida, repetimos, llena de contrastes, que es la que hacen una multitud de mujeres en París, vivió Leona durante tres años.

Después, más tarde, uno de sus amantes, habiéndose ocupado de su cuerpo, se sorprendió al estudiar su alma. Descubrió sin duda algo noble bajo aquella naturaleza inculta, algo delicado bajo aquellas formas groseras, y no habiendo hecho de Leona hasta entonces más que un pasatiempo, se interesó por ella vivamente, pensando no abandonarla ya. Era este amante un hombre como de treinta años próximamente, sin familia, noble y rico, y estando sentenciado á morir de un mal de pecho incurable, quería gastar lo que le quedaba de vida y juventud en satisfacer sus más extravagantes caprichos: bien pronto se dejó seducir por la idea bienhechora de enseñar la vida á esta mujer, que sólo la conocía bajo su aspecto más miserable; de sacarla de entre el lodo en que estaba sumergida, y de enseñarla, no á que llegara á ser honesta..., ¡hubiera sido imposible!...; pero sí á dorar sus vicios, revistiéndolos de un sello de elegancia y delicadeza. Á los caprichos de semejantes señores deben algunas mujeres su renombre: sus amantes, no queriendo descender hasta ellas,

tratan de elevarlas á su altura... Es esto una ruda tarea, en la cual muchos sucumben, y que solamente pueden emprender hombres en muy buenas condiciones por su nombre y su fortuna. Leona se rebeló al principio contra esta nueva existencia, pareciéndola que se ahogaba por falta de aire, de libertad y movimiento. Echaba de menos sus libres bailes de otro tiempo, los aplausos de la multitud, y su enartito lleno siempre de visitantes, y en donde los amantes se sucedían con vertiginosa rapidez. El lujo de que estaba rodeada la hastiaba: Mil veces estuvo á punto de abandonar sus alhajas, su lujosa habitación y sus elegantes trajes, para correr á sus antiguos placeres; pero vivía con un hombre inteligente y de tacto, que sabía retenerla con su conversación, que la admiraba, y la atraía con sus elegantes maneras y lenguaje, y que con sus ideas la hacían entrever una vida más digna y provechosa. Gracias á él, Leona ocupó bien pronto un lugar entre las entretenidas y artistas de cierta índole. Los jóvenes más á la moda querían ser sus amigos; los hombres más distinguidos deseaban ser presentados y tratarla. Su amante, aunque orgulloso de su discípula, viéndola rodeada y halagada por todos, tuvo miedo de la admiración que causaba, temiendo que alguno recolectase lo que él había sembrado: entrevió que su querida, reconocida á él, pero

poco enamorada (era preciso confesárselo), podría abandonarle. Sus temores se disiparon bien pronto; pues un acontecimiento imprevisto debía cambiar nuevamente la existencia de Leona. Un día se apercibió de que estaba en cinta.

La joven no había deseado jamás ser madre, ni tal vez pensado que esto pudiera suceder; pero al apercibirse de que en sus entrañas bullía un ser, algo que era sangre de su sangre, todos los nobles sentimientos que dormían en su alma vibraron, inundando su ser de una ternura inmensa; y su corazón, insensible hasta entonces á todo sentimiento, latió con tal violencia, que parecía quererle salir del pecho. Sintió una ternura infinita por el ser que llevaba en sus entrañas. Sus ojos se animaron; su frente reflejó una inmensa dicha, que se tradujo por gritos de alegría, por lágrimas y risas repentinas, que á lo mejor, sin causa alguna, la inundaban por completo. Hubiera podido creerse que se volvía loca. Su amante, admirado de la pasión que tan repentinamente se había despertado en la joven, se enterneció á la vista de aquella criatura que, comprendiendo tan bien la dicha de ser madre, abandonaba sin pesar su agitada y divertida vida. El joven admiraba la bondad de Dios, que permite á la criatura cada concebir un sentimiento tan elevado, tan noble como el amor de madre, y se sentía humillado al ver que tenía más ternura que él

por aquel hijo que había de nacer, y que á su vez se propuso amar con toda su alma. ¡No pudo conocerle! ¡La muerte le arrebató antes de haber tenido esa dicha! En su testamento legaba diez mil francos de renta á Lucía Aubré (este era el verdadero nombre de Leona) y una cantidad de doscientos mil francos, de la que la dejaba libre administradora, rogándola los reservara para su hijo. Había comprendido que con una madre tan buena como ella iba á serlo, toda precaución legal era inútil. El día del parto llegó por fin; Lucía dió á luz una hija. ¡Oh! Era un admirable espectáculo el de ver á esta madre que, al salir de un largo desmayo, causado por el dolor, se hacía llevar á aquel pequeño ser, tan frágil y tan débil, y al tenerle en sus brazos, le miraba con locura, le oprimía delirante contra su pecho, colocando sus labios sobre su boquita para unir sus vidas, para confundir su respiración, y con sollozos, con gritos, con lágrimas en los ojos, gritaba: «¡Hija! ¡Hija mía!»

Varios días aún fué dichosísima; pero bien pronto su alegría no se desbordó más en arranques impetuosos, y llegó á calmarse, á volverse reflexiva, á estar casi triste. La joven permanecía días enteros sumergida en sombríos recuerdos. Si el amor maternal que se había apoderado de su apasionado corazón pudiera acabarse como los otros amores, se hubiera creído que ya no

era dichosa de ser madre; pero, al contrario, con el instinto de la maternidad, había penetrado en su alma la conciencia de los deberes á que ella obliga. Aquella mujer se preguntaba entonces si sería capaz de cumplirlos bien y de llenarlos santamente. Por la primera vez se avergonzó al pensar en su vida pasada, y enrojeció al encontrarse, aun en medio de su lujo, con todo su dinero, una pobre y miserable criatura, que no podía dar á su hija más que el nombre que se da á los hijos sin padre. Pensó que el mundo estaba mal ordenado, y que las prostitutas debían estar privadas de las delicias de la maternidad. Después envidió la felicidad de las mujeres honradas, que pasaban bajo sus balcones, llevando á sus niños por la mano, ó dando orgullosamente el brazo á sus hijas.

Sus reflexiones la hicieron pensar que quería demasiado á su pequeña Luisa para dejarla que siguiera la misma senda que ella había seguido, y que, en vez de ser una pérdida como había sido ella, haría de su hija una mujer pura, honrada y digna de consideración. Se hizo este juramento. Pero, ¿cómo cumplirle?... ¿Cambiando de población, de costumbres, llevando una vida tan tranquila como bulliciosa había sido antes, tan juiciosa como loca, retirándose á un sitio desconocido y educando allí santamente á su hija? Leona concibió este pensamiento; pero tenía también con-

ciencia de su indignidad, y comprendió que tendría que sufrir rudas batallas para domar sus arraigadas costumbres y sus vivas pasiones. Temía olvidar un día, un minuto solamente, delante de su hija, lo que era, y aparecer tal cual había sido. Después, Leona se confesaba que el mundo sabe pronto ó tarde lo que desea saber, que no perdona jamás faltas como las suyas, y que una mujer que ha comerciado con su cuerpo queda para siempre deshonrada.

Sin embargo, tal vez encontrara un hombre que se prendara lo suficiente de ella para despreciar los juicios del mundo, y consentir en casarse y darla un nombre que poder transmitir á Luisa, ó bien tal vez pudiera encontrar una familia honrada que consintiera en adoptar á su hija, hacerla suya; pero para encontrar alguna de estas cosas era preciso vivir en el mundo, ver, escuchar, y por eso Leona se decidió á continuar en él.



v.

El ruido producido por un reloj colocado sobre la chimenea al dar las once, vino á arrancar á Lucía Aubré de sus recuerdos y á recordarla las realidades de la vida presente.;

—¡Qué tarde es ya! (dijo.) ¡Dios mío! ¡Qué perezosa soy! ¡Quiero verla, sin embargo, hoy mismo!

Y alargando el brazo, agitó vivamente el cordón de una campanilla escondida entre las colgaduras del lecho. Una doncella, que parecía esperar esta señal, entró repentinamente, y, dirigiéndose hacia el balcón, entreabrió las maderas.

—¡Qué tiempo tan hermoso! (dijo Leona alegremente.) Vamos, date prisa, María; prepara

lo que necesito para vestirme; quiero salir inmediatamente.... ¿Qué ramos son esos que tienes en la mano?

—Acaban de traerlos para vos.

—Dámelos.... ¡Qué hermosas flores! ¡Qué violetas más frescas!.... ¿Quién me las ha enviado?

—El señor de Nanteuil.

—¡Pobrecillo! Ha pensado en mí al levantarse. No lo merezco, pues le traté muy mal ayer noche.... ¿Y este otro? ¿De parte de quién lo han traído?

—Le han mandado con esta carta.

—¡El conde de Orchamps! ¡Siempre ese hombre!.... No sé qué hacer de estos regalos. Pon esas violetas en mi tocador; en cuanto á este otro ramo, haz lo que quieras de él, pero que yo no le vea más.

Y saltando de su lecho, Lucía Aubré empezó á vestirse.

Una hora después salía de su casa, dirigiéndose á los *boulevards*.

Al doblar la esquina de la calle de Taitbout, se encontró con Nanteuil.

—¡Oh! ¿Qué casualidad? ¿Cómo habéis madrugado tanto?—dijo Lucía, dándole la mano.

—Y vos, ¿cómo os habéis levantado tan temprano?

—Tenía que hacer algunas compras.... Me

alegro mucho de haberos encontrado; pero, decidme: ¿os habéis consolado ya?

—No; jamás.

—¡Pobre joven! ¿Pero me amáis verdaderamente?

—Sí; es amo, —respondió Nanteuil, sonriendo.

—¡Eso es desolador!.... ¿Qué habéis hecho después de haberme dejado?

—Fuí al círculo.

—¿Y jugasteis?

—Sí.

—Os lo había prohibido.

—Por eso es mayor vuestra falta, puesto que sabéis que cuando me desdeñáis no encuentro otro medio para olvidar.

—¿Habéis ganado?

—No. He perdido.

—Os está bien empleado.... Á propósito: recibí vuestro ramo.... Gracias.... ¡Adiós!

—¿No queréis que os acompañe?

—No.... Venidme á ver á las cinco.

—No faltaré.

Y se separaron.

Algunos minutos más tarde, Lucía Aubré, después de haberse asegurado de que no era seguida, hizo parar un coche, y dando unas señas al cochero, subió á él.

El carruaje pasó por los *boulevards*, y reco-

rrió después los Campos Elíseos. En este sitio, Leona, que para no ser vista había tenido bajas hasta entonces las cortinillas, ansiosa de respirar el aire libre y segura de no encontrar ninguna persona conocida en la avenida, desierta todavía, las describió, bajando el cristal de una de las ventanillas. Se asomó á ella. En aquel mismo instante, un caballero que descendía por la avenida al trote de un magnífico caballo, pasó junto á ella: Lucía reconoció á Orchamps, y se escondió precipitadamente en el fondo del vehículo. «¡Si no me hubiera conocido!» (pensó la joven); pero el Conde, deteniendo poco á poco la marcha de su caballo, se dijo: «¿Qué vendrá á hacer aquí á esta hora Leona? ¡Esto no es natural! Tal vez estoy sobre la pista de algún misterio. Alcancémosla, y si llevo á apercibirme de que la incomodo, es señal de que tiene interés en ocultar adónde va, y entonces yo me empeñaré en averiguarlo.» Satisfecho de su razonamiento, volvió su caballo y le lanzó al galope en seguimiento del carruaje.

Cuando le alcanzó, vió que las dos cortinillas estaban perfectamente echadas. «¡Oh! (replicó): esto se hace interesante. ¿Es este el recibimiento que se hace á las personas que envían ramos? Pues no es muy fino; pero vamos á ver quién tiene más paciencia, si ella ó yo. Seguiré su carruaje hasta que se decida á bajar. Corro la

broma de que me crean un gendarme, pero ella corre el riesgo de asfixiarse. ¡Prefiero mi posición!»

Y continuó á la portezuela, trolando imperturbablemente.

Entonces Lucía Aubré, aunque furiosa, juzgó prudente disimular, y describiendo las cortinillas y bajando el cristal de la portezuela:

—No me había apercibido. ¿Sois vos? (le dijo.) Dispensad; no os había reconocido.

—Yo dudaba (dijo el Conde); y por eso me he permitido el atrevimiento de permanecer al lado del coche; pero si hubierais tardado un segundo más, hubiera partido con mi incertidumbre: vuestras cortinillas corridas me daban que pensar, y mi discreción.... Sí, temía que....

—¿Qué decís? (preguntó Lucía.) Repetid vuestra última palabra, os lo ruego.

—Hablabá de mi discreción y de mi temor de....

—¡Ah, muy bien, muy bien! Es una buena cualidad la de pensar en los ausentes.

—¿Pero vais sola?

—Sí.

—¿Por qué demonios os encerrabais entonces tanto? ¿Es que os molestaba el sol?

—Tal vez.... Es á menudo muy inoportuno.

—Efectivamente.

—Y no sólo lo es él.

—También es verdad eso.... ¿Os gustan los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA  
"ALFONSO TORRES"  
1970, 1925 MONTREY, MEXICO

paseos matinales, por lo que veo?—preguntó el Conde, haciendo como que no comprendía sus epigramas.

—Sí, y á vos también, por lo que parece.

—Ciertamente; sobre todo, cuando espero encontraros.

—Pues no debierais imaginároslo: esto es una casualidad.

—¡Ah! La casualidad no existe más que en el juego, y todavía, aun en él dudo de ella.... Sé que á menudo recorréis este camino.

Ignoraba si lo que decía era cierto; pero se había acordado de esa astucia tan usada, que consiste en afirmar lo falso para descubrir lo verdadero, y, en efecto, obtuvo con ella éxito, porque Leona, palideciendo, balbuceó:

—No, yo os aseguro.... Venía solamente á pasearme.

El Conde, que la había observado atentamente, sonrió. Esta sonrisa hizo comprender á Leona la astucia de que se había servido y la indiscreción que ella había cometido. Despechada por haber sido descubierta, impulsada por la repulsión que le inspiraba el Conde, no tuvo fuerzas para disimular, y con su franqueza habitual, exclamó:

—Me incomodáis, y ya os lo he hecho comprender bien. ¿Para qué vais á seguir galopando á mi portezuela? Vuestro caballo me

impide ver.... Tened la bondad de retiraros.

—Esa era mi intención,—dijo el Conde con su imperturbabilidad habitual.

Y saludando, se alejó rápidamente.

En cuanto se marchó, Leona bajó el cristal de la parte anterior del carruaje, y dirigiéndose al cochero:

—No vayáis donde os he dicho (le dijo): volved á subir al paso la avenida.

Desconfiaba tanto del Conde, que juzgó necesaria esta precaución. En efecto: Orchamps había adivinado hacía largo tiempo, con un tacto especial para esta clase de cosas, que en la vida de Leona existía algún misterio, y había resuelto descubrirle, ya porque con él pensara vengarse de los desdenes que Leona le había hecho, ó ya porque creyese que siempre es conveniente á las personas desprovistas de preocupaciones y de escrúpulos, conocer los secretos de otro para aprovecharse de ellos cuando se presente una ocasión oportuna. Así es que, fijo en esta idea, y haciendo como que continuaba su camino, seguía con los ojos el carruaje de Lucía Aubré. Vió, pues, que al llegar al Campo del Triunfo volvió á subir los Campos Elíseos, y comprendió que mientras él se encontrara por allí, si Leona tenía interés en ocultarse, no volvería á tomar la verdadera dirección. Era preciso ver sin ser visto; y para

llegar á este resultado, se dirigió rápidamente hacia una casa en que era muy conocido; á la casa de un tratante en caballos, y entrando rápidamente en el patio, llamó á un pequeño *groom* de aspecto inteligente, que se ocupaba en pasear un caballo.

—Toby (le dijo): ¿ves aquel carruaje que va por allí?

—Sí, señor Conde; el caballo es un viejo *pur-sang*, que ha sido nuestro en otro tiempo.

—Pues bien; yo deseo saber adónde tu *pur-sang* conduce su carruaje, y para que lo averigües, toma estos cinco francos, con los cuales puedes beber en el camino. Si vienes antes de las siete á buscarme á mi casa, y me dices que has averiguado dónde ha conducido el carruaje, te daré un luis. ¿Entiendes?... Una hermosa pieza de veinte francos.

—Con mucho gusto; pero, ¿qué dirá mi amo?

—Haz lo que te digo, que yo le hablaré; pero anda de prisa.

—Bueno, ya voy; de una carrera me pongo delante del carruaje, y así iré todo el resto del camino. Cuando se quiere seguir, se debe preceder, y de esa manera nadie se fija en el que espía.

—Este muchacho es indudablemente muy

listo (pensó el Conde, mirándole alejarse), y con seguridad sabré lo que deseo saber.

Después de haber hablado algún tiempo con el amo de la casa, se dirigió tranquilamente hacia la avenida, recorriendo después los *boulevards*.



VI.

Cuando Lucía Aubré vió que el Conde había desaparecido, mandó al cochero que fuera adonde en un principio le había ordenado, sin fijarse en el pequeño *groom*, que trotaba tranquilamente, como si pasara el caballo. El carruaje atravesó *Boulogne* y *Saint-Cloud*, deteniéndose hacia el medio de *Ville-d'Avray*, en el camino que conduce á *Marnes*.

—¿Es aquí adonde queráis bajar, señora?— preguntó el cochero inclinándose en su asiento.

—Sí,—dijo Leona, que echó pie á tierra.

—¿Queréis que os siga con el coche?

—No, esperadme hasta que vuelva,—replicó la joven.

—¿Por qué (pensaba el cochero) se habrá bajado aquí? ¡Qué caprichos tienen estas mujeres!

Pero fué distraído de estas filosóficas reflexiones por uno que le dijo:

—Buenos días, camarada.

Era el *groom* que había seguido al carruaje.

—¿Sois vos? (dijo el cochero.) ¿Tenéis, pues, que hacer aquí? Os he visto siempre delante desde que salimos de París.

—Sí; estoy paseando este caballo, que es de un señor que vive cerca de *Etangs*.

—¿Es muy bonito!

—¡Oh! Pues el vuestro no valdría menos hace tres ó cuatro años (exclamó Toby). ¡Era un magnífico caballo y de una sangre!...

—Por lo que veo, le conocéis muy bien, amigo mío; y, en efecto, de seguro era necesario buscar con un candil para encontrar otro parecido.

El *groom* se había captado por completo la confianza y las simpatías del cochero.

—Decidme (replicó): ¿es vuestra parroquiana aquella que se ve allá abajo?

—Sí.

—¿Por qué no la seguís?

—Porque me ha mandado permanecer aquí.

—¿Pero os ha pagado ya?

—No.

—¿Y no sospecháis que puede?...

—Sí, sí lo sospecho. ¡Me han engañado tantas veces!... Sin ir más lejos, el año pasado estuve

esperando cinco horas á una mujer muy guapa, y nunca la he vuelto á ver. Me hizo perder quince francos de una sola vez.

—¿Pero el amo no os los cobraría?

—¡Qué tontería! ¡Ya lo creo que me los cobró! Me dijo que así andaría más listo otra vez y conocería en la cara á las gentes que fueran unas bribonas.

—¡Vaya una porquería!

—¡Ya lo creo que lo es! Otro día pedí á un señor que me mandó esperarle, que me pagara antes, y, efectivamente, así lo hizo; pero extrañándole y creyéndose ofendido, en cuanto salió me mandó conducirlo á casa de mi amo, diciéndole, al verle, que yo le había tomado por un ladrón, por lo cual mi principal me puso á la puerta de la calle... De suerte que ahora corro el riesgo de que no me paguen; pero ¿qué queréis que haga?

—Pues bien: esta vez yo no estaría tranquilo, porque es muy raro eso de dejar el carruaje en medio de este camino.

—Tenéis razón.

—Oid: me parecéis un buen hombre, y voy á haceros con gusto un favor: no tengo prisa; tened mi caballo, y voy á seguir á vuestra cliente, que de esta manera no podrá quejarse de que queréis enteraros de adónde va.

—Es una excelente idea (dijo el cochero muy

reconocido): gracias, camarada. Cuando la hayáis visto entrar en alguna parte, ya podemos estar tranquilos, y beberemos un trago á nuestro gusto; yo pago.

—Acepto, y me marcho, porque creo que va á torcer á la derecha.

Durante este tiempo, Lucía Aubré, sin haberse apercibido del coloquio de que era objeto, se había tranquilizado por completo, y alejando de sí toda preocupación y temor, marchaba ligera, dichosa, pisando alegremente las amarillentas hojas que, arrancadas por el viento, caían sobre el camino, y respiraba con placer aquel aire fresco impregnado de los olores de los bosques próximos, sonriendo ante el recuerdo de un placer al que se acercaba á cada paso que daba.

## VII.

Después de haber caminado durante un cuarto de hora, y de haber dejado detrás de sí las últimas casas de campo de *Ville-d'Aray*, tomó el camino transversal que conduce directamente á *Marnes*, encontrándose bien pronto enfrente de una casita de modesta apariencia, pero muy elegante y alegre, perdida en un recodo del camino y aislada en medio de él. Leona empujó la puerta, y entró en el patio, sintiendo latir su corazón con tal violencia, que la fué necesario detenerse para respirar. Entonces la apercibieron los de la casa. Una mujer de unos treinta años, alegre, cortés, vestida como una lugareña rica, acudió á su encuentro.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señora? (exclamó.) Dudaba veros hoy....; pero ¿cómo estáis tan pálida?... ¿Qué tenéis?

reconocido): gracias, camarada. Cuando la hayáis visto entrar en alguna parte, ya podemos estar tranquilos, y beberemos un trago á nuestro gusto; yo pago.

—Acepto, y me marcho, porque creo que va á torcer á la derecha.

Durante este tiempo, Lucía Aubré, sin haberse apercibido del coloquio de que era objeto, se había tranquilizado por completo, y alejando de sí toda preocupación y temor, marchaba ligera, dichosa, pisando alegremente las amarillentas hojas que, arrancadas por el viento, caían sobre el camino, y respiraba con placer aquel aire fresco impregnado de los olores de los bosques próximos, sonriendo ante el recuerdo de un placer al que se acercaba á cada paso que daba.

## VII.

Después de haber caminado durante un cuarto de hora, y de haber dejado detrás de sí las últimas casas de campo de *Ville-d'Aray*, tomó el camino transversal que conduce directamente á *Marnes*, encontrándose bien pronto enfrente de una casita de modesta apariencia, pero muy elegante y alegre, perdida en un recodo del camino y aislada en medio de él. Leona empujó la puerta, y entró en el patio, sintiendo latir su corazón con tal violencia, que la fué necesario detenerse para respirar. Entonces la apercibieron los de la casa. Una mujer de unos treinta años, alegre, cortés, vestida como una lugareña rica, acudió á su encuentro.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señora? (exclamó.) Dudaba veros hoy....; pero ¿cómo estáis tan pálida?... ¿Qué tenéis?

—¿Cómo está?—dijo Leona, sin responder á la pregunta que la habían hecho.

—Muy buena, señora. Ya sabéis que si fuera alguna cosa, os avisaría al momento.

—Sí; ya lo sé, mi buena Margarita; pero, ¿qué queréis?, no puedo evitar al entrar aquí una emoción que me hiela la sangre y al mismo tiempo me hace un bien infinito...; pero... vedme ya buena... Vamos á verla.

—La encontraréis en el jardín; ¿o preferís que la llame para verla aquí?

—No, no la llaméis; quiero sorprenderla.

Y, sonriente entonces, alegre y ligera, atravesó rápidamente la casa, bajó unas cuantas escaleras, y penetró en el jardín. Apenas llegó á él, cuando una niña de cuatro á cinco años corrió batiendo las palmas y dando gritos de alegría á arrojarle en sus brazos. Era un lindísimo cuadro el que presentaban esta madre tan joven, tan encantadora, teniendo oprimida contra su seno á aquella preciosa niña sonrosada, de largos cabellos rubios, á quien cubría con sus besos, muda, estática, sin poder hablar, porque la emoción se lo impedía. Después de estos primeros arrebatos de ternura, se sentaron madre é hija en un banco del jardín, muy cerca la una de la otra..., y entonces se entabló una deliciosa conversación, llena de preguntas candorosas que hacía la niña, y de palabras afortunadas,

inventadas por la madre para hacerse comprender por su hija, y todo interrumpido por besos, risas y caricias.

De esta manera, desde el nacimiento de su pequeña Luisa, pasaba Lucía Aubré una parte de sus días, á menudo los días enteros. Aquella era su dicha, su alegría, su vida, y de la misma manera que algunas mujeres se escapan en secreto, cubiertas con un gran velo, para arrojarle en los brazos de su amante, Leona se escapaba también misteriosamente para ir á abrazar á su hija.

Cuando las reflexiones ya dichas acudieron á su imaginación; cuando deseó para Luisa una vida distinta de la suya, no quiso que esta niña viviera más tiempo con ella. Si no quería perder la esperanza de encontrar una familia honrada que quisiera adoptar aquella preciosa pequeña, era preciso que se ignorase que era su hija. Leona buscó entonces una mujer fiel, de confianza, que fuera también madre, y que, dando de mamar á su hija, llegara á tomarla cariño y ser una guardiana cariñosa. Lucía la encontró y la confió su hija, colocando á las dos en aquella casita de *Marnes*, bastante próxima á París para que pudiera ir todos los días, y bastante alejada para que sus visitas no pudieran ser apercibidas. Su plan se había cumplido en todos sus puntos, pues encontró en Margarita un

agradecimiento sin límites y una discreción á toda prueba. Aquel día, después de haber pasado dos horas con su hija y de haberse informado de sus deseos y de sus necesidades, tuvo que pensar en marcharse. La abrazó, volvió á abrazarla, y con los ojos llenos de lágrimas se arrancó de sus inocentes bracitos, y se alejó rápidamente, temiendo que si volvía á verla no tendría fuerzas para abandonarla y volver á París. En el recodo del camino, sin embargo, Lucía se detuvo para mirar la casita que acababa de dejar. En una ventana abierta vió á Lufsa que la enviaba con la mano sus últimos besos, y cuyo lindo rostro estaba iluminado por los postreros rayos del sol que se escondía en el horizonte. Respondió de la misma manera á aquel adiós, y se puso animosamente en marcha, con la dicha que la producía el pensamiento de volverla á ver al día siguiente.

## VIII.

No tardó en llegar donde esperaba su carruaje. El cochero, acostumbrado ya á esperar largas horas, dormía sobre su asiento un profundo sueño, tal vez producido por alguna libación hecha en compañía del pequeño *groom*. Cuando despertó y se apercibió de que habían transcurrido tres horas sin hacer nada y ganando, fustigó á su caballo de tal manera, que éste partió á un trote largo, digno de los mejores días de su juventud, y tan rápido, que á la extremidad de *Ville-d'Array*, cerca de la verja, las guarniciones se rompieron.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Leona, sintiendo detenerse el carruaje.

—Casi nada, señora... (dijo el cochero). Se ha roto la guarnición...; es cosa de diez minutos y

de un trozo de bramante que voy á comprar aquí al lado.

Agradándola muy poco la perspectiva de permanecer en el carruaje sin cocheró, y á merced de un caballo á quien podía darle la idea de continuar su camino, prefirió bajarse, y, mirando á su alrededor, apercibió á mano derecha, y á través de una verja de hierro, una linda casa de campo situada en medio de un prado esmaltado con las últimas flores de otoño, y medio oculta por altos castaños. Al mismo tiempo llamó su atención un cartel que decía que aquella propiedad se vendía.

—¡Qué dichosa sería viviendo aquí! ¡Qué cerca estaría de ella!—pensó.

Y tanto por curiosidad como para entretener el tiempo de su forzada detención, se la ocurrió la idea de visitar aquella casa. Llamó, y un viejo vino á abrirla.

—¿Venís á ver la propiedad, señora?—preguntó cortésmente.

—Sí, amigo mío, si no os molesto demasiado.

—Absolutamente nada, señora; estoy aquí para eso. ¡Oh! El jardín está muy descuidado desde que debemos marcharnos de aquí, y si alguna vez trabajo en él, es por costumbre.

—¡Qué bonita propiedad!—dijo Leona, dirigiéndose hacia la casa, mientras el jardinero abría la puerta.

—Sí, señora (respondió el jardinero); pero es muy triste cuando los amos no están en ella.

—¿Y por qué no la aprovechan estos días tan hermosos, puesto que no han encontrado aún quien se la compre?

—Porque después de la muerte de la señorita, marcharon para no volver jamás aquí.

—¡Pero qué! ¿Han perdido una hija?—preguntó Leona vivamente.

—Sí, señora; hace dos meses.

—¿Y qué edad tenía?

—Cinco años.

—La edad de mi pequeña Luisa (pensó la joven). ¡Pobre niña!—añadió hablando alto.

—Sí, cinco años (replicó el jardinero, halagado por aquella muestra de interés); y era ya tan bonita y tan graciosa... Me acuerdo de sus pequeños gestos cuando la reprendía dulcemente por correr entre mis flores ó haber rodado sobre el césped. Con ella murió la alegría de la casa.

—¿Y su madre?—preguntó Lucía de Aubré.

—¡Oh, señora! Era un dolor, que partía el corazón. No quería abandonar esta casa. En la pieza en que estamos, recostada, con los ojos fijos en ese prado en que algunos días jugaba su adorada hija, pasaba horas y horas embebida en sus pensamientos; pero los médicos declararon que no debía permanecer más tiempo aquí, porque estaba rodeada de tristes y penosos...

cuerdos, y el señor la condujo á París, casi á la fuerza.

—¡Oh, desgraciada madre!—dijo Lucía Aubré, escuchando conmovida.

En aquel momento el cochero, cuyo carruaje estaba ya en disposición de partir, se presentó ante la verja.

—¿Os conviene la casa, señora?—preguntó el jardinero, enjugándose una lágrima que aquel recuerdo doloroso le había arrancado.

—Sí, me conviene bajo todos conceptos (dijo Leona, preocupada desde hacia un instante por una idea que acababa de nacer en ella); pero ya sabéis que en cosas de tanta importancia no se decide uno tan rápidamente. Haced el favor de decirme el nombre de vuestro amo.

—Es el señor Dubreuil, y vive en la calle de la *Chaussée-d'Antin*.

—Creo recordar ese nombre: ¿no es banquero?

—Sí, señora; tiene muchos negocios.

—Ya iré á verle si me decido. ¿Sabéis la cantidad que desea por ella?

—No, señora; sólo sé que la principal condición será la de pagarle al contado.

—Sin embargo, ofreciéndole garantías...

—Creo que no, que no se conformaría, porque el señor necesita ahora fondos, y sé que haría un sacrificio por tener inmediatamente

ese dinero,—dijo inocentemente el jardinero, sin imaginar que era una indiscreción grandísima dar aquellas noticias de un banquero.

Habían llegado cerca de la verja de entrada.

—Adiós, amigo mío. Os doy las gracias,—dijo Lucía Aubré, colocando una moneda en la mano de su guía.

Y subiendo en el carruaje, continuó su viaje á París.



IX.

Durante este tiempo, el pequeño *groom* encargado de seguir á Lucía había vuelto á conducir el caballo á la cuadra, y se presentaba algunos minutos después en casa del conde de Orchamps.

—¿Qué hay? (le dijo el Conde en el momento que le vió.) ¿Has averiguado alguna cosa?

—Sí, señor Conde.

—Cuéntalo, pues.

—Seguí el carruaje hasta *Ville d'Auray*, en que se detuvo, y bajó una señora, que continuó el camino á pie, sin duda para que el cochero no se enterara de adónde iba.

—Es probable. ¿Y después?

—Después, con el objeto de llamar menos la atención, pagué á uno para que me tuviera el caballo, lo cual me costó tres francos.

—¡Tres francos portener un caballo! ¡Diablo! ¡qué generoso eres! Tómalos para que te animes; acaba tu relato.

—Fuí detrás de la señora (continuó el *groom*), y después de un cuarto de hora entró en una casa próxima al camino.

—¿Te fijaste en sus señas?

—Sí, avenida de *Marnes*, número 5.

—¿Y después?

—¿Cómo después?

—Sí. ¿Qué hiciste después?

—Ya no había nada que hacer. El señor Conde me encargó que averiguara dónde se detenía el carruaje; pero yo he supuesto que vos querriais hablar de la persona que iba dentro de él. He seguido, pues, á la señora, y ya he tenido el honor de daros las señas de la casa en que se ha detenido.

—Tienes razón (replicó el Conde). Toma; ahí tienes el lufs prometido: acaba pronto de metértele en el bolsillo. Ahora bien: si deseas ver seguir á este lufs tan bonito que brilla sobre la chimenea, el mismo camino que ese otro, cuéntame lo que aún no me has contado. Me pareces demasiado listo ó inteligente para haberte detenido en tan buen camino.

—El señor Conde me hace justicia: voy á continuar. Cuando la puerta se cerró, inventé un medio de ver lo que pasaba en la casa. Por

fortuna, está aislada y separada de todas las habitaciones por un terreno bastante grande, en el cual, y casi unido al muro del jardín, hay un árbol; me subí á él, y escondido entre sus ramas, vi todo lo que pasaba en el interior.

—Y bien: ¿qué es lo que viste?

—Vi á la señora, que se paseaba con una niña. Vi que ésta la arrastraba hacia un cuadro del jardín cubierto de flores, y oí que la decía: «Ven, mamá; ven por aquí, que quiero hacerte un ramo.»

—¿Estás bien seguro de haber oído á la niña llamarle mamá?

—¡Ya lo creo que lo estoy! Y, además, oí también á la señora decir varias veces: «¡Hija mía, hija querida!

—¡Es raro! (se dijo á sí mismo *Orchamps*.)

¿Por qué se esconderá?

Y dirigiéndose al *groom*, le preguntó:

—¿No sabes nada más?

—No, señor; ahora sí que os lo he dicho ya todo.

El Conde reflexionó un instante, al mismo tiempo que con los dedos daba vueltas á un cigarro.

—¿Está el señor satisfecho de mí?

—Psch... Lo que acabas de decirme no tiene importancia ninguna.

—¡Diantre! ¿Qué culpa tengo yo de eso? Si hubiera visto otra cosa, otra cosa hubiera dicho al señor.

—Tienes razón, y ve ahí tu segundo luis, no por lo que has averiguado, que nada vale, pero sí por tu buena voluntad. Ya no te necesito; puedes marcharte; pero trata de no volver borracho á casa de tu principal, porque te pondría á la puerta de la calle, y si alguna vez me hicieras falta, no podría hallarte.

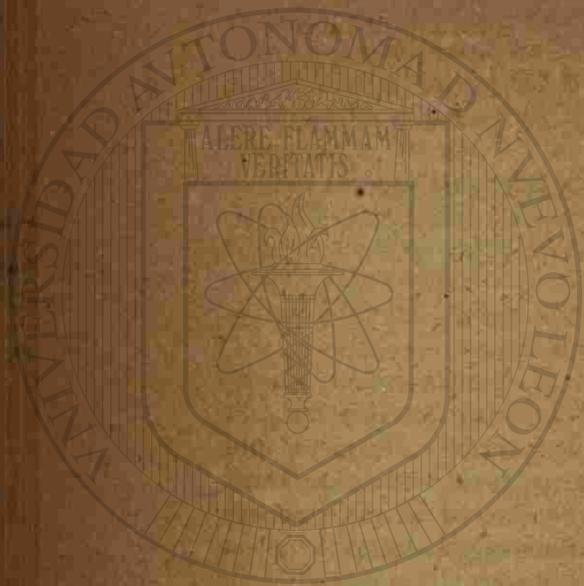
—Esté tranquilo el señor (dijo Toby, retirándose): no beberé más que un trago á vuestra salud.

Cuando Orchamps se encontró solo, no ocultó la satisfacción que experimentaba.

—De suerte (se decía mientras paseaba), que no me había equivocado al pensar que Leona tenía un secreto. Decididamente tengo un talento particular para descubrir estas cosas. Tiene una hija, y la esconde á todas las miradas. ¿Qué objeto se propone al guardar ese misterio? No lo sé; pero es evidente que debe haber un motivo, porque nadie se esconde sin poderosas razones. Pero si es ventajoso conocer un secreto, es también indispensable que la persona interesada sepa quién le ha descubierto. De otra manera, no podría sacar ningún provecho, y yo no pienso que mis desembolsos de hoy sean inútiles, sino que, por el contrario, quiero sacarles un interés de usurero. Es necesario inventar una manera delicada y original, para hacerla saber que desde hoy debe contar con un enemigo.

Después de haber buscado durante algunos minutos una inspiración, mientras continuaba su paseo, se sentó repentinamente ante su buró, y escribió una carta que guardó cuidadosamente en el bolsillo, después de haberla metido en un sobre.

Inmediatamente llamó para hacerse vestir, y salió.



X.

Al entrar en su casa Lucía Aubré, encontró á Desobry extendido cuan largo era sobre un diván, con la cabeza apoyada en varios cojines y fumando un cigarro, distrayéndose en mirar las caprichosas ondulaciones producidas por las numerosas nubes blancas que, saliendo de su boca, iban llenando el salón.

— ¡Está bien! ¿Pues no véis que estáis haciendo de este cuarto un salón de fumar?— dijo Leona, tratando de parecer incomodada.

— Querida niña (respondió Desobry, poco turbado por aquella pregunta y sin cambiar de postura): de seguro que os hubiera parecido mal que me hubiese marchado. Pues bien: sólo el cigarro ha podido darme paciencia para permanecer aquí sin vos cerca de una hora.

— Tenéis razón, y ya estáis perdonado. ¿Qué contáis de nuevo?

—Nada....; digo mal: que tenéis un color hermosísimo. ¿Venís de tiendas?

—No, vengo del campo.

—Siempre estáis haciendo esas excursiones clandestinas.

—Siempre.

—Si fuera curioso, desearía saber adónde ibais.

—Pero como no lo sois...

—No; gracias á Dios, no lo soy.

—Respetáis, por lo visto, los secretos de los demás.

—No tiene gran mérito eso en mí. Encuentro muy pesado ocuparme de los míos, y ya podéis figuraros que no iba á tener mucho gusto en mezclarme en los de los demás.

—Vuestros defectos tienen su lado bueno.

—Por lo menos, mi pereza.... Esto os reconcilia con ella, ¿no es eso?

—Sí, desde luego.

—Pienso (dijo de repente Desobry), que vine á vuestra casa con un objeto.

—Ya lo creo; con el de verme.

—Sí; pero tenía, además, que deciros una cosa.... ¡Ah! Ya recuerdo. Venía á invitaros al baile de Palmira.

—Gracias.... No quiero ir.

—¿Por qué?

—No tengo humor para ir á bailes.... Á pro-

pósito: voy á rogaros que me deis unos datos.... ¿Conocéis á un tal Dubrenil?

—Conozco varias personas de ese nombre.

—Hablo del que es banquero.

—¡Ah! Ya sé quién decís.

—¿Y qué sabéis de él?

—Que es un banquero de buena fe, como hay pocos en la actualidad. Sigue las tradiciones de nuestros padres, que se fijaban un rédito razonable para hacer fortuna, é iban poco á poco, con perseverancia, tendiendo á ello. No se arriesga en negocios de gran consideración; pero los que emprende, los medita largamente, y son buenos por sí mismos, y sobre todo los hace con una honradez intachable. Es claro que de esta manera no puede llegar á ser rico, millonario; pero en cambio tampoco corre el riesgo de perder de una sola vez lo que con tanto trabajo ha adquirido.

—Lo que me decís no concuerda mucho con los datos que yo tengo.... Se dice que está muy apurado.

—¡Muy apurado!.... Es posible; pero es por un accidente imprevisto: ha sido víctima de un robo bastante considerable. Su casa ha tenido crédito hasta ahora; pero sin duda después de ese robo se ha visto obligado á hacer grandes sacrificios, y por eso se verá comprometido.... Es una desgracia imprevista é independiente de

sus negocios, que en nada destruye su bien adquirida reputación. Puedo daros muchos detalles acerca de ese señor, si tenéis en ello gran interés.

—Sí, si le tengo; ¿y cómo pensáis adquirirlos?

—El señor Dubreuil ha tenido un empleado que hace largo tiempo trata de obtener una plaza en casa de uno cualquiera de los banqueros amigos míos. Con la esperanza de que le recomiende (de lo cual me guardaría muy bien), me dirá, si así lo deseo, todo lo que pasa en casa del señor Dubreuil.

—Os doy las gracias, y os lo agradezco infinito. ¿Qué día podréis darme esas noticias?

—Mañana.

—¿Vendréis aquí á dármelas?

—No.

—¿Dónde, pues?

—En el baile de Palmira.

—Ya os he dicho que no pensaba ir.

—Sí, iréis por complacerme, y para que os dé las noticias que me habéis pedido.

—Sois muy poco delicado, mi buen Desobry (le dijo sonriendo), puesto que exigís como precio de vuestros servicios el que vaya al baile.

—Confesad que el precio no es muy caro: ¡ir á un baile para el cual todo el mundo se disputa las invitaciones! ¡Vaya un sacrificio!

—Está bien, caballero: se irá.

—No olvidéis vuestra promesa. Ha sido preciso arrancárosla. ¿Qué clase de mujer sois, pues?

—Una mujer, sobre poco más ó menos, como todas las demás, aunque algunos aduladores suelen decirme que soy la mejor del mundo.

—Y tienen razón; pero os doy mi palabra de que no os comprendo. Desde hace varios años huís de los placeres; enviáis á paseo á todos los hombres, y vivís como una mujer honrada. ¿Por qué no gozáis, pues, de los privilegios que goza la virtud? Cambiad de nombre; retiraos á provincias, y viviréis tranquila y respetada.

—Ya lo he ensayado (dijo Leona); pero al cabo de quince días me cansé, y al mes me fué insostenible aquella vida. Mi sangre hervía, mi cabeza estaba en brasas; necesitaba volver á París, á mi París. Al principio resistí; pero la fiebre me invadía más y más; mi fuerza de voluntad se perdía continuamente en luchas impotentes, y una mañana me encontré aquí, sin saber cómo había venido: sabedlo bien, mi querido amigo; es casi imposible romper con sus costumbres, dominar sus pasiones y pasar súbitamente del vicio á la honradez. Una mujer puede ser virtuosa; pero es necesario para ello que lo haya sido siempre. No creo en las transformaciones de las pecadoras en santas. Muchas ensayan, pero todas sucumben al cabo de más ó menos

tiempo. No se ha encontrado jamás más que una Magdalena arrepentida, la del Evangelio, y fué una cosa tan extraordinaria, que la canonizaron.... Mi discurso hace que os retiréis,—añadió Leona, viendo á Desobry levantarse.

—No, al contrario; escuchándoos permanecería aquí hasta mañana....; pero han llamado, y.... no quisiera ser indiscreto.

—No es mala la disculpa...: hasta la vista. Mañana nos veremos en el baile de Palmira, puesto que lo exigís; pero no os olvidéis de llevarme las noticias que os he pedido.

—No tengáis cuidado, que no me olvidaré. Cuando Desobry partió, Lucía Aubré llamó á su doncella.

—¿Quién acaba de llamar?

—Un demandadero, que ha traído un paquete para la señora.

—Dádmele.

La doncella volvió al poco con una gran caja de cartón, que Leona abrió inmediatamente. La caja contenía una magnífica muñeca envuelta en sus preciosos atavíos. En uno de los rincones de la caja vió una carta: rompió su sobre, y leyó:

«¿Por qué os ocultáis de vuestros amigos? ¡Tendrían tanto placer en tenerla á ella un poco de la atención que sienten por vos! Pero tenéis,

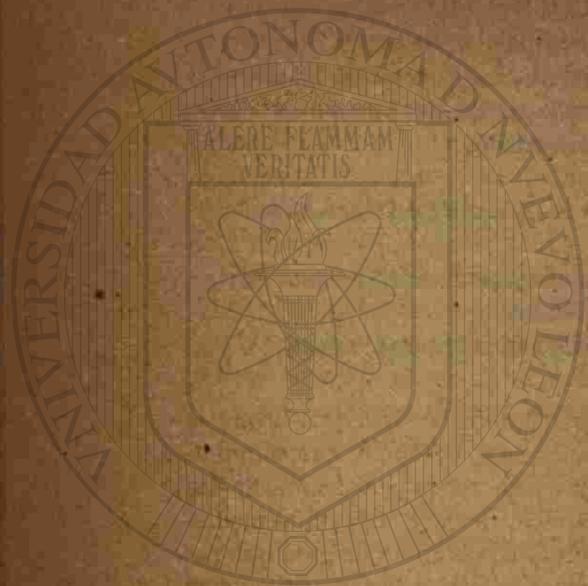
sin duda, motivos para ser misteriosa. Yo los respeto, y sabré guardar el secreto si así lo deseáis. Os envió esa muñeca para la niña; ofrédsela de parte de un amigo.

»Vuestro apasionado,

»EL CONDE DE ORCHAMPS.»

—¡Oh! (exclamó Leona.) ¡Mi secreto está en manos de ese hombre!

Y cayó anonadada sobre una butaca.



Al día siguiente de haber escrito á Leona la carta que ya conocemos, el Conde, que, siguiendo su costumbre, se había acostado hacia las cuatro de la mañana, dormía todavía al mediodía profundamente, cuando una disputa que parecía tener lugar en la habitación inmediata á su cuarto, le despertó. Iba á llamar para preguntar la causa de aquel ruido, cuando algunas palabras que llegaron hasta él le decidieron á escuchar aún.

—¡No podéis entrar!—exclamaba una voz, que el Conde reconoció ser la de su ayuda de cámara Julián.

—Puesto que vuestro amo está, ¿qué inconveniente hay en que entre?—respondía una voz desconocida.

—Es posible, pero está durmiendo.

—No es cierto; nadie duerme al mediodía.

—Vos lo creéis así, porque os levantáis á las seis de la mañana, que es precisamente la hora en que nos acostamos aquí: cada cual tiene sus costumbres.

—Señor Julián, es absolutamente necesario que yo hable á vuestro amo.

—¿Para qué?

—Para pedirle lo que me debe.

Al oír estas palabras, el Conde comprendió el objeto de aquella matinal visita, y se ocultó aún más en su lecho.

—Ese hombre me ha descubierto ante mi honrado Julián,—se dijo.

Durante este tiempo, el criado respondía á su testarudo adversario:

—Pues bien: dejadme vuestra factura, y se la daré en cuanto se despierte.

—Ya os he dado diez veces mi factura, y, por lo visto, encendéis con ella el fuego. Vamos, señor Julián; sed un buen muchacho, y dejadme entrar: no olvidaré nunca ese servicio.

—¡Demonio! (pensó el Conde, al oír estas últimas palabras.) Si emplea tales medios de persuasión, Julián va á dejarle pasar, y creo que no haría mal en echar la llave á la habitación.

Pero las palabras siguientes le tranquilizaron.

—No turbaría el sueño de mi señor por todo el oro del mundo,—decía el ayuda de cámara con dignidad.

El Conde, sumergido en lo más profundo de su lecho, hizo la observación de que su criado tomaba unas proporciones de agradecimiento y honradez verdaderamente homéricas.

Iba á aplaudir y gritar: «¡Bravo, Julián!», cuando, reflexionando que eso sería destruir toda la obra de su fiel servidor, pudo lograr contener su admiración.

Á los pocos instantes sintió que la puerta de la habitación inmediata se cerraba y la discusión cesaba, y pensando que ya se había marchado su porfiado acreedor, llamó:

—¿Pero pensáis dejarme dormir en paz algún día? En cuanto el sol aparece, me despertáis. ¿Con quién discutís en ese cuarto de al lado?

—Con el maestro de coches del señor.

—¿Qué me quería?

—Quería que se le pagase su cuenta.

—¿Y á cuánto asciende?

—Á seiscientos cuarenta francos.

—¡Vaya una miseria!

—Una miseria,—respondió Julián, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo te has desembarazado de él?

—Pues asegurándole que era imposible que

el señor Conde le recibiera, porque estaba con una...

—Julián, no te he autorizado para que te tomes esas confianzas; quiero conservar íntegra mi reputación de moralidad.

—¡Hasta ante un maestro de coches!—dijo irónicamente Julián.

—Puesto que es cosa decidida que yo no he de poder dormir, abre las maderas con cuidado, con objeto de que no me incomode la luz si hay sol... Bien, ya está bien; ahora dame las cartas que han llegado esta mañana, y ve á prepararme el almuerzo.

—¡Que estúpida invención la del correo! (dijo el conde de Orchamps en cuanto se quedó solo.) Ved aquí tres cartas que tengo obligación de leer para tranquilizar mi conciencia, y, sin embargo, ¿á que ninguna trae una buena noticia?... Leamos primero esta... Parece, por su ortografía y papel, que la ha escrito un soldado. Vamos á ver lo que dice:

«Señor Conde: Habíamos convenido que me pagaríais vuestra cuenta cuando os casáseis...»

—Efectivamente, es verdad; pero como no me he casado...

«El comercio va tan mal...»

—¡Que el comercio va mal!... ¡Y no se mete en la cárcel á las personas que tienen atrevimiento para decir tales cosas!

«Que me veo obligado á presentaros mi factura, porque, por lo visto, habéis pensado permanecer soltero siempre.»

—¡Demonio! ¡Pues no quiere este sastre obligarme á que me case y á que sea padre de familia! ¡Al diablo se le ocurre! Pero, en fin, que me encuentre una mujer con algunos millones de dote, y me caso inmediatamente. Leamos otra carta.

«Querido amigo: Con estas son tres las cartas que os he escrito pidiéndoos el dinero que por mi desgracia os presté. Empiezo á perder la paciencia, y...»

—¡Perfectamente; ved aquí á un amigo que, bajo el pretexto de que le debo doscientos luses, se insolenta. ¡Todos son iguales á éste! ¡Y los postas han hecho poesías á la amistad! Si tú pierdes tu paciencia, querido mío, yo, en cambio, he perdido al baccarat mi último luf. Estamos en paz.

Y tirando aquella carta, tomó una tercera.

—¡Ah! (exclamó.) Ésta es de una mujer. Veamos si me entretiene más que las otras.

«Querido mío.»

—¡Qué dulce es! ¡Qué gusto da leer esto!

«Hace una semana que no te veo. ¡Eres ingrato, al olvidar á una mujer que tanto te ama!»

—Verdaderamente, tiene estilo esta muchacha,—dijo Orchamps, interrumpiéndose.

«No recuerdas, desagradecido, la última noche que pasamos juntos?»

—¡Oh! No, estad tranquila; no la he olvidado; me costó demasiado cara; pero, al fin, al menos ésta no pide dinero.

«Te espero hoy, y ya sabes que de nadie será más que tuya, tu

»ADELA.»

—¡Es encantadora esta muchacha!... Pero tiene una posdata la carta. Veamos lo que dice.

«Si puedes traerme veinticinco luises cuando vengas, te lo agradeceré mucho. Estamos hoy á 15, y ya sabes que los caseros son implacables.»

—¡Desgraciada! (exclamó Orchamps, con un tono tragi-cómico.) ¡Me has arrebatado mis últimas ilusiones!

En aquel momento Julián entró con una bandeja que despedía un gratísimo olor. La vista de aquella bandeja y el olor que despedía consolaron el destrozado corazón de Orchamps, y le hicieron arrojar sobre su criado una tierna y reconocida mirada. Después, cómo le viera colocar sobre una mesita próxima al fuego todas las cosas que había traído, exclamó:

—Tu almuerzo es espléndido. ¿Dónde has ido á buscarle?

—Á casa de Tortoni, señor Conde.

—¿Lo has tomado prestado?

—El señor sabe que no podía tomarlo de otra manera, —observó Julián.

—No te preguntaba tanto.

Y el Conde, arrojando lejos de sí todos aquellos desagradables pensamientos, echó al fuego sus indiscretas cartas, y atacó briosamente al almuerzo que le habían servido.

Mientras tanto, Julián había ido por una caja de excelentes cigarros, y, presentándola á su amo, se retiró para dejarle gozar los placeres de una buena digestión y de un *dolce farniente*.

Todo esto indica la buena vida que el Conde se daba, pareciendo á primera vista un hombre de elevada posición. Sin embargo, después de haber almorzado bien, parecía natural que aquel hombre tan despreocupado se hubiera sumergido en una agradable somnolencia, no pensando más que en cosas agradables, ó, lo que es aún mejor, no pensando en nada; pero, por el contrario, su frente se nubló y pareció quedar bajo el peso de tristes ideas. En efecto: se decía que una vida como la suya no es posible sino con una buena renta ó medio seguro de proporcionarse dinero. Es verdaderamente una locura empeñarse en tenerla, cuando por todo recurso se cuenta con las ganancias inciertas del juego. Las cartas (recientes pérdidas se lo habían hecho comprender) favorecen rara vez á aquellos que

buscan en ellas sus medios de existencia, reservando su sonrisa generalmente, para los ricos indiferentes por la pérdida ó la ganancia, pareciéndose en esto á las mujeres, que prefieren entregarse á hombres reputados por muy conquistadores que desdeñan sus bellezas, con preferencia á otros pobres infelices, ávidos de un poco de amor. En fin, jugar con el sólo objeto de ganar con que vivir al día siguiente, es un oficio de los más inciertos y fatigosos.

Después, como si estas reflexiones trajesen á su memoria resoluciones morales, se vistió para ir á casa del que generalmente le daba dinero, con objeto de procurarse algunos luises indispensables para probar fortuna en el baile de Palmira, en que creía se jugaría de una manera infernal.

## XII.

Hacia las cuatro de la tarde, el Conde estaba en una elegante habitación, en donde uno de esos usureros de nuestros días, que en nada se parecen á los de otro tiempo, llamado Dionis, fué á encontrarle inmediatamente.

—Esperaba vuestra visita, señor Conde (dijo Dionis). ¿Sin duda venís á arreglar vuestra cuentecita?

—¿Qué cuentecita?—preguntó Orchamps.

—Aquella cuyo plazo vence mañana.

—¿Pero tengo que pagar una cuenta que vence mañana?

—Sí, señor Conde; de diez mil francos. ¿No lo sabíais?

—No, no sabía semejante cosa.

—¿No estáis en disposición de pagarme?

—¡Ya lo creo que no estoy en disposición!

—¡Esto es horrible!

—¿Y á quién se lo decís?

—La persona que me ha dejado este dinero, no querrá atender á razones,—añadió el usurero,

—Pues qué, ¿no tenéis poder sobre ella?

—No; os aseguro, y la conozco muy bien, que no tendrá compasión, y os perseguirá sin clemencia.

—¡Oh!—dijo Orchamps con mucha calma.

—Venderá vuestro mobiliario.

—¿De veras? ¡Pues sería gracioso!

—Pensad en las pérdidas materiales y morales que os va á acarrear, y, por vuestro bien, os aconsejo que paguéis.

—¡Pagar! ¡Pagar! Os encuentro divino, y no querría más que poderlo hacer, porque sería señal de que tenía dinero; pero, por desgracia, os desafío á que encontréis un luís en mis bolsillos.

—¿Queréis burlaros?

—¿Pero creéis que haya nadie que pueda burlarse de cosas tan graves?

—¿Esperáis dinero?

—No espero nada. Estoy arruinado.

—¿Desde cuándo?

—Mucho antes de tener el honor de conoceros.

—¡Entonces, me habéis robado!—exclamó Dionis, mirando al Conde á la cara.

—Tened cuidado con vuestras palabras,—dijo tranquilamente Orchamps. Habéis dicho: «Me habéis robado». Esto parecería indicar que este asunto lo habíais hecho por vuestra cuenta, y vos sabéis que no es así.

—Sin duda alguna....; pero como soy el que os lo he dado....

—Sabrán que yo no os puedo pagar (continuó Orchamps). Querido señor: si yo hubiera tenido seguridad de pagar al vencimiento, hubiera sido señal de que mi fortuna estaba perfectamente colocada, y en ese caso me hubiera dirigido á un banquero más serio que vos, pues ya sabéis que cuando se contrae un empréstito, se cuenta siempre con una fortuna más ó menos lejana ó dudosa, y no se apercibe uno hasta más tarde de que se ha equivocado, y de que no puede pagar.

—¿Es decir que vos no pagaréis ni hoy ni más tarde?

—Tengo ese temor.

—La venta de vuestro mobiliario nos indemnizará en parte.

—¡Qué tontería! No os hagáis ilusiones....: pertenece á mi tapicero, por una escritura muy en regla anterior á la vuestra.

—¡Pues vamos mejorando! Está bien, perfectamente. Y.... ¿queréis decirme entonces á qué debo el honor de vuestra visita?

—Con mucho gusto, caballero. He venido con

la intención de pedirlos prestados cien lúises.

— ¡Magnífico! (exclamó Dionis sorprendido.)

— ¿Y tenéis la bondad de decirme, si gustáis, para qué los queréis?

— Para jugar esta noche misma, ganar, y pagarlos. ¿Qué decís de eso?

— Señor Conde (replicó Dionis); desde que habéis entrado, no habéis hecho más que burlaros de mí. Si eso os divierte, no me ofende, y podéis hacerlo; pero.... ¿creéis de buena fe que, después de lo que acabáis de confesarme, voy á estar dispuesto á exponerme á perder dos mil francos?

— ¿Preferís perder con seguridad diez mil?

— Triste cosa es; pero nadie me asegura que ganaréis y me pagaréis.

— Os lo aseguro yo. Un jugador adivina, presente, sabedlo bien, el día que va á ganar. Y ahora que estoy en el camino de las confianzas, voy á haceros una, que tal vez os inspire confianza. He sido rico; pero me he gastado mi fortuna. Después, solo las cartas han podido permitirme seguir teniendo la agradable y desahogada vida que hago en sociedad. Tengo mi cuartito, mi criado, mis caballos, queridas de todos los matices; pero desde hace cuatro meses, no gano, y pierdo siempre: esto es lo que me ha obligado á pedirlos los diez mil francos que tuvisteis la bondad de prestarme, engañado sin

duda por mi lujo; esa pérdida constante es también la que me ha impedido devolvéroslos hoy; pero esto no puede durar: después de la desgracia viene la fortuna; después de la pérdida, la ganancia; y estoy seguro que el momento de la reacción ha llegado. ¿Quién me asegura esto? Mil indicios que no comprenderéis, á menos que no seáis jugador; pero para ganar, es preciso tener dinero que poner sobre el tapete, y es necesario tener lo bastante para esperar la llegada del momento oportuno. Por esto es por lo que os pido dos mil francos, ¿habéis entendido bien?

— Si es así, si estáis seguro de ganar (dijo Dionis), procuraré encontraros esa suma.... Ya veré....

— ¡Oh! Gracias, mil gracias por vuestras amabilidades para conmigo; pero necesito hoy mismo ese dinero.

— Pues entonces es imposible.

— ¿Es esa vuestra última palabra?

— Sí, á no ser que me ofrezcáis alguna garantía.

— Tengo una gran cantidad de papeletas del Monte de Piedad. Son las de mis alhajas.... Las he empeñado unas después de otras durante estos cuatro meses para pagar mis deudas de juego; ¡y luego dirán que los jugadores no somos honrados!

— Me guardaré muy bien de decirlo (replicó Dionis); sólo que entre ellos hay algunos....

Y mientras, examinaba atentamente un grueso paquete de papeletas del Monte que le había entregado Orchamps.

— En fin (dijo, complacido de este examen); puesto que tanta falta os hacen, consiento daros esa cantidad, para que me quedéis agradecido; pero los dos mil francos que me pedís no me pertenecen.

— Eso ya se sabe, — dijo el Conde con voz burlesca.

— Me han sido confiados por un cliente que desea que le produzcan quinientos francos en tres meses.

— Está bien: voy á hacer os un recibo de dos mil quinientos francos, pagadero á tres meses fecha; dadme papel y tintero.

Orchamps escribió, y tendió la mano para recoger el dinero.

— ¿Pero qué me dáis de comisión? — dijo Dionis sin abandonar sus billetes.

— ¿Queréis más todavía? Terminemos. En lugar de dar os dos mil francos, dadme mil novecientos.

— Aquí están.

Y esta vez el Conde recibió varios billetes, que se apresuró á introducir en su bolsillo. Cuan-

do se levantó para retirarse, Dionis le alargó un nuevo papel.

— ¿Qué es esto? — preguntó Orchamps.

— La factura; os ruego que la llenéis, para que todo esté en regla: es una simple formalidad. De esa manera, si alguno quisiera llevarme ante los tribunales por usura, no lo digo por vos, presento esta factura de su letra, y se ven en la precisión de afirmar que todo ha pasado legalmente entre nosotros, teniendo que retirar su demanda.

La factura estaba concebida en estos términos:

«Suma recibida.....	2,444
»Interés del 5 por 100 al año durante tres meses.....	31
»Comisión.....	25
»Total.....	2,500»

El Conde firmó, tomó su sombrero, y salió seguido por Dionis, que le acompañó hasta la puerta.



XIII.

A las dos de la mañana, el baile de Palmira, que había estado desanimado en un principio, había llegado á su apogeo. Las mujeres más hermosas de París, del mundo artístico y del mundo galante, se mezclaban con los hombres más ricos, más distinguidos ó de mayor fama. Los trajes negros de éstos desaparecían bajo las sedas, los terciopelos, y las blondas y encajes. Mezclábanse allí, en agradable confusión, las mujeres de rubios cabellos y ojos de cielo, con las ardientes morenas de negros y apasionados ojos, luciendo unas y otras, entre sus cabellos, ya flores ó ya diamantes. Tenían casi todas las espaldas desnudas, dejando entrever los graciosos escotes sus blancos y turgentes pechos; sus labios, rojos por la excitación ó el car-

mín, cambiaban apasionadas palabras, esperando convertirlas pronto en ardientes besos; sus ojos brillaban con la llama del deseo, en medio de aquella locura vertiginosa á que se dedicaban todas las parejas. Sus talles se enlazaban, sus cuerpos se confundían. Todos hablaban á un tiempo, y sus voces dulces y ardientes se mezclaban: mil ruidos distintos, mil risas impetuosas, confundidas con extrañas palabras de un dialecto conocido sólo de este mundo, resonaban de un extremo á otro del salón, mezclándose con el ruido de los besos escapados en momentos de loco entusiasmo. Todos los sentidos gozan á la vez en estas fiestas: el oído se deleita con los acordes de una orquesta apagada casi por las conversaciones y las risas con que la acompañan los concurrentes; la vista se extasia al contemplar aquellos cuellos desnudos, más blancos que el alabastro; el olfato se recrea con el perfume acre y penetrante de las mujeres y de las flores; el tacto se complace en estrechar la seda con que se cubren aquellos estremecidos y ardorosos cuerpos.

En uno de los salones, Lucía Aubré, que ha rehusado todas las invitaciones que la han hecho para bailar, escuchaba con aire distraído á Nanteuil, que, sentado junto á ella, trataba de distraerla con sus reflexiones. De repente Leona le interrumpe.

—Esta vez (dijo Lucía) sí que veo allá abajo, apoyado contra la puerta, á Desobry. No nos ve; ídmele á buscar, para que ocupe vuestro sitio.

Un minuto después, Desobry, precedido por Nanteuil, atravesaba por entre aquellos desordenados grupos y llegaba hasta Leona.

—¿Cuánto tiempo hace que habéis venido?—dijo estrechándole la mano.

—Acabo de llegar, y solamente me he detenido dos minutos á hablar con Orchamps.

—¡Ah! ¿Está aquí?—dijo Leona, sin poder reprimir un gesto de despecho.

—¡Sí, pero se ha ido á la sala de juego!—añadió Desobry.

—Pero hoy no se juega.

—Precisamente es lo que á él le disgusta, y lo que teme es que no quieran dejar la danza para ir á jugar; pero yo le he tranquilizado, prometiéndole que antes de poco todo el sagrado fuego que anima esas pantorrillas, se apagará, invadiendo entonces los bailarines el tapete verde, para no dejarle hasta después que haya amanecido. Tendrá tiempo sobrado para arruinarse.

—Dejemos á Orchamps.... ¿Qué habéis averiguado?—preguntó Leona.

—He visto á la persona que debía darme las noticias deseadas, y lo que suponíais es cierto. El señor Dubreuil se encuentra en una angustiosa situación: mañana, que es el día del venci-

miento de sus letras, no tendrá ni un franco en su caja.

—¡ Ah! (dijo Leona, sin parecer contrariada por esta noticia.) Pero decid, ¿no creéis que, reducido á ese extremo, pueda tomar una resolución terrible?

—Es capaz de eso. Sin embargo, no hay que temerlo hasta mañana por la tarde.... El señor Dubreuil espera la respuesta de una petición de dinero que ha dirigido á Lyon. Si la respuesta es favorable, Dubreuil se habrá salvado por algún tiempo; pero si le es adversa, no tendrá ninguna esperanza, y tal vez recurra al suicidio para evitar lo que él llama el deshonor.

—¿Tenéis seguridad de que son ciertas estas noticias?

—¡Ya lo creo! El que me las ha dado, no se atrevería á engañarme; pero no me parece que os conmueven mucho.

—¿Por qué habían de conmoverme? Esos datos no me interesan personalmente, y sólo los he querido saber para hacer un favor á un amigo.

Y como si no esperase más que aquellas noticias para abandonar el baile, Lucía Aubré, en cuanto las adquirió, devolvió á Desobry su libertad, y rogó á Nanteuil que le trajera su abrigo del guardarropa; pero estaba escrito que no había de marcharse todavía. El conde de Orchamps,

que hacía un instante la observaba, se unió á ella en el momento que se quedó sola.

—¿Dónde os habéis metido? (la dijo, después de saludarla.) No he tenido el placer de veros hasta ahora.

Leona no respondió.

«No quiere hablar (pensó el Conde); me veo obligado á emplear el gran recurso.»

Y dirigiéndola de nuevo la palabra:

—¿Habéis llevado ya mi encarguito?—preguntó.

—Sin duda queréis hablar, caballero, de vuestro billete de ayer? Pues bien: como no le comprendí (repuso), creí que habrías equivocado las señas, y se lo di, junto con la caja que le acompañaba, á mi doncella.

—No, no me he equivocado; de ninguna manera. ¿A qué viene fingir todavía conmigo? Si creéis que sólo sé vuestro secreto á medias, voy á demostraros con unas cuantas palabras que estoy perfectamente enterado.... La casa donde vais todos los días desde hace varios años, está muy cerca de *Ville-d'Avray*, en la avenida de *Marnes*, número 5. La niña á que vais á ver allí se llama Luisa, y es vuestra hija.

—Hablad más bajo, por Dios,—dijo Leona, apercibiéndose á Nanteuil.

—Ya lo veis (dijo el Conde, sonriendo); esta

exclamación me hubiera quitado toda clase de duda, si la hubiera tenido.

—Pero, en fin; ¿qué es lo que queréis de mí?

—Por ahora, hablaros; pero ved á Nantenil que se acerca. Servíos hacerle comprender que debe dejarnos solos.

—Amigo mío (dijo Leona, dirigiéndose al joven), lo siento mucho; pero no puedo ir con vos.

Y sin dar otras explicaciones al pobre Nantenil, que, sorprendido, parecía reclamarlas, se separó de él bruscamente, y penetró con Orchamps en la habitación inmediata.

—Vámos (dijo, furiosa y brutalmente): ¿qué suma exigís por callaros y dejarme tranquila?

—¡Me insultáis, señora!

—¡Que os insulto ofreciéndos dinero! Entonces, ¿por qué me habéis espiado cobarde y villanamente para sorprender mis secretos? ¿Para qué tratar de descubrirlos, cuando ni me ocupo ni puedo hacer nada por vos? Si no es dinero lo que deseáis como precio de vuestro silencio, es sin duda alguna otra cosa, porque no sois hombre que acostumbra á trabajar sin razón; no sois de los que descubren los secretos para luego no explotarlos.

—Pero, ¡Dios mío, qué irritada estáis, mi querida señora! No tendré en cuenta ninguna de vuestras injurias, porque estoy tan alto, que

no pueden mancharme; pero he de obligaros á escucharme hasta el fin... Efectivamente: hay un motivo por el que he averiguado los secretos de vuestra vida íntima: lo habéis adivinado perfectamente; pero no es el dinero lo que busco. Deseo....

—La gloria, ¿no es eso?—dijo irónicamente Leona.

—Efectivamente, la gloria de ser vuestro amante.

—¡De veras! ¿Y es eso todo lo que pedís? ¿Qué generoso sois! Pues bien; yo tengo la pretensión de escoger mis amantes, y vos no me gustáis.

—Ya lo sé (replicó Orchamps), puesto que para triunfar de vuestra resistencia he empleado todos los medios ordinarios.

—Y extraordinarios, como el último,—dijo Leona.

—Y el que ahora he empleado me parece excelente,—replicó el Conde.

—Yo le creo detestable.

—¿Cómo detestable?

—Sí, detestable.... ¿Conque íbais á sostenerme si accediera á ser vuestra querida? ¿Qué objeto tendría comprar vuestro silencio? ¿Habéis descubierto que tenía una hija? ¿Y qué tiene eso de particular?

—Si no tiene nada de particular, ¿por qué no

confesar públicamente que la tenéis, por qué ocultarla á todos los ojos, por qué acusarme, como si fuera un crimen, por haber descubierto una cosa tan natural?

—Estaba loca, ó tal vez borracha; perdonad: he bebido mucho *champagne* esta noche.

—Lo creo, y ya estoy tranquilo: según eso, podré contar á quien quiera oírme que tenéis una hija encantadora, y que la educáis en el campo, en medio de las flores...

—¡Oh, no, no digáis eso!—exclamó Leona.

—Y como soy de una naturaleza esencialmente curiosa (continuó el Conde, sin hacer caso de la interrupción), averiguaré con facilidad la causa que motiva vuestra misteriosa conducta, y me opondré á vuestros proyectos.

Lucía tuvo miedo, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, cambió de tono.

—¿Es cierto que me amáis?—le dijo.

—Sí.

—Entonces os autorizo para presentaros en mi casa; procuraré que me agradéis..., y, sobre todo, callaos.

—Con esa promesa, seré mudo.

—¿Es eso todo lo que tenéis que pedirme?

—No, todavía no; quiero pedir os aún un pequeño favor, como prueba..., casi nada. Se acaba de empezar á jugar al *baccarat* en la próxima habitación. Deseo jugar, y se me ha

ocurrido la idea de que si estáis á mi lado, me daréis suerte.

—Iba á marcharme (dijo Leona), porque estoy algo fatigada y estoy enferma.

—Me habéis exigido un servicio que tiene gran valor para vos, y os lo he hecho. ¿Y no vais á acceder á hacer el pequeño sacrificio que os pido?

—Sí, lo haré; os sigo.

La llegada de Orchamps y de Lucía Aubré no fué notada en el salón.

La atención de todos estaba reconcentrada en una jugada muy interesante. Se jugaba al *baccarat*, y el banquero había dado cinco veces las cartas sin perder una sola, de tal suerte que su primera postura había sido fabulosamente aumentada, pues se había multiplicado de una manera prodigiosa, jugando entonces los puntos fuertemente contra los ochenta luíses que tenía de banca.

—Vamos, señores (repetía por la tercera vez el banquero). ¿Está hecho el juego?

—Copo,—dijo Orchamps, que llegaba en aquel momento.

—Prefiero dejar mi puesto,—exclamó el banquero asustado.

—Ya no es tiempo (replicó el Conde); habéis dado cartas.

—Tiene razón,—exclamó la multitud.

—Puesto que no hay remedio, sigamos... Tengo ocho,—continuó, abatiendo sus cartas.

Orchamps volvió las suyas, y mirándolas, dijo:

—Yo tengo nueve.

Y atrayendo hacia sí los ochenta luses, se volvió hacia Leona, que estaba cerca de él.

—¡Gracias (la dijo); sois mi ángel bueno!

—Bien á pesar mío,—replicó Leona.

—Siendo los mismos los resultados, os dejo en libertad de pensar lo que queráis.

—Sois muy galante.

A partir de este momento, jugó con una suerte insolente, y, ya sea porque ganara más veces, ó ya porque ganara las puestas mayores, el resultado era que los billetes de Banco y el oro se apilaban ante él con asombrosa rapidez: al cabo de una hora, había ganado más de treinta y dos mil francos.

En aquel momento, Lucía Aubré se levantó.

—Caballero, son cerca de las seis de la mañana, y tengo necesidad de descansar: voy á marcharme.

—No, permaneced aquí (replicó el Conde con tono brusco): hoy estoy de vena; quiero ganar más todavía.

—Esto es abusar de mí,—pensó Leona.

Y en cuanto el Conde se distrajo, se separó de su lado.

—¡Copo!—dijo el Conde.

Había seis mil francos de banca.

Perdió.

—¡Copo!—dijo de nuevo.

Volvió á perder.

—¡Copo por tercera vez!—exclamó aún el Conde.

—Estáis loco (le dijo uno que estaba á su lado) al proseguir jugando así.

—No, yo ganaré al fin; no puedo perder esta noche.

—*Audaces Fortuna juvat*,—exclamó un abogado, á quien nadie escuchó.

—Habéis perdido,—dijo el banquero al Conde.

—Tomo cartas otra vez, si queréis,—replicó Orchardps.

—No; es bastante, y cedo la baraja. Me debéis seis mil francos por la primera vez, doce mil por la segunda, y veinticuatro mil por la tercera: total, cuarenta y dos mil francos.

No solamente Orchardps había perdido cuanto tenía, sino que, además, tuvo que dejar á deber dos mil francos sobre su palabra. Se volvió entonces, y viendo que Leona no estaba á su lado:

—¡Ah! Lo comprendo (murmuró); ¡me había abandonado!

En lugar de cesar de jugar, se obstinó en vencer la mala suerte que se había apoderado de él, pensando que tan imposible le sería pagar dos

mil francos como veinte mil, y prefirió, pareciéndole menos deshonroso quedar insolvente por una suma considerable ó desquitarse, á tener que confesar su imposibilidad de pagar una cantidad tan pequeña. Por un instante, la suerte pareció favorecerle: el Conde tomó ánimos; pero, como sucede siempre, sus adversarios, que aprovechándose de los momentos de su mala fortuna se habían enriquecido jugando fuerte, no apostaban entonces más que cantidades pequeñas, uno ó dos luses, quitándole así toda posibilidad de rehacerse.

La claridad del día penetraba á través de las ventanas; las bujías, al extinguirse, chisporroteaban, iluminando la sala de juego con una luz vacilante. El Conde, viendo la desanimación de la partida, no intentó desquitarse ya, y se levantó con la misma cara que si la suerte le hubiera favorecido, no pudiendo apercibirse en él ni el más pequeño gesto de rabia ó de despecho.

Mientras se dirigía á su casa, se decía filosóficamente: «Mis adversarios, mis acreedores de esta noche, van á dormir tranquilos, después de gastarse en jaranas parte de lo que les debo; cuentan con ello para hoy á la noche á más tardar. ¡Qué pronto van á perder sus ilusiones!

## XIV.

Las noticias dadas por Desobry á Leona acerca de la honradez del señor Dubreuil y de la situación en que entonces se encontraba, eran exactas. Sin asociados y con un pequeño capital, gracias á un trabajo asiduo y á un gran conocimiento de los negocios, había fundado diez años antes una casa comercial, que muy pronto fué conocida como una de las más seguras; y como en este mundo todo se une, después de haber logrado esto, el señor Dubreuil hizo un excelente matrimonio, y se encontró dichoso como esposo y como comerciante. Una sola cosa le había faltado largo tiempo para ser completamente feliz: no había tenido hijos; pero el cielo, al darle una hija, quiso hacerle gozar de este último favor. El niño que nace cuando no se le espera ya, después de haber sido deseado largo tiempo; cuan-

do el cariño, la costumbre, sin que uno se lo confiese, ha reemplazado al amor; cuando la mujer, sintiéndose envejecer, quisiera revivir renaciendo en otro ser, y transmitiéndole su belleza, este hijo, decimos, es mejor acogido por los esposos, porque estrecha más unos vínculos que tendían á desatarse, y es más querido por lo mismo que ha sido largo tiempo deseado. Esto sucedió á los señores de Dubreuil; adoraron á aquella hija que había nacido después de varios años de matrimonio; pero aquella dicha no debía durar: la niña murió al cabo de cinco años. El jardinero de *Ville-d'Avray* nos ha hecho conocer en su conversación con Leona cuál fué el dolor de aquella madre que moría de pena por haber perdido á su hija. Después, siguiendo el refrán popular de «*Bien vienes, mal, si vienes solo*», una desgracia imprevista vino á herir poco tiempo más tarde al negociante: su cajero desapareció, llevándose todo cuanto había en caja. Las pesquisas de la policía fueron inútiles. Esta pérdida, que muchas casas de comercio de París hubieran soportado fácilmente, fué un golpe terrible para el señor Dubreuil; que no estaba sostenido por los capitales de numerosos asociados, y había extendido sus relaciones comerciales á fin de aumentar su importancia y los rendimientos de su casa. Durante un año, gracias á su crédito, pudo conjurar este terrible

acontecimiento; pero sus recursos se habían ido agotando poco á poco, encontrándose entonces en la imposibilidad de pagar sus nuevos vencimientos.

Poco después de que los convidados de Palmira creían haberse enriquecido á expensas del Conde y volvían fatigados, pero alegres, á sus habitaciones respectivas, el señor Dubreuil, que había pasado una noche fatal de emociones no menos vivas que las del juego, dejando su cuarto y descendiendo al piso bajo ocupado por sus oficinas, abrió la caja, y se convenció de que no había habido ninguna entrada; consultó sus libros, y reconoció por la décima vez que tenía que hacer importantes pagos aquel mismo día. Preguntó si había llegado el correo, para ver si le había traído una carta de su cuñado que era comerciante en Lyon, y á quien, impulsado por la necesidad, había determinado dirigirse. Esta era su última esperanza, como es la del indulto la de un condenado á muerte. El correo no había llegado, y Dubreuil le esperó leyendo, para matar el tiempo, periódicos, que en la disposición de espíritu en que se encontraba, no comprendía. Por fin llegó el correo; pero no había ninguna carta que llevara el sello de Lyon. ¿Por qué este silencio? ¿Era una mala señal? Tal vez un nuevo reparto del correo, el del mediodía, le llevara la respuesta deseada. Resolvió esperar aún;

pero no pudiendo dominar la emoción, salió de su casa, y andando siempre sin saber adónde iba, miraba, sin ver nada, ya á los escaparates de bisutería, ó ya á los carteles de los teatros, sin tener conciencia de sus actos: su cabeza echaba fuego, sus sienes latían vivamente, y sus orejas estaban rojas. Marchaba recto, tenía vértigo, fiebre, caminando como un autómeta. Las casas, los carruajes, los transeúntes, le parecían envueltos por una espesa niebla, á través de la cual los aperecía dando vueltas delante de él en fantástica danza, y, sin embargo, seguía y seguía, no tocando á ninguna persona, evitando los carruajes, semejándose á esos ligeros callejeros que no tienen otra cosa más que hacer que respirar el aire y calentarse al sol.

Algunas veces volvía á tener conciencia de sí mismo, recordando repentinamente las preocupaciones que le torturaban, y su situación presente se dibujaba en su espíritu, fría, precisa, neta.

—En este momento (se decía), todas las personas á que mi cajero no ha podido pagar, esparcen la noticia de mi ruina, de mi próxima bancarrota: ¡todo el mundo me va á señalar con el dedo!

Y Dubreuil reía como un loco.

Después, asiéndose á su última esperanza, decía:

—El correo de esta tarde me traerá los fondos de que tengo necesidad: se irá á pagar al momento, y se achacará el retardo á una mala inteligencia, y de esta manera me habré salvado.

Y mirando el reloj, se dirigió hacia su casa.

Á las seis llegaba á la calle en que estaba situada, paseándose impacientemente ante su fachada, para ver antes al cartero: al percibirle, corrió hacia él, diciendo:

—¿Traéis carta para mí?

—Sí, señor.

Cuando la tuvo entre sus manos, no se atrevió á abrirla; estaba pálido y temblaba, porque de su lectura dependía para siempre su suerte. Por fin, más dueño ya de sí, rompió el sobre, leyendo rápidamente la carta. Volvió luego á leerla con más cuidado; y, seguro de no haberse equivocado, se dirigió hacia sus oficinas.

Su cuñado le decía que le era imposible ayudarle.

La certidumbre de su desgracia había devuelto al señor Dubreuil toda su calma, toda su presencia de ánimo. Para los espíritus esforzados como el suyo, lo que es horrible es la incertidumbre; la realidad, por terrible que sea, la soportan valerosamente.

Las oficinas estaban vacías; sus empleados, puntuales como lo son siempre cuando se trata de marcharse, lo habían hecho ya hacía largo

tiempo. Esta ausencia lógica le impresionó aquel día.

—No tienen nada que hacer en una casa deshonrada, y me abandonan,—pensó.

Entonces se sentó, puso en orden algunos papeles, y después de haber examinado por centésima vez sus libros, escribió al presidente del tribunal de Comercio, y dando por terminadas todas sus ocupaciones, subió á su casa y entró en el cuarto de su mujer. La encontró sentada en una butaca, cerca del fuego, que estaba medio extinguido, y de lo cual, sin duda alguna, no se había apercibido. Esta mujer debía haber sido hermosísima; sus facciones eran finas y correctas; pero el inmenso dolor de que se hallaba acometida había marcado profundas y prematuras arrugas en su frente, demacrado sus mejillas y encanecido sus cabellos; el insomnio había también enrojecido sus ojos. No apercibió á su marido cuando entró, y solamente se dió cuenta de que estaba á su lado cuando, sentándose cerca de ella y tomándola las manos, la dijo:

—¡Pobre hija mía! ¿No vais á consolaros nunca?

—¡Jamás! (respondió dulcemente, sacudiendo la cabeza.) Porque ella está aquí, siempre ante mis ojos, en el momento de su muerte, uniéndose desesperada á mí en las últimas convulsiones de la agonía, crispada, muda, rígida

ya, casi negra. ¡Pobre ángel mío! ¡Ella, tan viva, tan alegre algunos días antes, tan sonrosada, tan linda, que corría alegrando la casa con sus gritos y risas, que me llamaba por todas partes para enseñarme sus juguetes, tirándome del vestido cuando no iba corriendo donde quería!... Sus ojos los veo ahora medio cerrados; no se ve á través de sus pestañas más que un punto blanco, una parte del ojo sin pupila. ¡Qué cosa más horrible!... Sus labios, pálidos, secos, se entreabren, dejando ver aquellos dientecitos tan blancos, que ella llamaba sus perlas. ¡Pobre hija de mi alma!... Quiero hacerla beber; la pobre trata de obedecerme por un último esfuerzo de su voluntad; pero sus dientes, yendo á chocar con la taza, producen un ruido seco y duro, que aún resuena en mi corazón... Tomo su mano, y está helada; un movimiento de espanto me hace saltarla, y cae al momento inanimada sobre las ropas del lecho... La llamo, y no hace signo alguno de responderme. ¡Oh, Dios mío! ¡Mi hija, mi pobre hija está muerta!

—Entonces he llegado yo,—dijo el señor Dubreuil, conmovido ante aquel relato.

—Y tú, tú te lanzaste sobre el lecho, cogiste á nuestro pobre angelito entre los brazos, y la estrechaste contra tu pecho, llorando amargamente. ¡La querías mucho también tú! ¡Pero yo, yo la quería mucho más, y todavía no he verti-

do una lágrima!... No os reprocho esto, amigo mío: vuestra existencia é igualmente la de los demás hombres, no puede depender de la de un niño. Tenéis graves pensamientos, ocupaciones serias, un objeto en la vida, y no podéis amar como nosotras, para quienes una hija es todo, el mundo, el infinito, Dios.

—Olvidad esos recuerdos (dijo el señor Dubreuil); ¿no veis que os están matando?

—Ya lo sé (respondió); muero lentamente: sin duda es ella, nuestra querida hija, que desde el cielo me tiende sus pequeños brazos y me atrae hacia sí... No tardaremos en reunirnos... Estate tranquila, hija querida...; ten paciencia, ¡no llores más, bendita!

Pero, después de haber pronunciado estas últimas palabras, miró á su marido, y viendo que gruesas lágrimas inundaban su rostro, tomando sus manos y besándolas, le dijo:

—¡Oh, perdón, perdón por mi dolor! Os hago sufrir inútilmente, cuando tenéis también gravísimas preocupaciones. ¡Perdonad; estaba loca. Y después de un momento, añadió:

—¿Hay algo de nuevo?

—Nada.

—¿Va todo bien?

—Sí,—respondió Dubreuil.

Un criado vino á anunciar que la comida estaba servida.

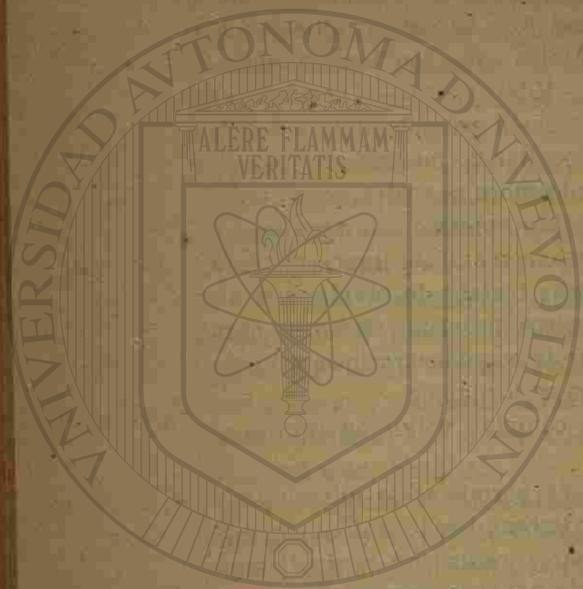
El señor de Dubreuil ayudó á su mujer á llegar hasta el comedor, y se sentó frente á ella.

Durante la comida, los dos esposos luchaban heroicamente. Ella, trataba de dominar su profunda desesperación para hablar de cosas indiferentes, de ocultar las huellas que el sufrimiento había dejado sobre su rostro, para que su marido no la viese tan enferma como realmente estaba. Él, ocultando con extraordinaria energía sus preocupaciones, trataba de olvidar por un instante sus siniestros proyectos de morir muy pronto, y, á pesar de no poderlo conseguir, estaba con la sonrisa en los labios.

Terminada la comida, volvieron juntos al salón.

Después de haber permanecido allí algunos instantes, el señor Dubreuil se levantó, dirigiéndose hacia su mujer, la estrechó largo tiempo entre sus brazos sin hablarla una palabra; después se desprendió bruscamente de ella, y salió.

—Al menos, no la veré morir,—pensó, siguiendo el pasillo que conducía á sus habitaciones particulares.



XV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después de haber entrado en su cuarto, el señor Dubreuil sacó del armario una caja con dos pistolas que hacía algunos días había comprado. La abrió, y después de haberse asegurado de que estaban cargadas, fué á sentarse delante de su escritorio, escribiendo allí á su mujer, y diciéndola la triste situación de sus negocios, y que no la había confiado sus dolores por no entristecerla más, pues bastante tenía con los suyos propios. La decía también que, á la hora en que leyera aquella carta, ya habría muerto. Tenía el proyecto de ir á morir á *Ville-d'Avray*, con objeto de evitar una alarma inútil en su casa, y, además, porque allí había muerto su hija. No discutió absolutamente nada el acto que iba á cometer, ni trató de revestirle de un carácter caballeresco, ni de defender, ni

aun siquiera de disculpar el suicidio; dijo, al contrario, que tal vez fuera la víctima de un exagerado honor, pero que creía hacer lo que debía. Rogaba á su mujer que no guardase de su fortuna más que lo estrictamente necesario para vivir, y pagara con el resto á los acreedores de su casa de comercio. Terminaba su carta con estas palabras:

«Te pido perdón por dejarte tan sola y sin ningún apoyo en este mundo; pero desde la muerte de nuestra hija eres tan desgraciada, que nada podrá aumentar tu dolor, que ningún otro sufrimiento podrá tener cabida en tu corazón. Tú me lo decías hace un instante: «me siento morir!» ¡Muere, pues, también, pobre amiga mía! La encontrarás allá arriba en el cielo, y puede ser que, después de haber expiado el crimen de que me voy á hacer culpable, Dios me reúna algún día á vosotras.»

Gumplidos estos últimos deberes, llamó y dió orden de ir á buscar un carruaje. Sus ojos se fijaron entonces sobre un cuadro al óleo colocado sobre la chimenea. Era un precioso retrato, representando á su mujer resplandeciente de bondad y de salud, y sonriendo dulcemente á su hija, que estaba cogida de su cuello.

Todo el pasado reapareció ante su vista: vió aquellos dos seres queridos muy alegres y sonrientes. Transcurridos algunos segundos..., los

suficientes para que á sus ojos pasara toda su vida anterior:

—Vamos (dijo, levantándose); ya puedo morir. He disfrutado de todos los gozes de la vida.

Abrochó su levita, colocó debajo del brazo la caja de pistolas, y mirando por última vez aquel cuarto, que le recordaba mil dichas pasadas, se dirigió hacia la puerta. En el momento en que iba á abrirla, un criado entró.

—Está ahí una señora que desea hablaros, y, á pesar de haberla dicho que ibais á salir, ha insistido tanto, que he creído de mi deber...

—No tengo negocios con ninguna señora. ¿La conocéis?

—No, señor.

—Pues entonces decidla que me he marchado ya.

Pero en el mismo instante, aquella de quien hablaban penetró en la habitación.

—Os pido mil perdones, caballero (dijo), por haber entrado, á pesar de vuestras negativas para recibirme; pero los poderosos motivos que me inducen á veros me servirán de seguro de disculpa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora (dijo el señor Dubreuil, que, no pudiendo evitar esta visita, quiso portarse como un hombre bien educado). Permitidme solamente recordaros que iba á salir con gran prisa.

—¡Con gran prisa! (repitió la dama, con una voz dulcísima.) Estáis obcecado; permídmelo. Nunca debe tenerse prisa para ejecutar un proyecto como el vuestro.

—¿Qué queréis decir, señora?... No os comprendo....

—Pero yo os he adivinado. Esa caja que tenéis en la mano es evidentemente una caja de pistolas: lo veo en su forma plana y alargada... Se trata, pues, de un duelo ó de un suicidio; pero como no es costumbre el batirse á las nueve de la noche, deduzco que os queréis matar.

—Esas palabras me extrañan, señora, y sobre todo viniendo de una persona á quien no tengo el honor de conocer.

—Ya os diré quién soy, caballero; pero antes dejadme deciros: «Vais á morir, y yo quiero salvaros.»

—¡Salvarme! (exclamó vivamente el señor Dubreuil, sin poder contener un movimiento de alegría; pero cambiando bruscamente de tono): Señora (continuó): creedme; dejemos esta entrevista, que no puede durar mucho, y que, por otra parte, envuelve una broma que no estoy en este momento en estado de comprender.

—No, señor Dubreuil; hablo de veras, muy de veras; la cosa bien vale la pena: se trata de la vida de un hombre, de un banquero honrado,

victima de un robo considerable. Os veis obligado á declararos en quiebra, y habéis resuelto mataros. Yo respeto vuestra opinión severa é injusta, que os hace creer que estáis deshonorado, cuando otro en vuestro lugar diría: «No he tenido la culpa; es necesario volver á empezar».

—Cada uno es juez de sus actos: ¿pero la nueva de mi ruina se ha extendido ya de tal suerte, que ha llegado á vos, á quien no he visto en mi vida?

—No, nadie la conoce... vuestro cajero y uno de los empleados del Banco de Francia son los que solamente saben que durante diez años habéis pagado todas las letras que vencían contra vos á su presentación, y que ahora no lo habéis hecho; pero aún hay tiempo hasta mañana á mediodía para hacerlas pagar, y nada os será más fácil si os dignáis aceptar la suma que vengo á poner á vuestra disposición.

—Por lo que veo, señora, os habéis propuesto hacerme caminar de sorpresa en sorpresa.

—Nada más sencillo. No se encuentran todos los días hombres que unen la habilidad comercial á los sentimientos más delicados de sus deberes; hombres que quieren matarse porque han sido solamente desgraciados, y cuando por casualidad se les encuentra, debe uno considerarse feliz, si consienten en administrar su fortuna.

Yo soy, pues, quien os estará agradecida si os dignáis aceptar los fondos de que puedo disponer.

—Os doy las gracias, señora, por la buena opinión que de mí habéis formado; pero no puedo creer que ella sola sea la causa de vuestra generosa oferta, y espero, por consiguiente, que tengáis la bondad de hacerme conocer el verdadero motivo de tan generoso ofrecimiento, y también os ruego que me digáis quién sois, porque aún no lo sé.

—¿Que quién soy? Voy á decíroslo..., y á decíroslo francamente, para que no os cause desprecio y tengáis paciencia al escucharme.... Yo no estoy casada, y sin embargo he vivido como una mujer que lo está..., que tiene muchos, una multitud de maridos. Era pobre, y, gracias á ellos, soy rica. ¿Con qué nombre me designaréis?... No lo sé; lo dejo á vuestra elección. Soy madre, y amo á mi hija con toda mi alma. Veo vuestro asombro, y es que tal vez no comprendéis que pueda existir semejante sentimiento en una mujer como yo: yo misma no me lo explico; pero lo siento, y esto me basta.... He jurado que mi hija no sería lo que yo he sido; que no seguiría la vida que yo he seguido. Quiero que sea una joven sin tacha, una mujer honrada. Si continuara siempre cerca de mí, la educaría santamente, porque una madre es siempre pura para

sus hijos; pero ya en la edad de la razón, al saber mi pasado, tal vez quisiera vivir como yo he vivido, ó bien me despreciaría, á lo cual jamás podría acostumbrarme. Por eso he resuelto encontrar para esta niña una familia adoptiva, ó un hombre que llegara á ser para ella un padre que no tiene, una mujer que ocupe el lugar de su madre, puesto que ésta es indigna de ocuparle.... He esperado, he buscado largo tiempo, hasta que por fin me han hablado de vos, de vuestra santa mujer, que ama tanto á los niños, que está á punto de morir por haber perdido á su hija. He pensado que mi Luisa os recordaría, por su edad, por su belleza, á aquella que la muerte os arrebató; que tal vez pueda reemplazarla cerca de vos, y vengo suplicante á deciros: «Señor, prohijad á mi hija, dadla vuestro nombre, salvadla del vicio, y haréis una acción que Dios os agradecerá, porque ama á los niños.»

Y después de pronunciar estas palabras, Lucía Aubré miraba al señor Dubreuil, tratando de leer en su rostro la impresión que aquella proposición inesperada le había producido. Este, con la cabeza entre las manos, parecía reflexionar.

—Señora (dijo al fin): creo que sería, en efecto, meritorio y hermoso el adoptar y educar santamente á una niña que ha venido al mundo en tan malas condiciones. He perdido mi hija, y amo á los niños; no espero gozar de la dicha

de tener más, y tal vez la obra de misericordia que me habéis propuesto me hubiera seducido; pero aquí se trata....., ¡no puedo hacerme ilusiones!...., de una venta, de un negocio.... Habéis estado delicadísima, y me presentáis como cosas distintas la oferta de darme vuestra fortuna y la de confiarme vuestra hija; pero es evidente que lo que hacéis es ofrecermé una cierta cantidad por adoptar vuestra niña, y esa es una especulación que yo no puedo aceptar.

—Señor (replicó la dama vivamente): os equivocáis. Os doy este dinero como al más honrado, como al más experto y digno banquero que conozco, y el que adoptéis ó no adoptéis á mi hija, nada ha de influir en esto: no se trata, pues, de compraros.

—Péro esta suma que me ofrecéis...., os ruego me perdonéis lo que voy á deciros, señora, no puede tener una procedencia honrada; después de lo que me habéis dicho sobre vuestra... posición....

—Estáis en un error, caballero. ¡Ah! ¿Creéis sin duda que esa fortuna es el precio de mis infamias? ¡Oh! No, no; ¡jamás me hubiera atrevido á ofreceros semejante dinero! El que os ofrezco no me pertenece, no me ha pertenecido jamás; es de mi niña, á quien se lo dejó su padre, su verdadero padre, en legítimo testamento. El dinero dejado por un moribundo á mi hija

es sagrado, y creo que no puede nunca manchar las manos del que le toca.... ¡Oh, señor! (continuó suplicante.) Dejadme enterneceros, y dignaos comprender el sentimiento que me guía. Si os negáis, ¿á quién podré ya dirigirme jamás? ¡Mi hija se perderá! ¡Pobre ángel mío! ¡No, ella no debe ser responsable de las faltas de su madre! Tiene cinco años, y no sabe más que reír, cantar y amarme un poco. ¿Teméis tal vez que al prohibarla os vais á ver en la necesidad de aceptarme á mí también, de sufrir mis visitas y mis consejos? No lo creáis. Lucía Aubré no tiene la pretensión de entrar en la familia del señor Dubreuil, de mezclarse en sus asuntos. Seréis padre con toda libertad; yo no seré nada, no la veré más; me privaré de sus besos, y me marcharé de Francia. Esto será muy cruel para mí, que no vivo más que por ella; pero pensaré que no es más que para su dicha, y estaré suficientemente pagada. Vos me escribiréis alguna vez, ¿no es esto, señor?... ¡No me respondéis nada!.... ¿no he destruído victoriosamente todas vuestras objeciones?... Si no estáis aún decidiendo, ¡qué más podría deciros, Dios mío!

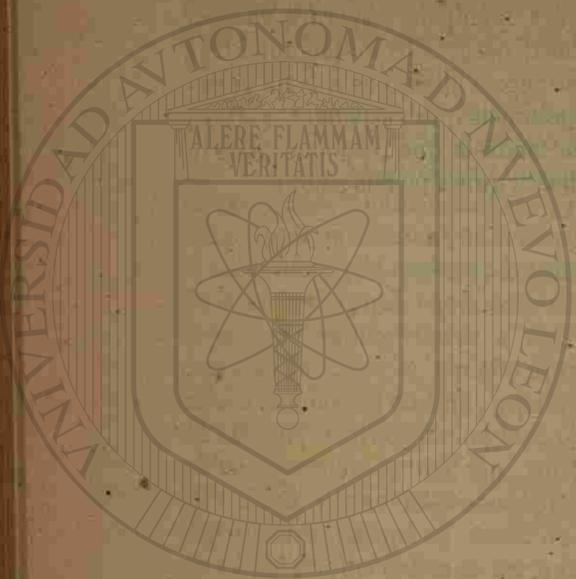
—Señora (dijo el señor Dubreuil, que había enmudecido): un hombre no tiene las cualidades necesarias para educar á una niña, y, por desgracia, mi mujer no podrá vivir largo tiempo.

—Os ofrezco el medio de salvarla (replicó Lucía, haciendo el último esfuerzo). Escuchadme.... Una madre había perdido á una hija que adoraba, y, como vuestra mujer, se moría de dolor. El médico desesperaba de salvarla; pero un día encuentra á una niña de la misma edad de aquella que él había visto morir: una idea acude á su imaginación. Obtiene de los padres de aquella niña que se la confien; la viste como vestían á la otra niña, y la conduce dulcemente al cuarto de la enferma, que hacía poco se había quedado dormida. Cuando vuelve á abrir los ojos y ve cerca de su cama á aquella niña que la sonrío, cree reconocer á su hija, y, arrojando un grito de alegría, se precipita del lecho y corre á abrazarla. Después se detiene, mira atentamente, reflexiona, y mueve la cabeza; pero no pudiendo resistir más tiempo el deseo de oprimir contra su corazón aquel delicado ser que la recuerda al que tanto ha amado, la coge, y cubriéndola de besos, estalla en sollozos.... ¡Estaba salvada, señor! Desde la muerte de su hija, la pobre madre no había podido llorar, y aquellas lágrimas comprimidas eran las que la hacían morir.

Y como el señor Dubreuil, conmovido por aquellas últimas palabras, permaneciese silencioso, Lucía Aubré se levantó.

—Señor (le dijo): la resolución que os ruego toméis es tan grave, que no tengo la pretensión

de hacérosla adoptar en este momento. Quiero que reflexionéis, y mientras, esperaré vuestra decisión en mi casa; pero, si os matáis mientras tanto, quiero que sepáis que no es sólo de vuestra vida de la que tenéis que responder á Dios, sino que también tendréis que responderle de la de varias personas á quien podéis salvar.



XVI.

Ocho días después de esta escena, el salón de *Tortoni*, llamado de fumar, tenía la animación que reina habitualmente entre las doce y la una, hora en que los teatros empiezan á cerrar sus puertas. Delante de una mesa, y enfrente de una taza de te, Desobry leía los periódicos de la noche, esperando, sin duda, á alguien, pues levantaba siempre la cabeza cuando oía que alguien subía la escalera. Ya había cambiado algunos apretones de manos con los que habían entrado, cuando apareció Nanteuil, y se sentó cerca de él.

—Esperaba veros aquí, —le dijo.

—Os esperaba (replicó Desobry); parecía que ibais á dirigiros hacia aquí hace un cuarto de hora, é iba á salir al encuentro, cuando os detuvisteis á hablar con el señor Dubreuil.

—En efecto: le preguntaba por su mujer, que estaba muy mala hace algunos días; y que, según me ha dicho, no está ya en un estado grave; pero no se trata de eso: yo vengo á rogaros que me digáis lo que ha sido de Leona; sois su más íntimo amigo, y debéis saberlo.

—Iba á haceros la misma pregunta, pues nada sé. Al día siguiente del baile de Palmira, fui á su casa, y no la encontré; al día siguiente hice la misma visita; pero inútilmente también. Dos días después, iba á subir las escaleras, esperando ser más dichoso esta vez, cuando el portero me detuvo para decirme que ya no vivía allí, y que había partido súbitamente la víspera, sin decir dónde iba, después de haber vendido sus muebles y haber hecho sus maletas.

—¿No os ha escrito?

—No; ¿y á vos?

—Yo he recibido dos líneas: me encarga que diga adiós á sus amigos, y me dice, entre otros detalles, que, siéndole insoportable la vida de París, se embarcaba para América.

—¿Para América decís? ¿Con Orchamps tal vez?

—¡Cómo! (dijo levantándose un joven, sentado en la mesa próxima, á quien los dos conocían de vista.) ¿Orchamps ha partido para América?

—Acaban de decírmelo.

—Pero es que me debe mil luíses.

—Pues era el momento más oportuno para dejar á París,—observó Desobry.

Nanteuil, exaltándose, le dijo:

—¿De suerte que Leona ha partido con ese hombre?

—Estoy seguro de lo contrario.

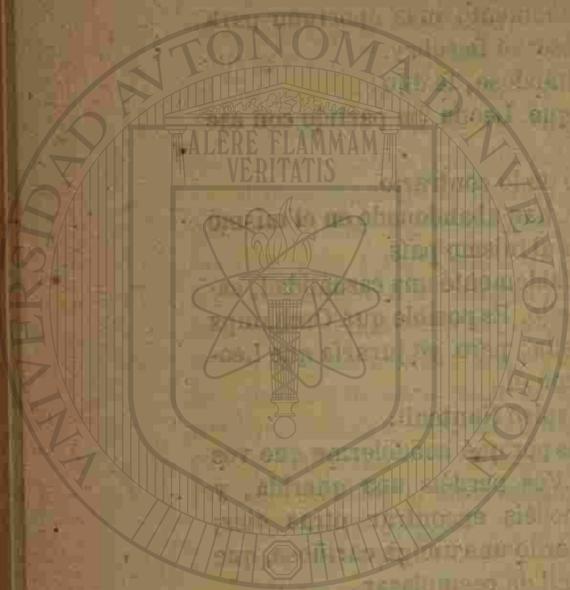
—Sin embargo, han abandonado en el mismo día á París, y van al mismo país.

—Esto es indudablemente una casualidad, estad persuadido de ello. Es posible que Orchamps haya partido con ella; pero yo juraría que Leona no ha partido con él.

—Tal vez,—suspiró Nanteuil.

—Yo tengo más por qué condolerme que vos (replicó Desobry). Vos perdéis una querida, y mañana mismo podéis encontrar otras diez; mientras que yo pierdo una amiga cariñosa, que es mucho más difícil de reemplazar.

En aquel momento los mozos suprimieron parte del gas, haciendo comprender de esta manera delicada que había llegado la hora de cerrar el caté.



## SEGUNDA PARTE.

### I.

Doce años después de los acontecimientos descritos precedentemente, encontramos en una victoria, en dirección á las carreras de la Marche, á dos antiguos conocidos, Nanteuil y Desobry. Algunos cabellos grises indican apenas que este último cuenta algunos años más. Continúa siempre escéptico y filósofo, pero servicial y complaciente; sigue tomando la vida como viene, y gastándola de la mejor manera posible. Nanteuil tiene ahora de treinta y cinco á treinta y ocho años. Algunos servicios prestados como secretario de embajada le han valido la cinta de la Legión de Honor. Es el mismo joven simpático, elegante, gran admirador de las mujeres, con algunas ilusiones menos y algunos años más.

Al bajarse de su carruaje, en el sitio en que se verificaban las carreras de caballos, se unió á ellos un hombre correctamente vestido, que tendría de cincuenta á cincuenta y cuatro años, pero muy bien conservado.

—Buenos días, Conde... (le dijo Nanteuil al apercibirle). ¿Por quién vais á apostar? Me he propuesto apostar por quien apostéis vos.

—Me lisonjeáis.

—Os hago justicia; pero, respondedme pronto, que la hora se acerca.

—Pues bien: yo no tengo ninguna confianza en los favoritos, y voy á apostar en contra.

—Muy bien; yo os imitaré. Tengo una confianza absoluta en vuestra suerte.

—Efectivamente: gano hace algún tiempo.

—Justa compensación de las cosas de aquí abajo... (dijo Desobry). Otras veces perdáis siempre, si no me equivoco....

—Sí, y con persistencia... Una noche, en un baile, en casa de una mujer que ha desaparecido del *demi-monde* parisién..., Palmira, creo que se llamaba, perdí cuarenta mil francos. Corro al día siguiente á casa de mi banquero, á quien había confiado mis fondos para hacer frente á las eventualidades que pudieran surgir, y me encuentro (os digo esto para daros idea de la mala suerte que me perseguía en aquella época), me encuentro con que se ha marchado, huyendo

á los Estados Unidos con mi dinero y con el de los demás clientes... No vacilé en perseguirle. Ya veis: se trataba de una cantidad grandísima: llegó á *New-York*, donde empezaba á gozar en paz con los productos de su robo, y en lugar de reclamar el apoyo del cónsul, no me ffo más que de mí mismo; corro á casa del que me había robado, le coloco una pistola sobre el pecho, y le obligo á restituir lo que me había arrebatado; entonces envié á París letras de cambio para saldar mis diferentes deudas de juego, explicando á mis acreedores la necesidad en que me había visto de hacerles esperar, á causa del robo de que había sido víctima. Han comprendido mi posición excepcional, y han aceptado mis excusas, pareciéndoles muy dignas de consideración.

Esta fábula, inventada por Orchamps para salvar su reputación de jugador, había sido aceptada.

Quando sucede que deudores que han partido para América pagan sus deudas, el hecho es tan raro, que una reacción se opera inmediatamente en favor suyo. Aquellos que le habían creído un miserable, varían de opinión repentinamente y le creen honrado, pareciéndoles su dinero entonces más codicioso cuanto más perdido lo creían y más tiempo se le ha esperado. Así es que el Conde había podido reconquistar, entre cierta clase de gentes, muy ligeras para ser severas, el

puesto que su precipitada huida le había hecho perder.

—¿Habéis permanecido mucho tiempo en los Estados Unidos?—preguntó Desobry, que parecía no dudar de este relato, dándole un entero crédito.

—Sí, he estado allí bastante tiempo: es un país interesantísimo.... Le he recorrido en todos los sentidos, aprovechándome del azar que allí me llevó.

—¿Habéis tenido, después de vuestra vuelta á Francia, noticias de Leona?

—Ninguna. Se me ha asegurado que ha vuelto á París; pero yo tengo motivos para suponer que se equivocan los que eso aseguran.

—Volvería á verla con mucho gusto (dijo Desobry): era una mujer encantadora, y su última originalidad de marcharse de París, me ha interesado más en su favor.

—El Conde me parece que tuvo algo que ver en esta fuga repentina (añadió Nanteuil). No hubiera convenido en ello otras veces; pero tendría poca gracia el que hiciera ahora de celoso retrospectivo.

—El timbre ha sonado ya por segunda vez, y subo á las tribunas. ¿Venís, señores?—dijo Orchamps, que deseaba cortar esta conversación.

—Os sigo,—dijo Nanteuil.

Cuando Desobry se quedó solo, empezó á pa-

sear entre los carruajes que le rodeaban, sin prestar la menor atención á la primera carrera, que se verificaba en aquel momento. Había inspeccionado ya las dos filas de carretelas, de *landaus* y de *mail-coach*, cuando fijó su vista en un coche de alquiler que estaba situado enfrente de las tribunas. No debía, por lo tanto, haber excitado su curiosidad aquel carruaje. Su asiento estaba desocupado, y nadie había en él que estuviese viendo las carreras; pero Desobry creyó ver aparecer unos anteojos blancos por los intersticios de las cortinillas del carruaje, y dedujo que tenían que estar sostenidos por una mano, y que la mano debía pertenecer á una mujer, encontrando ingeniosa aquella manera de verse sin ser vista. Siguió instintivamente la dirección del antejo, que se fijaba en las tribunas, pareciéndole que dirigía su atención sobre un grupo de tres personas que Desobry conocía. Mientras que observaba esto, gritos de placer y de despecho, mezclados con aplausos, le hicieron percibirse de que la carrera había terminado. Al mismo tiempo, Nanteuil se acercó á él, gritando:

—¡Parece imposible!

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Desobry.

—¿Pero no lo habéis visto?

—No, no me he fijado.

—A pesar de las predicciones de Orchamps....

—Habéis perdido...., ¿no es eso?

—Sí, cien lúses, que me ha ganado Armando de Clairvaux.

—Aquel que habla allá abajo con la señorita de Dubreuil... ¡Y juega tan fuerte ese jovencito!

—Sí, está enamorado, y, por consiguiente, no sabe lo que se hace. ¿Pero por qué me apretáis el brazo?

—Callaos (dijo Desobry al oído de Nanteuil), y mirad hacia donde yo miro. ¿Véis aquella mujer que tiene la cortinilla del carruaje medio corrida? Pues bien: juraría que vos y yo la conocemos.

En cuanto Nanteuil se volvió hacia la persona designada, ésta se apercibió de la observación de que era objeto, y quiso bajar la cortinilla; pero desgraciadamente trató de hacerlo con demasiada precipitación, y el resorte que oprimió para bajarla resistió, viéndose, por consecuencia, expuesta algunos minutos á la curiosidad de Desobry y de Nanteuil. Este examen debió bastarles, porque de común acuerdo se dirigieron al carruaje, exclamando:

—¡Oh, Leona! ¿Estáis aquí?

Al verse descubierta, Lucía Aubré no hizo ningún signo de desagrado, y, por el contrario, les tendió la mano, diciendo:

—Sí, yo soy. (Y añadió sonriendo): Cuando se tiene una patria, se vuelve á ella tarde ó temprano.

—Afortunadamente para los que habéis dejado allí (replicó Desobry). Pero parecía que queríais ocultaros, y deseábamos saber si hemos sido indiscretos al tratar y conseguir reconoceros.

—¡Oh! No, al contrario; os doy las gracias; esa es la mayor galantería que podáis hacerme.

—¿Qué queréis decir?

—Os había apercibido, y me disponía á llamaros, cuando una duda cruel me detuvo: «¡Han pasado muchos años; tal vez haya cambiado y no me reconozcan; esto sería horrible!» Y estuve á punto de privarme de un placer, por conservar una ilusión... Ya veis, que si la juventud ha huído, la coquetería al menos ha sobrevivido.

—Y ha hecho bien en sobrevivir; os doy mi palabra de que nadie os echará más de veinte años.

—Siempre tan galante, Desobry. ¿Es que queréis que yo os diga otro tanto?

—No, vos no me habéis conocido nunca cuando tenía veinte años, y no podría creerlo; dirigid ese cumplido á Nanteuil, y os lo agradecerá. El otro día le sorprendí muy pensativo contemplando un cabello blanco que tuvo la desgracia de descubrirse.

—¡Oh, Desobry! No hagáis traición á mis secretos delante de Leona; mi pasión por ella no

se ha extinguido jamás, y hoy la siento renacer.

—¿Qué! ¿corro peligro? Porque en este caso vuelvo á partir para América: allí se está al abrigo de las pasiones.

—¿Habéis hecho este viaje para huir de una?

—Tal vez.

—¿Nos contaréis esa historia?

—Sí, si vuelvo á veros.

—¿Cómo! ¿Queréis separaros de nosotros, después de la dichosa casualidad que ha hecho que nos encontremos?

—Es necesario, amigos míos.

—No, no, de ninguna manera; almorzaremos juntos.

—Imposible.

—No será esa vuestra última palabra; es preciso que hablemos del pasado. ¿Habéis olvidado que somos dos buenos amigos?

—Dejaos enternecer (añadió Nanteuil): os prometemos llevar á Orchamps.

—Eso no me decide: al contrario.

—¿Cómo! ¿No está tan bien con vos como hace suponer?

—¿Y pretende estar bien conmigo?

—Asegura que habéis vivido íntimamente en América. ¿No es verdad?

—¿Y qué más convidados habrá?—preguntó Leona, con objeto de cambiar de conversación.

—Llevaremos también á Armando de Clair-

vaux; debéis conocerle, puesto que vuestro anteojo parecía dirigirse á él cuando os apercibí. Fijaos: aún podéis verle: es el caballero que habla con aquella joven tan hermosa.

—¿No es verdad que es muy hermosa?—exclamó vivamente Leona.

Gracias á Nanteuil, Desobry no se fijó en este entusiasmo. Nanteuil le decía:

—Ya empieza la última carrera, y no he podido hacer ninguna apuesta.

—Pues eso os habéis evitado perder. Dad las gracias á Leona.

—Con mucho gusto, siempre que consienta en admitir nuestra invitación.

—Acepto, para que no digáis que me hago rogar; pero os advierto que deseo que no haya en este almuerzo....

—No; no habrá más que dos ó tres mujeres, cuyos nombres os son indiferentes, y además Orchamps, Clairvaux, Nanteuil y yo.

—¿Estáis seguro de que irán todos los que habéis dicho?

—¡Oh! Esa palabra *todos*, aunque muy hábil, os hace traición. *Todos* en la boca de una mujer, quiere evidentemente designar á uno. Os juro.... que no faltará el que deseáis.

—¿Qué sabéis vos el que yo deseo que vaya?

—Pues bien: irán todos. ¿Estáis satisfecha?

—Es, pues, cosa convenida: contamos con

vos (dijo Nanteuil). Á las siete y media, en el Café Inglés. Las carreras han terminado; vamos á ver si encontramos nuestro carruaje, que es algo más difícil de lo que á primera vista parece.

Y mientras caminaban, Nanteuil, cogido del brazo de Desobry, le decía:

—Es la misma que hace diez años. Cref que no aceptaría nuestra invitación. Pensé que allá, lejos de París, hubiera adquirido otras costumbres...; que se había... purificado; pero no; la idea de una comida, como aquellas de otras veces, la ha seducido al momento.

—Y vuelve á sus primeras costumbres y á sus primeros amores,—dijo filosóficamente Desobry.

Y montando en su carruaje, tomaron el camino de París.

## II.

La comida, á la que Desobry y Nanteuil habían invitado á Leona, fué al principio menos alegre y menos bulliciosa de lo que podía esperarse. La causa de esto era que las mujeres que la casualidad había dado á Leona por compañeras, la eran completamente desconocidas. En ese mundo en que todas se conocen de vista ó de reputación, de una mala reputación á menudo, todo rostro desconocido engendra frialdad. En otro tiempo, Leona hubiera disipado con facilidad aquel hielo. Sus respuestas vivas, sus palabras, sus movimientos, la animación que esparcía á su alrededor, hubieran desarrugado todas las frentes, hecho hablar, con ayuda del vino, á todas las lenguas. Hoy no era ya la misma mujer de otros tiempos. Aunque hermosa,

su belleza era más grave y reflexiva; algunas arrugas, nacidas de sus continuas preocupaciones, se dibujaban sobre su frente; sus labios habían palidecido; sus ojos, brillantes y alegres en otro tiempo, eran ahora tristes y pensativos; su boca sonreía todavía, pero con una sonrisa melancólica y llena de sufrimientos. En otro tiempo, Leona hubiera sido la primera, hubiera impuesto sus caprichos á los demás, hubiera reunido á su alrededor, deslumbrándolos con su belleza, á todos los hombres; pero ahora se había sentado modestamente en uno de los extremos de la mesa, y no respondía más que á las preguntas que se le hacían directamente, pareciendo escuchar solo con gusto á Armando de Clairvaux, que, colocado á su izquierda, la hablaba con gran animación.

—¡Se ha acaparado al jovencito!—había hecho observar una de las convidadas, llamada Carolina L....

—¡Qué quieres, hija mía!... (la respondió su compañera, Ana D.) ¡Como ya no está en la primera juventud, la gustan los jovencitos!... Dentro de poco, la gustarán en cuanto acaben de salir del colegio.

—Y luego, cuando estén mamando,—añadió Carolina.

Á pesar de aquellas epigramáticas palabras, como quedaban para festejarlas Desobry, Nan-

teuil y Orchamps, habían permitido á Leona guardar para ella sola al joven Armando Clairvaux.

En cuanto al Conde, se sorprendió profundamente al encontrar en el Café Inglés á Lucía Aubré, y al reconocerla se dirigió rápidamente á su encuentro; pero una de esas miradas que hielan le detuvo en su camino, contentándose con saludarle ceremoniosamente. Después se sentó enfrente de ella, sin dirigirle la palabra; pero al notar la atención que prestaba á todos sus gestos y la agitación febril de que parecía estar poseído, se adivinaba claramente que su compañera de mesa no le era indiferente. En esta disposición de espíritu, interesándole cuanto á Leona se refiriese, claro es que había de procurar sorprender algunas palabras de la conversación que Leona había entablado con Armando de Clairvaux; pero era esto muy difícil, porque hablaban muy bajo. Sin embargo, como parecía distraerse en llenar los vasos colocados delante de Armando, y éste los vaciaba inmediatamente, llegó pronto el momento en que empezó á apereibir su voz, que poco á poco iba haciéndose más descompuesta, á medida que los vapores del vino se le subían á la cabeza.

—Es adorable (decía Clairvaux, con voz apasionada). Nadie puede imaginar la gracia y la bondad que encierra esa criatura.—El matrimo-

nio (prosegua Armando, algún tiempo después, respondiendo sin duda á alguna observación de Leona) será la última solución, porque no se puede vivir libre siempre; pero es muy triste perder su libertad á los veintitres años.

La comida acabó más alegremente que había empezado. Se rompió el hielo, y el café y los licores acabaron de desatar las lenguas, de dar á las miradas más animación. El humo de los puros y de los cigarrillos llenaba por completo el salón. Aquéllos hablaban en voz baja, con los codos sobre la mesa y aproximándose mucho; los de más allá corrían unos tras otros. Armando de Clairvaux, atraído por Carolina L..., se había aproximado á ella, al mismo tiempo que Desobry se colocaba cerca de Leona.

—¿Te dignas por fin apercibirte de mi presencia aquí?—decía Carolina al Baroneito.

—He pensado en ti durante toda la comida.

—¡Mentiroso! No has cesado de ocuparte de tu vecina. ¿Qué os decíais?

—Hablábamos de cosas serias.

—¿Y te divertía eso?

—Al principio, sí; pero deseaba otras distracciones. ¿Quieres dárme las? Me gustas mucho.

—Porque el vino te ha alegrado.

—Razón de más: *in vino veritas*.

—No me vengas con esas; no quiero lenguas extranjeras.

—Pues te diré lo que significan esas palabras en nuestra lengua: la verdad está en el vino.

—Tú debes querer decir la variedad...; pero, ¿por qué consultas tu reloj á cada instante? ¿Pienzas marcharte?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Porque tengo una cita.

—¡Bah! No me vengas con esas, que tú no tienes negocios.

—Es una cita de amor.

—Eso lo creo menos.

—Te juro....

—No quiero juramentos: dame las pruebas.

—No puedo dártelas.

—Dime, al menos, si la cita es con una mujer de historia.

—Tal vez...; pero déjame tomar mi café.

—Él llama á eso tomar su café (se dijo Carolina, mirando á Armando, que había llenado una taza de *cognac*, y bebía con un aplomo que sólo es peculiar á las gentes que están borrachas). Tanto mejor (añadió); cuanto más beba, tanto más indiscreto será.

Y con objeto de llegar más pronto á este resultado, Carolina se acercó al conde de Orchamps, y le dijo:

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—Acabar de emborrachar al Baroncito.

—¿Por qué deseas eso?

—Porque es muy discreto, y quiero que hable.... Vamos, ¿quieres hacerme ese favor?

—Si has de agradecerme....; pero te advierto que no tendré gran cosa que hacer. Mírale; acaba de beberse un vaso de *chartreuse* verde.

—Pero no ha hablado todavía, y las palabras emborrachan más que el vino.

Orchamps se acercó á Armando, y entabló con él una conversación muy animada.

Algunos instantes después, Ana D...., que se había puesto al piano, se levantó, y á ruegos de Carolina, se reunió á su vez al Baroncito.

—Ya veréis cómo Carolina no os saluda más, —le dijo.

—¿Pues qué la he hecho?

—No seguís buen camino para agradarla. Estáis pensativo, suspiráis. Además, se os ha sorprendido paseando á pie por el campo, y todos estos signos parecen indicar que amáis á alguna joven de los alrededores de París, y así nos lo han asegurado.

—¡Eso es una calumnia! ¡Protesto!

Y alargó su vaso á Nanteuil, que, como todos los convidados, no teniendo conciencia de lo que hacía, se apresuró á llenarlo.

—Apuesto cien luses (continuó Carolina) á

que oiremos hablar pronto de la boda del Baroncito.

—¡Vaya un fin! ¡Y á su edad!—añadió Ana.

—No, no....; os lo juro.... (decía Armando.) Es verdad que estoy enamorado; pero no me casaré.

—¿Y á quién amas, á quién?

—¿Es á la que habías dado una cita esta noche?

—¡Conque tenía una cita (exclamaron todos), y no nos ha confiado aún con quién era! Eso está muy mal hecho, eso es indigno.

—¿Y con amigos como nosotros!

—Tomad esta copa de licor.

—Con mucho gusto.

—¿Juras que no piensas casarte?—le preguntó Carolina.

—Lo juro. Pensaba hacerlo...., sí, me atrevo á confesároslo....; pero todo ha acabado ya, y no me casaré.

—Esta declaración os honra.... (dijo Ana.) Señoras y caballeros: á la salud del Baroncito.

—Sí, sí; á su salud.

Aquellos gritos interrumpieron la conversación de Desobry y de Leona.

—¿Qué dicen? (preguntó.) Acerquémonos; creo que están embromando al pobre señor de Clairvaux.

—¿Os interesáis por él?

—¡Oh! ¡Es tan joven!

—¡En cambio, mis cabellos grises os causan horror!—exclamó Desobry, con lastimoso tono.

Cuando llegaron adonde estaba el grupo, Armando hacía inauditos esfuerzos para desembarazarse del círculo que le rodeaba.

—Tengo necesidad de marcharme (decía). Me haréis llegar tarde.... Por favor, dejadme pasar.

—No te marcharás hasta después de haber dicho su nombre.

—Basta de bromas, Or.... Or.... Orchamps, mi querido amigo.... Pensad que es la hora de la cita.

—¿Y dónde es esa cita?

—En el pabellón del jardín, cerca del camino.

—¿De qué camino?

—Del de *Marnes*.

Al oír estas palabras, Lucía Aubré quiso acercarse á Armando; pero el grupo era tan compacto, que no pudo conseguirlo. Orchamps se había aproximado aún más á Clairvaux, y le decía:

—Puesto que me llamas y me crees tu amigo, cuéntame lo que te he preguntado.

—No, dejadme....

—¿Es morena?

—¿Es rubia?

—¿Es alta?

—Nómbrela; es necesario que sepamos su apellido.

—Ó, al menos, su nombre....: el nombre no compromete.

—Pues bien; se llama.... Luisa,—balbuceó Armando de Clairvaux, viéndose acosado por todas partes.

—¡Armando! ¡Armando!—exclamó Leona, tratando de aproximarse.

—Ahora, decidnos el apellido,—exclamó Carolina.

—Ya ha dicho bastante,—se atrevieron á murmurar Nanteuil y Desobry.

—Por ser tan exigentes no os lo digo,—dijo Clairvaux.

—Ya lo sabemos (replicó Ana); acabas de decirnoslo.

—¡Yo! ¿He dicho que se llamaba Luisa de Dubreuil? ¡Es imposible!

—¡Luisa de Dubreuil!—repitieron con asombro todas las personas que allí había.

El círculo se abrió entonces, y Armando pudo huir, sin poderse dar cuenta de la infame acción que acababa de cometer.

En aquel mismo instante, Leona, presa de una gran agitación, decía á Nanteuil:

—¿Qué nombre ha pronunciado? ¿Adónde va?

Nanteuil, que había recobrado en parte su sangre fría, bajó la cabeza y guardó silencio;

pero Carolina se encargó de responder á la pregunta que Lucía Aubré le había hecho.

—Señora (la dijo); nuestro amigo Armando de Clairvaux se ha ido á una cita que tenía con una joven llamada Luisa Dubreuil.

Lucía Aubré lanzó un grito, y estuvo á punto de desmayarse.

—He aquí una mujer celosa, —dijo Carolina.

Mientras, Leona, dándose cuenta del peligro que corría su hija, se había dirigido hacia la puerta.

—¡Quiero salir, quiero marcharme! —decía.

—Señora (respondieron las mujeres, dirigiéndose á Nanteuil, que estaba apoyado contra la puerta): ¿por qué queréis marcharos?... No; no, ahora no os marchéis.... Vamos á bailar.

—Lo siento mucho, pero no puedo estar más aquí.... Nanteuil, haced el favor de abrirme.

—Me es imposible, querida amiga. Si os obedeciera, esas mujeres serían capaces de sacarme los ojos.

—No dudéis que lo haríamos —dijo Ana, sentándose al piano y preludiando un vals.

Lucía Aubré no sabía qué partido tomar.

¿Cómo convencer á aquellas cabezas trastornadas por los vapores del vino?

Leona lanzó una mirada á su alrededor, buscando alguno que tuviera bastante sangre fría para poderla proteger.

Orchamps, cerca del piano, sonreía con aire satisfecho. Al apercibirle, Leona vaciló; pero sacrificando todas las consideraciones ante un motivo más poderoso que ellas, corrió hacia el Conde, diciéndole:

—Señor: os ruego, os suplico que pongáis fin á esta escena. Sólo vos estáis sereno.... Ayudadme para que me dejen marchar.

—Estoy á vuestra disposición, —replicó Orchamps.

Y ofreciéndola su brazo, se dirigió hacia la puerta.

—Señor de Nanteuil (le dijo con entereza); dejadnos pasar.

—Mi resolución es inquebrantable (respondió Nanteuil con tono trágico). Defiendo esa puerta, y para atravesarla es necesario pasar sobre mi cuerpo.

Orchamps estuvo á punto de coger por el cuello á su adversario y separarle de allí; pero prefirió, sin duda, usar de un medio menos violento, porque, inclinándose al oído de Leona, la dijo:

—La puerta estará libre antes de un minuto; prestad atención, y salvaos.

Entonces, aproximándose á una mesa de juego, la abrió, y sacando del bolsillo un puñado de luises, exclamó:

—Puesto que no me dejáis partir, tallo un *burlote*.... Hay cien luises de banca.

Estas palabras produjeron el efecto esperado. Carolina, Nanteuil y Ana se reunieron inmediatamente á Orchamps. La puerta había sido abandonada, y Lucía Aubré huía, mientras que el Conde guardaba el oro que había arrojado sobre la mesa y se levantaba.

—¿Pues qué, no jugáis ya?—exclamaron.

—No, por ahora no.... Más tarde.... Voy á tomar el aire.... Ya volveré.

## III.

Cuando, doce años antes, Leona había suplicado al señor Dubreuil que se encargase de su hija, le había dicho que no pretendía partir con él los cuidados que le daría esta niña, y que le dejaría ser padre á su gusto, marchándose de Francia para no caer en la tentación de faltar á su palabra. Cumplió esta promesa; pero ¿quién puede imaginarse la tristeza de aquella partida y la desesperación que debía sentir al separarse para siempre de su hija? Al abrazarla se decía: «Ya no la abrazaré más.» La hizo hablar para oír su voz y recordarla siempre. Quiso hacerla repetir mil veces esta palabra que la había alegrado tantas veces el corazón: «Madre mía»; pero no se atrevió, porque era preciso que la niña se acostumbrase á dar este nombre á otra

Estas palabras produjeron el efecto esperado. Carolina, Nanteuil y Ana se reunieron inmediatamente á Orchamps. La puerta había sido abandonada, y Lucía Aubré huía, mientras que el Conde guardaba el oro que había arrojado sobre la mesa y se levantaba.

—¿Pues qué, no jugáis ya?—exclamaron.

—No, por ahora no.... Más tarde.... Voy á tomar el aire.... Ya volveré.

## III.

Cuando, doce años antes, Leona había suplicado al señor Dubreuil que se encargase de su hija, le había dicho que no pretendía partir con él los cuidados que le daría esta niña, y que le dejaría ser padre á su gusto, marchándose de Francia para no caer en la tentación de faltar á su palabra. Cumplió esta promesa; pero ¿quién puede imaginarse la tristeza de aquella partida y la desesperación que debía sentir al separarse para siempre de su hija? Al abrazarla se decía: «Ya no la abrazaré más.» La hizo hablar para oír su voz y recordarla siempre. Quiso hacerla repetir mil veces esta palabra que la había alegrado tantas veces el corazón: «Madre mía»; pero no se atrevió, porque era preciso que la niña se acostumbrase á dar este nombre á otra

mujer. La contempló largo tiempo, examinando detenidamente sus facciones, para grabarlas bien en su imaginación y volverlas á ver cuando estuviera lejos; atrajo dulcemente hacia ella la diminuta cabeza de la niña, y eligiendo de entre sus bucles el más dorado, le cortó, escondiéndole en su pecho. En fin, después de haberse dispuesto diez veces para marchar, y haber tomado otras tantas entre sus brazos á la pequeña Lusa, que la miraba con tristeza, como si comprendiese que aquel era el último adiós de su madre, la oprimió contra su corazón con un último y estrecho abrazo, y desprendiéndose de ella súbitamente, se alejó sola, sollozando, desesperada.

Al día siguiente de esta escena, de este adiós postrero, Lucía Aubré se embarcaba para los Estados Unidos. Acababa de salir de *Liverpool* á bordo de un *paquebot* inglés, cuando reconoció á Orchamps sobre el puente, en medio de los numerosos pasajeros. La sorpresa fué grande, tanto en uno como en otro; pero no se tradujo de la misma manera en los dos. El Conde, en su alegría de encontrar entre tantas personas desconocidas á la mujer que más le había impresionado en toda su vida, corrió hacia ella; pero Leona, no teniendo razón alguna para alegrarse, estando entregada por completo á su dolor, no deseaba tener ninguna distracción; así es que le recibió fríamente. Si en aquella

ocasión Orchamps la hubiera ofrecido noblemente su amistad; si hubiera respetado su tristeza, sin tratar de combatirla y de adivinar su causa, tal vez hubiera logrado vencer la antipatía que por él sentía Leona. El aislamiento, unido al trato que forzosamente tiene que establecerse en el mar entre las personas que se conocen y han tenido puntos de contacto en su existencia, hubieran podido acaso, si Orchamps hubiera sido delicado, hacerla olvidar sus resentimientos. Ya se sabe que hasta los que dentro de su patria son enemigos irreconciliables, suelen llegar á ser amigos inseparables en el extranjero. Pero Orchamps no tenía delicadeza en su corazón, y pensando que su estrella le deparaba por compañera de viaje, de un viaje por medio del Océano, á una mujer encantadora y fácil, creyó obrar más cuerdamente no dejándola tranquila y persiguiéndola con asiduidad. Huía de él, yendo desde el puente á las camaras de los pasajeros, y de éstas á aquél; pero siempre le encontraba, ya en un sitio ó ya en otro. Su rabia y su desprecio hacia Orchamps aumentaban á medida que aumentaba el amor de éste hacia ella. Sentía por Leona el amor de los sentidos en toda la plenitud del deseo; pero su corazón no entraba para nada en aquella pasión, que aumentaba y se exaltaba más y más con la resistencia.

Por fortuna, la travesía fué de corta duración; y Leona, apenas llegó á New-York, adonde nada la detenía, se dirigió precipitadamente, huyendo del Conde, hacia otro punto de los Estados Unidos. Aquella huída fué aún más sentida de Orchamps, porque, encontrándose solo y sin recursos, no podía poner en ejecución sus proyectos para enriquecerse, necesitando para llevarlos á cabo algún dinero, que, no conociendo á nadie, le sería tal vez imposible adquirir; pero, demasiado filósofo para desesperarse, pensó que la fortuna, que tan adversa le había sido en Francia, debía serle propicia en América. No se engañaba: eligiendo un día cigarros en una tabaquería de *Broad-Way*, que es una de las principales calles de New-York, vió un anuncio, del que le chocaron algunas palabras, aunque apenas lo comprendía, pues conocía muy mal el inglés.

—¿Qué dice ese anuncio?—preguntó á un francés que se encontraba á su lado.

—Es el de la próxima lotería de la Habana.

—¿Cuándo sale?

—Dentro de tres días.

—¿Hay premios de importancia?

—Los hay desde quinientos francos hasta quinientos mil.

—Entonces, serán muy caros los billetes.

—Sí; pero se puede comprar una fracción de

billete, que da opción á la correspondiente de premio.

—¿Me hacéis el obsequio de pedir para mí una de esas fracciones?

—Con mucho gusto.

Y Orchamps, provisto de aquel papel de un valor muy problemático, continuó su paseo, sin preocuparse por haber disminuído su ya reducida fortuna.

Algunos días más tarde, el *Correo de los Estados Unidos* publicó el resultado de la lotería de la Habana, viendo el Conde en él que su número había salido premiado con cincuenta mil francos.

Apenas cobró esta suma, se decidió á pagar algunas deudas de juego que había dejado en París. Ascendían á treinta y cinco mil francos, que debía á dos ó tres personas distintas. Escribió á cada uno de sus deudores la fábula que le hemos oído contar á Nanteuil; y tomando en casa de un negociante letras por valor de los treinta y cinco mil francos, las unió á las cartas, y las remitió á París.

¿Por qué después de dejar la Francia, por huir de sus acreedores, se ocupaba en pagarles precisamente en el momento en que estaba al abrigo de sus persecuciones? ¿Su estancia en los Estados Unidos le había hecho adquirir tan pronto sentimientos de delicadeza, desconocidos

para él hasta entonces? ¿Se había despertado su conciencia al abandonar á París? Debía dudarse de ello; la conciencia se interesa muy poco en el pago de una deuda de juego; sólo el amor propio suele intervenir para obligar á satisfacerlas; y sería desconocer á Orchamps, creerle capaz de haberse arrepentido tan pronto. Sólo su conveniencia le había dictado aquella regla de conducta: desde que estaba en América, su sola aspiración era volver á París, llevando bastante dinero para satisfacer sus caprichos y vivir según sus aficiones. No dudaba, después de su inesperada ganancia, que un brillante porvenir estaba próximo, y al pagar sus deudas de juego había querido reconquistar la consideración y el crédito que con su huida había perdido, y que á ciertas existencias parisienses les es completamente indispensable.

Con los quince mil francos que le quedaban resolvió ir á buscar fortuna á Nueva Orleans, que es indudablemente la población de los Estados Unidos que ofrece más recursos á los franceses. Orchamps imaginó, al llegar á ella, una clase de especulación muy apropiada á sus gustos y costumbres. El gobernador de aquel departamento había prohibido terminantemente jugar á la ruleta y al treinta y cuarenta; pero no se le había ocurrido prohibir las modificaciones que de estos juegos podía hacer un hombre de ima-

ginación como Orchamps. En efecto: el Conde eludió la ley, inventando una modificación que, teniendo los mismos atractivos para los jugadores que la ruleta, difería, sin embargo, de ella lo suficiente para no poder ser prohibida. Esta modificación de la ruleta, que funcionó en los cafés y en los bailes públicos de Nueva Orleans, merece una breve descripción: las treinta y seis divisiones habían sido reducidas á doce, y el número inscrito en cada una de las divisiones había sido reemplazado por el dibujo de un animal cualquiera, de suerte que no era el número ocho ó nueve el que ganaba, sino el oso ó el camello.

Nueva Orleans le debe además otra de sus distracciones: esta distracción es el juego de la lotería, que el Conde organizó vastísimamente. En una sala inmensa, en que había gran número de largas mesas de madera y bancos para sentarse, se distribuía á cada jugador un cartón mediante la cantidad de un *escalín* (sesenta céntimos próximamente). Se calculaba el número de *dollars* que hacían los *escalines* recolectados, y después de haber separado algunos para el dueño de la casa, se anunciaba la cantidad que en aquella lotería se podía ganar, que era, por consiguiente, más ó menos considerable, según el mayor ó menor número de jugadores. Entonces subía un hombre á una especie de púlpito, y anunciaba los números que iban saliendo, en

francés y en inglés. El que primero llenaba una de las filas horizontales de un cartón, daba sobre la mesa un formidable puñetazo para indicar que había ganado (la satisfacción que los americanos experimentaban al dar el puñetazo influyó mucho en la aceptación que tuvo este juego), y recibía, si no se había equivocado, el número de *dollars* que precedentemente se había anunciado.

Orchamps vigilaba aquellos juegos; pero no los dirigía, y no los dirigía, no porque dudara de que lo haría hábilmente, ni porque le faltase el valor necesario para ejecutar las inicuas maniobras necesarias para estafar al prójimo (el deseo de poseer la fortuna que había soñado para satisfacer todos sus caprichos, le hubiera dado el valor que no tenía), sino porque había encontrado, para reemplazarle, un hombre inteligente, que conocía muy bien el carácter americano, y le asoció á él para poder vivir en los Estados Unidos de la misma manera lujosa é inactiva que había vivido en París.

Una noche, en el teatro, al dirigir sus gemelos sobre un grupo de hermosas mujeres, apercibió á Leona, que aun en medio de ellas parecía encantadora, encontrándola aún más bella que á las seductoras criollas que la rodeaban. Aquel encuentro hizo renacer en el Conde la pasión que ni la ausencia ni las preocupaciones que ha-

bía tenido para lograr enriquecerse habían podido sofocar: á pesar de sentirse abrasado por su antigua pasión, no saludó aquella noche á Leona. Tenía muchos motivos para creer que sería recibido de una manera tan fría y desdenosa como las veces precedentes, y no quiso exponerse á ello en público; esperó á la salida del teatro, y al ver que Leona iba sola, se la aproximó, siendo recibido por ella más cortésmente de lo que esperaba. Le dijo que hacía ya bastante tiempo que vivía en Nueva Orleans; pero que, siguiendo las costumbres de las mujeres criollas, no salía casi nunca, y que era lo más probable que no se hubieran visto, á no ser la casualidad de habérsela ocurrido la idea de ir aquella noche al teatro.

Orchamps, después de acompañarla hasta su casa, obtuvo permiso para ir á ver al día siguiente. Aquellas visitas agradaron mucho á la pobre reclusa: por primera vez, desde hacía largo tiempo, podía hablar con una persona que la comprendía, de Francia, donde había sido dichosa; de París, á quien la distancia hacía más seductor; de aquella vida pasada que no echaba de menos, pero que recordaba haber amado. Gracias á los recuerdos de la patria, los dos enemigos se hubieran reconciliado pronto, si Orchard se hubiese contentado con aquellas conversaciones en que Leona, dejándose llevar de

sus recuerdos, se animaba, y aparecía aún más hermosa; pero estos placeres no podían satisfacer la pasión material del Conde. Se obstinó en ver en su nueva amiga á la entretenida de otras veces, explicándose su presencia en América de una manera maliciosa. Creía que Leona, imitando á otras mujeres que durante algún tiempo imponen sus caprichos en las grandes ciudades, había ido á buscar á América uno de esos generosos... *protectores*, cuya rara especie, pensaba el Conde, iba desapareciendo en París; y aunque nada podía asegurar, sin duda alguna le había encontrado ya, puesto que persistía en seguir viviendo en Nueva Orleans, lo cual no hubiera sucedido á no haber hallado lo que buscaba. Con tales creencias, se comprende fácilmente que el Conde pensaba que toda deferencia, toda delicadeza, eran ridículas, y que sólo los *dollars* de la lotería y de la ruleta podían llegar á proporcionarle el placer de satisfacer el más ardiente de sus caprichos.

No pudo resistir sus tentaciones, é hizo proposiciones que fueron rechazadas con dignidad. Aquel desinterés le parecía inverosímil, trastornando por completo sus ideas. Se preguntaba á sí mismo si el aire de América tenía la virtud de hacer santas á las mujeres más pecadoras. Consultó su conciencia, diciéndose que si también él habría llegado á ser honrado sin aperci-

birse de ello; pero el maquiavélico plan que concibió casi en el mismo instante, vino á demostrarle que continuaba siendo el mismo de siempre. Se trataba de comprar á las dos doncellas que servían á Lucía, y de introducirse cautelosamente en la casita que habitaba, venciendo de este modo una virtud, que tal vez, como muchas otras *virtudes*, quería aparecer como una víctima después de rendirse.

De concebir el plan á ejecutarlo, dado el carácter del Conde, no había más que un paso; pero por su desgracia no había sido bien combinado. Una noche en que intentó saltar la empalizada que rodeaba el jardín de Leona, fué cogido por el cuello por uno de los numerosos agentes de policía encargados de la seguridad pública en Nueva Orleans, y conducido á la cárcel como salteador nocturno. Al día siguiente pudo darse á conocer y hacer creer á los jueces que sólo por una mala inteligencia del agente había sido detenido; pero desde aquel momento tomó aversión á la ciudad testigo de su desgraciada aventura; encontró entonces deplorables las costumbres americanas; tuvo miedo á la fiebre amarilla, en que jamás había pensado; creyó que había contraído una enfermedad en aquel país, y decidió volver á Francia. Ultimó sus negocios, vendió lo que tenía, y se embarcó para el Havre con una cantidad que para muchas personas hu-

biera constituido una fortuna. Desgraciadamente el Conde no había adquirido en América costumbres modestas : seguía gustándole el juego, la buena mesa, las mujeres y las carreras de caballos. Los *dollars* desminuían rápidamente, y Orchamps estaba próximo á encontrarse en la misma posición que ya una vez le había obligado á abandonar rápidamente la Francia.

## IV.

Después de la partida del Conde, Lucía Aubré vivió algunos meses en América. Su vida se parecía á la de la mayor parte de las mujeres criollas de Nueva Orleans. Envuelta en sus trajes flotantes de gran ligereza, extendida en una hamaca ó columpiándose en una mecedora, en medio de corrientes de aire hábilmente preparadas, pasaba sus días combatiendo lo más victoriosamente posible los mosquitos y el calor, que reinan siempre en este país, durante nueve ó diez meses del año. Por la tarde se ve á aquellas mujeres buscar la frescura en los jardines, sobre las azoteas, y, cuando el barrio está aislado, delante de las puertas de sus casas: las que viven próximas, se entretienen en murmurar, y sólo las más intrépidas se atreven á dar

un paseo por la plaza de Pontalba, ó á ir á admirar los almacenes de las calles de Bourbon y Condé, ó á entrar en algún comercio de novedades del barrio Americano. Se extrañará tal vez que Leona, con sus costumbres parisienses, pudiera habituarse á aquella existencia; pero todas las personas que tienen necesidad de vivir en los países cálidos concluyen por encontrar agradable esta vida muelle é indolente que, aunque sin placeres y privada de todo incidente, llega poco á poco á hacérsenos necesaria.

Además, la vida real tenía poca importancia para Lucía Aubré, que con el pensamiento fijo siempre en la dicha de su hija, estaba constantemente ocupada en contestar á las cartas recibidas de Francia. El señor Dubreuil, fiel á sus promesas, la escribía á menudo: la hablaba al principio de los juegos, de las risas, de las primeras lecciones de su hija. Después, algunos años más tarde, la hablaba ya de sus gracias, de sus inocentes coquetterías, de la impresión producida en el mundo por la aparición de la niña. Era lá mayor dicha para esta mujer, completamente alejada de todas sus afecciones, el recibir una de aquellas cartas tan ardientemente deseadas. Lucía olvidaba al leerlas la tristeza de una separación tal vez eterna. Un día, en una de ellas, encontró un papel cuidadosamente doblado, y sobre el cual una mano inhábil todavía, había trazado algunas

líneas: aquellas líneas estaban trazadas por la mano de su hija. Cuando tuvo este papel entre sus temblorosos dedos, la pareció que el universo se había alegrado y que oía celestiales armonías; aquellos caracteres casi indescifrables se animaron súbitamente á su vista, tomaron cuerpo, le parecieron tener espíritu, un pensamiento, un corazón. Su adorada Luisa no estaba en Francia, á dos mil leguas: estaba allí, á su lado; la hablaba, la oía, se abrazaban. Otra vez, una carta del señor Dubreuil vino en un sobre de luto. ¿Qué indicaba aquella señal de duelo? ¿Había sucedido alguna desgracia? Leona palideció, dudó, y no se atrevió á abrirla; pero la duda es horrible, y, haciendo un esfuerzo, abrió la carta y leyó estas palabras: «Luisa está bien, señora; pero mi mujer, que os había reemplazado á su lado, ha muerto». Lucía Aubré lanzó un grito de alegría. Sus temores se habían disipado: su hija vivía todavía: ¿qué la importaba lo demás? Pero cuando, transcurridos algunos momentos, pudo reflexionar, lloró á aquella pobre mujer que había sido para su hija una protectora y una amiga.

Lucía contestó al señor Dubreuil una sentida carta, á la que nada hubiera tenido que añadir la más delicada y honrada mujer. La antigua entretenida se había regenerado con los nobles instintos que habían nacido en ella al ser madre.

Exponía tímidamente sus deseos al señor Dubreuil acerca de la educación de su hija, y le daba á veces consejos que demostraban un gran conocimiento de la vida y del corazón humano. El estilo de sus cartas era natural y elegante. ¿Quién la había enseñado á expresarse así? Nadie: su corazón solamente.

La ocupación de contestar á aquellas cartas tan deseadas, sus exagerados temores y las alegrías que casi siempre la llevaba el correo de Francia, entretuvieron ó hicieron agradable la existencia de Leona durante su larga permanencia en Nueva Orleans. El señor Dubreuil, que temía que volviera á París, la animaba á continuar su voluntario destierro, pensando que seguiría sus consejos y no abandonaría nunca la América. Sin embargo, un día, sin que hubiera sobrevenido ningún incidente, el deseo ardiente, invencible, de ver á su hija, se apoderó por completo de su alma. Luchó, se recordó el deber que tenía de continuar allí, haciendo de aquel deber un arma para alejar de sí los deseos de volver á su patria, combatidos hasta entonces victoriosamente; pero su energía se había agotado ya en las continuas luchas que había sostenido consigo misma, y no tuvo valor para resistir á la tentación que la dominaba.

En París vivió casi tan oculta como en Nueva Orleans, hasta el día en que, sorprendida por

Desobry mientras contemplaba á su hija, é invitada por él, no pudo resistir al deseo de comer con Armando de Clairvaux, que, según había observado, debía hacerla el amor.

Luisa de Dubreuil (todo el mundo la conocía por este nombre), era en la época en que la presentamos á nuestros lectores una encantadora y elegante joven, de maneras llenas de gracia y distinción. Rubia como había sido su padre, no tenía de Leona más que sus ardientes ojos, velados por largas pestañas, su adorable boca y su triste sonrisa. Cuando la trasladaron de la casa del camino de *Marnes* á la de los señores de Dubreuil, en que los rostros y los objetos eran completamente desconocidos, su corazón sintió una gran tristeza. Llamaba á gritos á la buena Margarita y á la hermosa señora que tanto la besaba cuando por las mañanas iba á verla todos los días. Para consolarla, la habían prometido que pronto volvería; pero como los niños son olvidadizos y á menudo ingratos, otros entretenimientos y otros cariños reemplazaron á aquellos que en un principio la habían hecho suspirar. Su nueva familia la robó pronto la afición que sentía por su madre, que poco á poco fué extinguiéndose.

El señor Dubreuil tenía un gran cariño á Luisa, porque al ir á su casa, no sólo le había salvado la vida y restablecido su crédito, sino

que además había hecho que su mujer se pusiera buena. Dubreuil consideraba á la pobre niña como si fuera su propia hija, pensando que había venido á reemplazar á la que el cielo le había arrebatado; pero no le sucedía lo mismo á su mujer, porque una hija no puede reemplazarse jamás en el corazón de una madre; así es que las penas de ésta, mitigadas en un principio, se despertaron más tarde con toda su cruel intensidad. Su dolor quebrantó su ya delicada naturaleza, y murió al cabo de algunos años, agobiada por el inmenso dolor de haber perdido á su hija. Aquella pérdida fué horrible para el señor Dubreuil, y su afección por Luisa disminuyó sin tener conciencia de ello. No podía ya quererla tanto, puesto que no había tenido poder bastante para curar á su adorada y santa mujer. La joven no tuvo nada que reprocharle; pero no era para ella un padre, sino un tutor que cumplía concienzudamente los deberes que en otro tiempo se había impuesto.

Cuando llegó á la edad de la razón, el señor Dubreuil la confesó que no era su hija, inventando una fábula para explicarla el misterio de su nacimiento y los motivos por qué había sido abandonada y adoptada por él. La manifestó al mismo tiempo su deseo de que continuase llamándose Luisa de Dubreuil, para que todo el mundo la creyera con derecho á llevar aquel nombre. Así transcurrieron para la joven los años,

sin que ningún acontecimiento, excepto la muerte de la señora de Dubreuil, viniera á turbar su tranquila vida. Pasaba solamente en París tres á cuatro meses del invierno, viviendo el resto del año en la casa de campo que el banquero no había ya querido vender cuando se arreglaron sus negocios.

En aquella casa de campo fué donde conoció á Armando de Clairvaux, que habitaba con su padre, amigo del señor Dubreuil, un hotelito inmediato. ¿Cómo y por qué se había enamorado de él? El amor de una jovencita es una cosa encantadora; pero no puede contarse su historia, porque es siempre la misma. El corazón, silencioso hasta entonces, late con violencia; su alma se asombra, se inquieta, se agita, desea algo, que no sabe, que no se explica lo que es. Ve á un joven, y su imaginación le adorna con los más nobles sentimientos, la gusta, le encuentra amable, y su espíritu se queda más tranquilo, porque ha hallado lo que buscaba: aquel hombre suele ser su primer amor, y tal vez también el último.

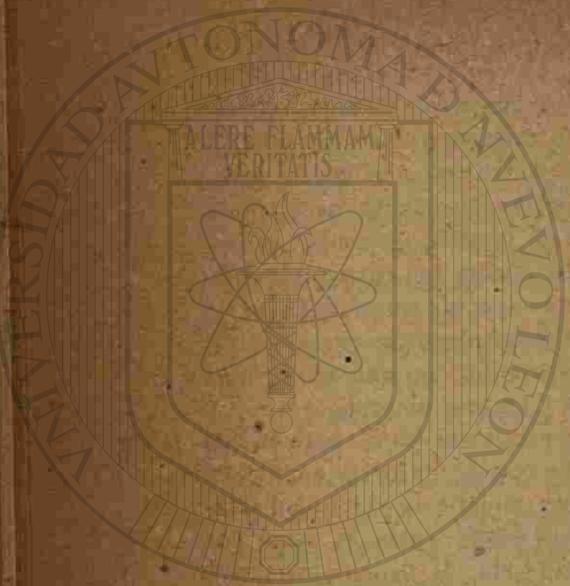
La atracción que Armando sentía hacia Luisa, como todos los amores que experimentan los hombres, varían según sus condiciones é instintos. Hijo único y adorado de su padre, que satisfacía hasta sus menores caprichos y le concedía cuanta libertad deseaba, Clairvaux había gozado libremente de los placeres parisienses.

Muy joven aún para haberse saciado de ellos, sentía ya, sin embargo, el hastío que producen, y empezaba, cuando encontró á Luisa, á cansarse de aquellos amores comprados, que eran los únicos que había conocido. Al comparar á la señorita de Dubreuil con las mujeres que hasta entonces habían constituido su sociedad, la encontró tan superior, que se enamoró perdidamente de ella. El señor de Clairvaux recibió la confidencia de aquel nuevo secreto, y aprobó su elección, porque no veía ningún obstáculo para que se verificase el matrimonio de la señorita de Dubreuil con su hijo. Sintió un gran placer al saber que Armando quería poner fin á su vida desordenada, y se felicitó por su sistema de educación, que consistía en dejar en libertad á los jóvenes para que puedan satisfacer sus pasajeros caprichos, con objeto de que el deseo de gustar placeres honrados y el sentimiento del deber les atraigan y formalicen antes. En cuanto al señor Dubreuil, ocupado con sus asuntos y acostumbrado á tratar á Luisa y Armando como á dos niños, no se apercibió de aquella naciente pasión, que tal vez le hubiera alarmado.

Clairvaux, viendo que nadie se oponía á su dicha, y que podía, el día que lo deseara, casarse con Luisa, no se apresuraba á pedir su mano al señor de Dubreuil. Luchaba contra una vanidad excesiva, que le hacía pensar que al casarse iba

á parecer ridículo á las gentes con quien trataba, y también con el temor de no ser amado por Luisa. Este temor es muy natural en las personas que, como él, están acostumbradas á vivir en una sociedad de mujeres que no quieren más que por vanidad ó por cálculo. Se había, pues, propuesto, para probar su cariño, pedirle una cita: «Si accede á mi petición (se decía), es que me ama». Después añadía sin casi querérselo confesar á sí mismo: «La inocencia de Luisa no será destruída, y podré decirme que si no he hecho de ella mi amante, ha sido porque he querido respetarla y hacerla mi mujer».

Persistiendo en esta idea, había dado en las carreras una carta á la señorita de Dubreuil, suplicándola que fuera aquella noche al pabellón del jardín. La joven vaciló antes de tomarla; dudó luego si debía leerla, luchando más tarde entre su deseo de complacer á Armando y el temor de cometer una falta.



V.

El sitio elegido por Clairvaux para su cita con Luisa era una especie de kiosco situado en uno de los extremos del jardín, á alguna distancia de la casa. Podía llegarse á él sin pasar por la puerta de la verja de la entrada principal, gracias á una puertecita que generalmente se olvidaban de cerrar. Durante el estío, Luisa iba á menudo, buscando la frescura, á descansar allí. Si Armando la hubiera citado para otra parte, de seguro que no hubiera accedido á su petición; pero ir á aquel kiosco no era para ella acudir á una cita; era hacer lo que había hecho el día anterior, lo que haría el siguiente.

El señor Dubreuil, que se había vuelto á París después de haber dejado á Luisa en la casa de campo, no debía volver hasta bastante

tarde. Luisa se persuadió de que tenía necesidad de pasearse, y con este objeto, el único que ella se aventuraba á confesarse, se dirigió al pabellón por una avenida de tilos, á cuyo extremo se encontraba. Serían las ocho cuando llegó á él. Como la cita no era hasta las nueve, pensaba la joven que tenía suficiente tiempo para descansar y partir antes de la llegada de Armando.

Ya allí, comentó largamente la carta de Clairvaux; después se sumergió en profundos recuerdos, que le sugerían el silencio que la rodeaba, la noche que iba cubriendo la tierra de tinieblas, y los penetrantes olores de las flores. Veía á Armando á sus pies, que la contemplaba con arrobamiento y la hablaba muy bajo, olvidándose, en medio de aquellas ilusiones, de que si tardaba en abandonar el pabellón, sus ensueños llegarían á ser realidades. Al poco tiempo el sueño la invadió y aunque trató de alejarle, no tuvo fuerzas para ello y se quedó dormida.

Algunos momentos después, un carruaje se detenía delante de las primeras casas de *Ville-d'Avray*. Armando descendió de él, y después de haber dicho al cochero que le esperase, tomó un camino que, rodeando el jardín del señor Dubreuil, conducía á la puertecilla próxima al kiosco. Clairvaux marchaba recto, sin vacilación; pero al ver la animación de su rostro, el brillo

de sus ojos y su agitación febril, se comprendía que no tenía toda la sangre fría que en aquella ocasión debía hacerle falta. La borrachera impresionada de distinta manera, según la calidad del vino y el temperamento del bebedor. Ataca á las piernas de aquél y le hace perder el equilibrio; da sueño á este otro, ó bien se dirige á la cabeza é inspira una excitación análoga á la locura: esta última es la más peligrosa de todas, y es la que tenía Armando. Encontró sin gran dificultad la puerta que buscaba, que, como habitualmente, no estaba más que entornada: la abrió, olvidándose de empujarla tras sí, y ganó rápidamente la pequeña distancia que le separaba del pabellón.

Había oscurecido por completo; pero la luna, elevándose, prometía iluminar pronto la tierra con su pálida luz. Armando entró en el jardín, y no vió á nadie: «Luisa no ha llegado todavía» (pensó), y se dejó caer en un sillón. Las sienes le latían violentamente, y su cabeza ardía. De pronto le pareció oír la respiración de una persona dormida. Miró á su alrededor, y vió á la joven recostada en una mecedora. Corrió hacia ella; pero el ruido que produjo la despertó, haciéndola lanzar un grito.

—¿Dónde estoy?... ¿Quién está aquí?... ¡Sois vos!...

Se había levantado, y se dirigía hacia la puer-

ta; pero Armando la detuvo y la arrastró dulcemente hacia el interior del kiosco.

—¡Oh, Luisa! ¿Queréis marcharos? Tengo que hablar con vos, y por eso os he dado esta cita.

—Yo no he venido á ella (respondió la joven vivamente). El sueño se ha apoderado de mí en este sitio; os lo juro, Armando.... Dejadme partir.

—Escúchame, te lo suplico.

Pero el joven no la escuchaba, y se aproximaba más y más á ella.

—¡Oh! (dijo la joven retrocediendo): ¡pobre de mí, que tenía tanta confianza en vos!

El tono dulce y tierno con que pronunció estas palabras enmudeció á Armando; pero al mismo tiempo recordó las bromas que le habían dado sus amigos, y reprochándose su poco atrevimiento, quiso abrazarla.

—¡Dejadme, por Dios!—exclamó Luisa, corriendo hacia la puerta, sin que Armando se atreviera á seguirla.

Pero en el momento de ir á salir tuvo piedad del que amaba, y, volviéndose, se despidió de él con la mano.

—¡Qué cruel sois para mí!—la dijo dulcemente Armando.

—¡Oh! No (respondió, vacilante y conmovida por aquel reproche); pero no puedo permanecer aquí sola con vos á esta hora....; y, además, os portáis muy mal.

—¡Perdóname! ¡Pero estás tan hermosa!

—¿Por qué me habláis así?

—¿Pues qué he dicho?

—Me habéis llamado de tú.

—¡Perdón!

—Estáis perdonado, con tal de que os arrepintáis.

Armando aprovechó aquellos momentos de debilidad, y corriendo hacia Luisa, la cogió de la mano.

—¿Me amáis? (la preguntó con tono suplicante.) Para preguntároslo es para lo que os he rogado que vinierais aquí.... Respondedme.

—Pero....

—Os lo ruego...., os lo suplico.

—No, no quiero responderos.

—¿Por qué?

—Porque me da mucha vergüenza deciros....

—Vamos.... Tened valor.... No os avergoncáis.

—Pero, ¿cómo voy á decir eso?

—Pues de una manera muy sencilla, diciéndome: «¡Sí, yo también te amo!»

—Pues.... os amo,—dijo Luisa tímidamente.

—¿Cómo habéis dicho?... Volved á pronunciar esas palabras. Di «te amo», y no «os amo».

—No....; no me atrevo.... Mi corazón os lo está diciendo....; pero mis labios....

—¿Pero os parece mal decirme eso?

—Pues bien....: te amo....—murmuró Luisa, bajando los ojos.

—Habláis tan bajo y tan dulcemente, que no os he oído. ¡Repetid esas palabras! ¡Os lo suplico!

—Te amo.... ¿Estáis contento? ¡Vaya unas cosas que me habéis hecho decir! ¡Estoy más avergonzada!.... ¡Tengo unas ganas de llorar!

Y, en efecto, sus lindos ojos se habían llenado de lágrimas. ¡Estaba tan hermosa así! ¡Tenía el rostro tan animado por la lucha que se acababa de entablar entre su amor por Armando y la vergüenza de decirle las palabras que le había dicho! Clairvaux oprimía contra sus labios la mano de Luisa que tenía entre las suyas, y estaba tan cerca de ella, que sentía latir su corazón. Mil perfumes llegaban hasta él: perfumes de las flores, perfume de la mujer amada. Todo contribuía á trastornarle, á enloquecerle.

—¡Yo también te amo! (decía á Luisa, que no tenía ni fuerza ni voluntad para desprenderse de sus brazos.) ¡Te amo como un loco, como un insensato! ¡Eres tan hermosa! ¡Hoy en las carreras estabas tan llena de gracia y juventud! ¡Tu vestido te sentaba tan bien! Todo el mundo te miraba; ¿no te apercibiste?

—No (respondió Luisa muy bajito): como estabais cerca de mí....

—¡Oh! ¡Te adoro, ángel de mi alma! No, no

puedo acostumbrarme á la vida que hacemos.... Apenas te veo. Cuando me encuentro á tu lado, estamos siempre delante de gente, y tengo que hablarte de cosas indiferentes.... En cuanto acabo de verte, es necesario que nos separemos ya.... ¿Y no ambiciona más que eso tu amor?

—No; quisiera veros más tiempo....; pero cuando no estáis á mi lado, recuerdo lo que me habéis dicho, lo que habéis hecho en nuestra última visita.... No olvido ni una palabra, ni uno de vuestros gestos, y pensando en ellos, el tiempo se me hace muy corto.

—¿Y te contentas con eso?... ¿No deseas estar siempre á mi lado?

—Sí; pero tengo paciencia para esperar.

—¡Esperar, siempre esperar! (exclamó.) ¿Para qué, cuando ya podemos no separarnos?

Y al hablar así, atraía aún más hacia él á Luisa, y buscaba con sus labios los de la pobre joven.

—¡Por Dios, Armando, dejadme! ¡Quiero irme ya! ¡Tened compasión de mí!

Y pugnaba por desasirse de sus brazos, al mismo tiempo que su corazón latía violentamente y la sangre, subiéndosela á la cabeza, la hacía experimentar sensaciones hasta entonces desconocidas.

El instinto del pudor, más bien que el sentimiento de un peligro, la dió valor para tratar de hacer el último esfuerzo.

—Os lo repito (exclamó la joven), y esta vez sin que me lo roguéis; os amo; respetad á la que se atreve á deciroslo.... Dejadme partir... Mi padre debe haber vuelto ya, y tal vez se haya apercibido de mi ausencia y me esté buscando.... Si me encuentra aquí con vos, ¿qué voy á decirle? ¡Qué vergüenza!.... No me escucháis.... Armando, eso no está bien hecho.... ¡Tenía tanta confianza en vuestro honor!

—No digas más; no digas eso.... me haces daño.... Sé que tienes razón; pero no puedo dejarte.... ¡Te amo tanto!

Y sus labios buscaban los de Luisa.

—¡Armando!.... ¡Armando!.... (gritó la joven.) ¡Por favor!.... ¡Socorro!

Sus gritos fueron, sin duda, oídos, porque la puerta del pabellón se abrió repentinamente.

## VI.

Al oír que entraba una persona, Luisa, fatigada ya por tantas emociones, perdió el conocimiento.

En cuanto á Clairvaux, aquel incidente le devolvió su razón; pues en la borrachera, algunos acontecimientos producen el efecto de una ducha de agua helada sobre la cabeza de un loco. El joven comprendió la gravedad de la situación: el señor Dubreuil, pues era él evidentemente, iba á pedirle severa cuenta de su conducta.

La persona que acababa de entrar corrió hacia la joven desvanecida; pero haciendo un violento esfuerzo, se detuvo, y dijo, volviéndose hacia Armando:

—Caballero, salid al instante de este pabellón.

Al oír esta voz, Clairvaux se volvió.

—¡Vos aquí!— exclamó.

—Sí, yo (respondió Lucía Aubré); yo, que os ruego, en interés de esta niña y en el vuestro, que partáis al instante.

Como habrá adivinado el lector, era Leona, que, habiendo oído en la cena del Café Inglés las palabras de Clairvaux referentes á Luisa Dubreuil, había acudido, sin más reflexiones, al socorro de su hija.

Había seguido al coche que tomó Armando, y como conocía perfectamente, desde hacía muchos años, el plano de la casa, no tardó nada en encontrar el kiosco designado para la cita.

En cuanto Clairvaux se apercibió de que, en lugar de ser sorprendido por el señor Dubreuil, como él creía, solo era Lucía Aubré, recobró su sangre fría.

—Por lo menos, señora (dijo), explicadme cómo os encontráis aquí, y qué habéis venido á hacer.

—No puedo daros ninguna explicación en este momento (respondió Leona). Esperadme junto al coche que me ha conducido, y yo iré á buscaros en seguida.... ¿No estáis viendo que esta joven tiene necesidad de socorros?

—Por eso mismo es necesario prestárselos,— dijo Armando, adelantándose hacia Luisa.

—¡No! (exclamó Lucía Aubré, deteniéndole);

os repito que os vayáis.... El señor Dubreuil me seguía, y estará aquí dentro de algunos instantes.... Esta niña está muy comprometida, y si la viera su padre....

Armando pareció ceder sólo á las instancias de Leona; pero en realidad se alegraba de poder salir de tan falsa posición.

—Juradme (dijo, dirigiéndose á la puerta) que iréis á buscarme para darme noticias de la señorita de Dubreuil.

—Os lo prometo.

Apenas se cerró la puerta, Leona corrió á arrodillarse al lado de su hija.

—¡Ya estoy sola contigo! (exclamó.) ¡Por fin puedo estrecharte entre mis brazos!

Pero al verla pálida y sin movimiento, tuvo miedo. Quiso llamar, y no se atrevió: después miró á todos lados, esperando encontrar agua ó alguna cosa que devolviese á la niña el conocimiento. No había nada. Entonces inclinó la cabeza sobre el corazón de su hija, y cuando se aseguró de que no había cesado de latir, cogió sus manos y las estrechó entre las suyas para calentarlas, mirándola con inefable ternura, como si la acariciara con los ojos.

Por fin, no pudiendo resistir al deseo de unir su boca á los labios de su Luisa, la cubrió de besos y la sintió animarse poco á poco, comprendiendo que aquel desvanecimiento, causado

solamente por una emoción demasiado viva, no podía prolongarse.

Un temor de nueva especie, un temor egoísta, la asaltó entonces: aquel papel usurpado iba á cesar apenas recobrase su hija el conocimiento. Tendría que levantarse, y aparecer indiferente y fría como una extraña, delante de su ídolo...., y mientras la prodigaba tiernos cuidados para volverla á la vida, hacía votos interiores para que estos cuidados no diesen resultado demasiado pronto, viniendo á destruir la realidad, aquellas ilusiones de un momento.

—Déjame (murmuraba); déjame verte sin ser vista, hablarte sin que me oigas.... Ya que no tengo el derecho de ser tu madre, ya que he cedido á otra esa dicha, permíteme que se la robe un instante.... Hace muchos, muchos años que no te abrazó, que no te siento junto á mi corazón como ahora.... Desde mi regreso á Francia, solamente te he encontrado alguna vez por casualidad...., y me mirabas con indiferencia, sin sospechar que aquella mujer que pasaba á tu lado se oprimía el corazón con las manos por temor de que la emoción le hiciese estallar cuando tu vestido rozaba con el suyo.... ¡Oh! ¡Cuánto debo adorarte, hija mía, para tener que pasar mi vida separada de ti, y encontrar fuerzas, cuando te veo, para no arrojarme á tus pies, gritando: «Soy tu madre, soy una miserable criatura

sola y abandonada!.... ¡Quiéreme un poco por piedad!»

Después se inclinaba para verla mejor, y aproximando su cara á aquel rostro encantador que comenzaba á colorarse, añadía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa! Jamás he podido compararme contigo.... ¡Cuántas gracias se admiran en todo tu ser! ¡Qué líneas tan delicadas!.... Tus cabellos no han oscurecido nada: son tan rubios como en otro tiempo. ¿Quién no ha de preferir las rubias á las morenas?... ¡Y pensar que soy yo, yo, la que ha dado al mundo esta niña hermosísima!

Luisa hizo un movimiento, y entreabrió los ojos.

Lucía Aubré se levantó en seguida.

—¡Mi dicha ha muerto! (dijo tristemente.) ¡Ya no soy su madre! ¡Qué poco dura la felicidad!

—Armando, Armando (murmuró la joven, como saliendo de un sueño). ¡Por favor, dejadme partir!

Y añadió más distintamente, persistiendo en el error que había causado su desfallecimiento:

—¡Padre mío, perdonadme, perdonadme!.... Me había quedado aquí dormida. No es culpa mía, os lo juro.

En este momento apercibió á Leona.

—¿Dónde estoy? (preguntó.) ¿Qué ha sucedido? ¿Quién sois, señora?

—Una amiga.

—¿Una amiga? No os conozco.... ¿Habéis sido vos la que entrasteis antes?

—Sí.

—Pero ¿y mi padre?

—El señor Dubreuil no ha parecido por aquí.

Al oír esto, Luísa sintió un gran consuelo; pero reflexionó que si su padre no la había sorprendido, una extraña la había visto, y, enrojeciendo, escondió la cabeza entre las manos.

—Ya es tiempo de que entréis en vuestra casa (dijo dulcemente Leona). Apoyaos en mi brazo, y os conduciré.... Estáis muy débil para andar sola.

Luísa obedeció maquinalmente.

La niña no podía aún coordinar bien sus ideas, y trataba de explicarse la presencia de aquella señora que le era desconocida; pero un sentimiento de vergüenza la dominaba, y no se atrevía á interrogarla.

Entonces Lucía Aubré dió las explicaciones que la joven deseaba, sirviéndola esto de medio para romper el hielo y oír la voz de su hija, que le pareció más dulce que nunca.

—Tenía precisión (dijo Leona) de hablar al señor Dubreuil, y no podía esperar á la hora á que se abrirá mañana su despacho. Vine aquí, donde se le encuentra siempre por la noche, y después de haber llamado inútilmente en la ver-

ja, iba á retirarme, cuando un muchacho que pasaba me indicó una puerta que se abre sobre el jardín. Entré, y al percibir este pabellón, penetré en él, y os vi ahí tendida y sin conocimiento.

Luísa no podía darse cuenta exacta de lo que había pasado; así es que creyó la mentira que un sentimiento de delicadeza había inspirado á su madre, y se hizo menos reservada.

—Os estoy muy agradecida, señora (la dijo), por los cuidados que me habéis prodigado; pero siento haber causado molestias á una persona....

—Extraña: acabad, señorita.

—¡Oh!, no, señora! Yo no iba á llamar así á quien me había socorrido...., y, además, ¿no me habéis dicho que eráis una amiga?

La conversación tomaba un curso embarazoso, y, sin embargo, sea que Lucía Aubré no comprendiese el peligro, sea que no pudiese resistir al deseo de abordar un asunto delicado y lleno de seducciones para ella, respondió á Luísa:

—En efecto, señorita: no debo seros enteramente extraña, porque he querido mucho á la señora de Dubreuil.

—¿Habéis conocido á mi madre? Tenéis razón, señora; entonces sois una amiga, una amiga querida.

La palabra madre, unida en la boca de su hija al nombre de la señora de Dubreuil, hizo experimentar á Leona una dolorosa sensación; y

como no ignoraba que la joven conocía en parte el secreto de su nacimiento, se atrevió á decir:

—Os equívocáis; no he sido amiga de la señora de Dubreuil.

—¿De quién entonces?—preguntó la joven con inquietud.

—Pero yo creí... que sabíais...—balbuceó Lucía Aubré.

—Habéis sido amiga de...

—Sí...

—¿De mi otra madre?

—De vuestra sola madre, hija mía; no hay más que una, y esa no se puede sustituir.

—Generalmente, así sucede (dijo la joven con tristeza); pero yo, ya lo sabréis, señora, puesto que mi secreto parece seros conocido; yo he sido desde muy niña confiada á los cuidados de otra persona, y he tenido una segunda familia.

—¿Y no os han dicho que si vuestra madre se separó de vos, fué sólo por vuestro bien?

—Sí, y no la acuso... Sin embargo, siempre he creído que hubiera hecho mejor en no dejarme... El lugar de una hija, suceda lo que quiera, debe ser siempre al lado de su madre.

—¿Acaso no habéis sido feliz?

—Sí, señora...; pero (añadió, vacilando) ha faltado algo á mi felicidad.

—¿Qué os ha faltado, hija mía?

—Esa afección de que he visto rodeadas á otras..., ese amor inmenso y sin límites, como el infinito..., el amor de una madre... Me parece que esa palabra lo dice todo.

—¡Pobre niña!—dijo Lucía Aubré.

—Pero (dijo Luisa) no he perdido la esperanza de conocerla. Nunca se han tenido pruebas ciertas de su muerte, y quizá vuelva algún día de los países lejanos donde fué á reunirse con mi padre... ¿No os parece así, señora?

—Creo que no la volveréis á ver,—tuvo valor de murmurar Leona.

—¡Ay, es muy probable!... ¡Solo la muerte ha podido obligarla á abandonarme tanto tiempo!

Todas estas frases venían á herir cruelmente el corazón de la desgraciada mujer. Sin embargo, la infeliz se complacía en aquel martirio, y temía que cesase al aperebir ya la casa donde debía dejar á su hija, por lo que inventaba mil pretextos para detenerse en el camino.

—Puesto que sois amiga de mi madre (dijo Luisa, después de un instante de silencio), decidme, señora: ¿cómo era?

—¿No os acordáis ni remotamente de ella?

—No; nunca he podido recordar mis primeros años. Solamente un día, que íbamos á *Marnes*, me detuve delante de una casa que creí reconocer; pero el señor Dubreuil me aseguró



manera os hubiera hablado vuestra madre, señorita.

Luisa escuchaba extasiada aquella voz tan cariñosa que la hablaba de su madre. Comprendía que aquellos consejos tenían un fin, en el que Armando debía estar mezclado: la desconocida había sorprendido en el pabellón algo más de lo que había dicho, y tenía que agradecerla el fingimiento que había demostrado para no avergonzarla.

Luisa iba á rogar á su madre que la dijese su nombre, á decirle que no quería verla por última vez, y dirigirla algunas preguntas, cuando la campanilla de la puerta de entrada se hizo oír anunciando el regreso del señor Dabreuil.

Entonces la joven temió ser sorprendida tan tarde en el jardín, y quiso entrar en la casa antes que su padre.

—Adiós, señora (dijo á Lucía Aubré); perdónad que os deje tan bruscamente; pero mi padre me reñiría si me encontrase aquí... Os volveré á ver, ¿no es cierto?, y me hablaréis mucho de mi madre, ya que habéis sido su amiga... Nuestro encuentro de esta noche (añadió enrojeciendo) ha sido un poco... misterioso, y no puedo hablar á mi padre de él sin confesar en qué circunstancias ha tenido lugar... y el secreto no es sólo mío... Obligada á ocultar que os conozco, no podré hacer nada por veros...; pero vos, si es que os ins-

piro algún interés, podréis buscar medio de venir. Nada más fácil, puesto que tenéis negocios con mi padre. Haced que vuestras relaciones se hagan más íntimas, y os lo agradeceré eternamente.

—¿Me permitís que os abrace, señorita?—preguntó Lucía Aubré, temblando de emoción.

—Con mucho gusto,—dijo Luisa.

Y adelantó el rostro hacia el de su madre. Después corrió á la casa, donde Lucía Aubré, que la seguía con la vista, la vió entrar.

Entonces Leona emprendió sola el camino que había recorrido con su hija. Lloraba. ¿Era de alegría por haberla visto, ó de pena por haberla dejado tan pronto?

Cuando hubo franqueado la puerta del jardín y se encontró fuera, murmuró:

—¡Oh! Ahora que sé lo que vale tan encantadora criatura, ¿tendré fuerza para vivir lejos de ella?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Al encontrar Leona á Armando Clairvaux, que la esperaba, recordó que aún tenía otro deber que cumplir.

—¿Cómo la habéis dejado?—preguntó el joven, saliendo á su encuentro.

—Bien.... Ya está al lado de su padre.

—¿Pero lo sabe todo?

—No; no sabe nada.

—¡Ah! ¡No he perdido su estimación! —dijo Armando con alegría.

Estas palabras, pronunciadas con calor, causaron á Leona una agradable impresión, porque la probaban que el señor de Clairvaux había recordado los sentimientos de honor que ella le había supuesto.

—Ahora, señora (replicó Armando), creo que

puedo reclamar las explicaciones que me habéis prometido... Confieso que no tengo ningún derecho á exigir las, pues mi presencia en casa del señor Dubreuil era tan extraordinaria como la vuestra; pero ha debido pasar alguna cosa grave en esa comida, donde he cometido la falta de excederme, y quisiera que me ayudaraís con vuestros recuerdos, pues los míos son muy confusos.

—Estoy dispuesta á daros todas las explicaciones que queráis, caballero; pero este sitio no me parece á propósito para tales confidencias (respondió Leona). Si queréis subir en mi coche, podremos hablar de lo que os interesa mientras volvemos á París.

Clairvaux no tuvo ninguna objeción que hacer, y, despidiendo á su cochero, tomó asiento al lado de Leona.

—El señor Dubreuil (comenzó Lucía Aubré, sin tardar) es el encargado de todos mis negocios desde hace muchos años. Le estimo mucho y me inspira una sincera afección, pues á sus buenos consejos y cuidados debo el poseer una fortuna que me permite vivir independiente... Así es que no extrañaréis que, al saber que su honor estaba amenazado, haya hecho todo lo posible por defenderle.

—Bien...; pero ¿cómo habéis podido saber?...

—Qué, ¿no os acordáis de nada? Desde la

hora que nos levantamos de la mesa, hasta el momento en que me encontré en un coche en la carretera de *Ville-d'Avray*, ignoro lo que ha pasado. Una de las detestables consecuencias de la embriaguez, es borrar de la imaginación los recuerdos. Es una especie de locura accidental, y el loco olvida siempre lo que pasó durante su locura.

—Al final de la comida (dijo Leona), vuestros compañeros de mesa, que notaron en vos cierta disposición á beber, resolvieron, sin duda por divertirse, acabar de emborracharos. Lo han conseguido fácilmente, y después, á fuerza de instancias y de burlas, os han hecho hablar y habéis dicho que tenfais una cita.

—Pero... no habré designado el lugar, ¿verdad?

—Claramente.

—Al menos, no habré dicho el nombre de la persona.

—¡Perdonad! Habéis pronunciado distintamente el nombre de Luisa Dubreuil.

—¡Imposible!

—¿Y cómo, si no, hubiera yo ido á casa de esa joven?

Armando inclinó la cabeza y guardó silencio.

Lucía Aubré, que tenía prisa por terminar las explicaciones, continuó:

—Esa cita, que en otras circunstancias sólo

hubiese sido culpable, se hacía peligrosa en vuestra exaltación, y mi conciencia me ordenaba que previniese á un hombre á quien respeto y que estaba amenazado de perder lo que hay de más sagrado en el mundo.... Algunos minutos después os seguía á *Ville-d'Aray*.... El señor Dubreuil no estaba en casa.... Entonces corrí hacia el pabellón que habíais designado.... El resto ya le conocéis.... No os sorprendáis al verme usurpar un papel de mujer honrada.... ¡Os admiráis!—añadió tristemente.

—No me sorprende, señora (dijo Armando). Me habían asegurado que no os parecíais á las otras mujeres; pero habían olvidado decirme en qué os diferenciabais de ellas. Hoy me lo habéis hecho saber vos, y os doy las gracias. El mal que mi ligereza pueda causar á la reputación del señor Dubreuil, puede repararse afortunadamente. Amo á Luisa, y en cuanto mi padre, que está viajando, vuelva á París, iré con él á pedir al señor Dubreuil la mano de su hija.

—Eso no me importa ya; mi papel ha terminado (dijo Leona, que quería ocultar bajo un tinte de indiferencia la alegría que aquella noticia le hacía experimentar; pero luego añadió, fingiendo no dar importancia á sus palabras): supongo que ya habréis reflexionado que, aunque os caséis con la señorita de Dubreuil, su reputación queda algo manchada por esta aventura. Quizás vos

no lo entendáis así; pero me parece que si yo fuera hombre, me indignaría con sólo pensar que el nombre de mi mujer había sido pronunciado alguna vez entre una sonrisa maliciosa.

—Pienso como vos (replicó Armando). Esta misma noche me reuniré con las personas que han asistido á esa comida, y....

—Pero ¿dónde podréis encontrarlas?

—En el *restaurant* donde las hemos dejado, alrededor de una mesa de juego.

—¿Y qué las diréis?

—Sostendré que he perdido la cabeza cuando he hecho mis necias confianzas, y juraré abofetear al que se atreva á repetir las.

—Excelente medio para echarlo todo á perder.

—Tenéis razón.... Estoy pensando que si pudiera encontrar alguno que asegurase haber pasado las tres horas conmigo....

—Sería preciso que esa persona tuviese mucha fama de verídica.

—Os han visto partir algunos minutos después que yo. ¿Por qué no dectís en confianza á una de esas damas, que, habiéndome encontrado, no me habéis dejado un instante?

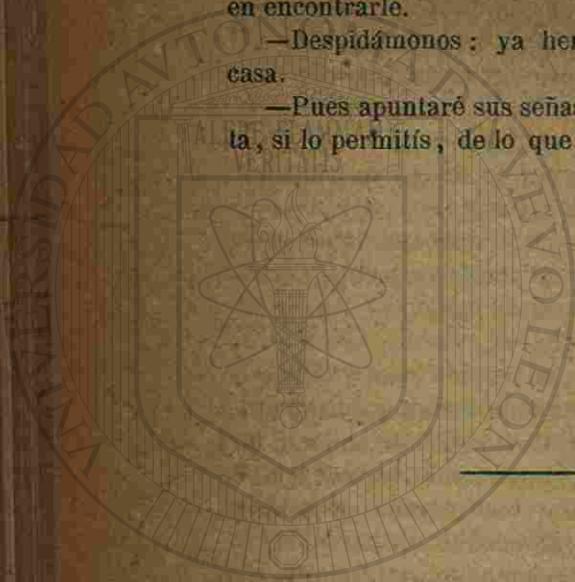
—Es ingenioso; pero prefiero (dijo Leona sonriendo) no parecer tan unida á vos.

—Entonces tendré que buscar un cómplice de mi sexo. Ese no temerá comprometerse....

Solamente que tendré que invertir algún tiempo en encontrarle.

—Despidámonos: ya hemos llegado á mi casa.

—Pues apuntaré sus señas, para daros cuenta, si lo permitís, de lo que suceda esta noche.



## VIII.

Armando se dirigió al Círculo, y halló allí á uno de sus amigos, Gaston de Villemiane, que estaba leyendo tranquilamente los periódicos de la noche, esperando que quedase desocupado un sitio en la mesa de *whist*.

—¿Es posible que os divirtáis aquí?—dijo Armando, abordando la cuestión desde luego.

—Me fastidio terriblemente,—dijo Gaston, bostezando.

—En ese caso, no os negaréis á hacerme un favor.

—¿Cuál?

—El de seguirme al Café Inglés, donde encontraréis mujeres bonitas, y algunos de nuestros amigos.

—¿Cenando?

—No, han comido ya; y ahora deben estar jugando.

—Pues vamos allá.... Me gusta haceros este favor.

—Entonces me apresuro á pedirlos otro.

—Os lo concedo por adelantado, si es del mismo género que el primero.

—No se parece en nada.... Se trata de rogarnos que carguéis con una mentira vuestra conciencia.

—Eso es más grave.... Ya sabéis que no tengo costumbre de hacer esas cosas.

—Por eso, precisamente por eso me dirijo á vos con preferencia á cualquier otro. Vuestra franqueza y vuestra sinceridad son conocidas; y si vos afirmáis un hecho, no habrá nadie que lo dude.

—Pero para merecer esa buena reputación, no quiero afirmar nunca más que cosas verdaderas.

—La mentira que os pido es de las más honradas, de las más santas.

—¡Me animáis! Partamos, y ya me explicaréis por el camino cómo mintiendo se puede ganar el cielo.

Gastón y Armando encontraron á su llegada muy aumentado el número de los compañeros de mesa de éste, á causa de una alianza contraída con otro alegre grupo.

La gloria de este hecho pertenecía á Carolina L....: una mirada indiscreta dirigida al gabinete de al lado la había hecho saber que estaba ocupado por personas conocidas, y ella había propuesto la unión de las dos sociedades, á fin de animar el *baccarat* á que se entregaban los jugadores en ambos gabinetes, y que amenazaba concluir en las dos partes por falta de combatientes.

Cuando Armando y su amigo entraron en el salón, se celebró por medio de gozosos *bravos* la llegada de aquel nuevo refuerzo.

—¡Muy bien! (gritó Carolina.) Los hijos pródigos vuelven tarde ó temprano al seno de su familia.

—¿Dónde pueden estar mejor? (murmuró Desobry, que, como no jugaba, dormitaba extendido en dos sillones.) Orchamps mismo, Orchamps, que no es hijo, pero que sí es pródigo, ha venido ya hace media hora.

—Habla menos (dijo Orchamps), y dime si quieres carta.

—Sí: una pequeña.

—Ahí tienes un diez.

—Admirablemente.

—Eres fácil de contentar.... Tengo cuatro. Tiro.... tres...., son siete. Perdéis las de los dos lados. Cedo la baraja.

—Y yo (dijo Carolina). Voy á hablar con Clairvaux.

Y se reunió á los recién venidos, que estaban de pie detrás de Nanteuil y Desobry.

—Armando (dijo Nanteuil), ¿seguís estando alegre?

—Si no lo he estado nunca.

—¿De veras?

—Os lo juro.

—Querido Armando, convengo en que ya se os ha pasado; pero lo que es antes, tenéis que confesar que habéis estado enteramente chispo....

—Sin embargo, os aseguro....

—Sí, que ahora tenéis toda vuestra sangre fría.... Entonces, decidnos: ¿ha estado muy amable?

—¿De quién habláis?

—De la.... persona de la cita.

—¿Qué cita?

—¡Ah! Ya ha olvidado su confesión, y pretende no haber estado chispo.

—No, no; si es que no os había entendido (replicó Armando, que fingía confusión). Ha estado graciosísima y encantadora.

—¿Es morena, verdad?

—Sí, una morena muy picante.

—Hace dos horas era rubia.

—¿Es joven?—preguntó Ana D...., que se había aproximado.

—Sí, bastante.

—Armando es difícil de contentar, señores.

¿Pues no llama *bastante* joven á una niña de diez y ocho años?... ¡Pobres de nosotras! Nos llamará viejas, con seguridad.... ¿Y habéis estado mucho tiempo con ella?

—Desde que os dejé hasta ahora.

—¡Qué estáis diciendo! (exclamó Gastón de Villemiane, que esperaba la ocasión de representar su papel.) Si estamos juntos desde las diez.

—¡Queréis callaros!—murmuró Clairvaux á su oído, pero bastante alto para que le oyeran.

—No, no; hablad, por el contrario (replicó Carolina); Armando nos ha dicho antes una cosa, y queremos saber si es cuento ó historia.

—¡Cuando os digo que es verdad!—gritó Armando, simulando que estaba encolerizado.

—Querido (observó Desobry, desde el fondo de los sillones en que estaba tendido); Carolina no ha dicho nada que pueda herir vuestra susceptibilidad. No pone en duda la buena fe y la veracidad de Armando Clairvaux cuando está en ayunas. Quiere solamente probar la borrachera de un compañero de mesa, á quien se ha empeñado en embriagar con sus miradas. Si después de habernos dejado con el pretexto de reuniros á una mujer, os habéis paseado tranquilamente por las calles, Carolina pensará que estabais efectivamente chispo al engañarnos, y se felicitará del efecto producido por sus seductores ojos.

—Aprobado,—dijo Ana D....

—No puedo, en conciencia (replicó Villemiane), dejar á esta señora en duda sobre el poder de sus ojos, y declaro que cuando me dirigía al teatro á eso de las diez, apercibí á Clairvaux que iba haciendo eses por la plaza de la Bolsa. Me reuní á él, y he pasado la noche paseándole al aire libre, para hacerle recobrar sus sentidos.

—¡Y yo (exclamó Carolina) que había cometido la simpleza de estar celosa!

—¿Pero qué quiere decir todo esto?—dijo Armando.

—Que cuando estabais *alegre* os imaginabais tener agradables aventuras.

—Os repito que no he estado alegre, y si he pretextado una cita, ha sido sólo con objeto de que me dejárais salir.

—Apuntemos esa primera declaración, esperando la segunda, que es su consecuencia....

¿Os acordáis del nombre de la que os esperaba?

—No he designado á nadie.

—Estáis cogido de pies y manos, querido mío (dijo Carolina, riendo); pues todos hemos oído claramente el nombre de la heroína de esa cita imaginaria.

—¡Imposible!

—Que lo digan estos señores.

—Carolina tiene razón,—dijeron todos á coro.

—Pero, después de todo, ¿á quién he nombrado?

—Ya se os dirá; pero antes es preciso que confeséis humildemente: «He estado completamente chispo.»

—Pero si es que....

—Tened menos amor propio, Armando; confesad,—dijo Gontrán Villemiane.

—Bueno....: confieso.

—¡Por fin!—exclamaron todos.

—Ahora, decidme el nombre que me habiais prometido,—dijo Clairvaux.

—Voy á decirosle (replicó Desobry), y cuando lo hayáis oído, comprenderéis lo bien que habéis hecho en confesar vuestros errores.

—¿De veras? (exclamó Armando, después que Desobry le habló al oído.) ¡Ah! ¡qué es lo que he dicho!

Y continuó, fingiendo indignación:

—¡Eso es infame, indigno!.... ¡No vuelvo á probar el vino en toda mi vida!

—No exageréis.... El vino es una cosa excelente.... Predispone al sueño,—hizo notar Desobry. Y, después de haber echado una mirada de indiferencia hacia la mesa de juego, buscó una postura cómoda para dormirse.

En aquel momento Clairvaux fué abordado por Orchamps, que no había perdido ningún detalle de la escena precedente.

—Permitidme que os felicite,—dijo el Conde.

—¿Con qué motivo?

—Habéis representado alguna vez comedias de aficionados en sociedad, ¿no es cierto?

—Nunca.

—Pues entonces, se hace mayor mi admiración; porque, para ser el primer papel, le habéis representado á las mil maravillas.

—No comprendo....

—Conocimiento perfecto del asunto, situación bien sostenida, buena entonación de voz, gestos elocuentes....; todo, en fin. Os felicito, mi querido Armando, porque sois un autor ingenioso y un cómico notable.

—Es posible; pero no estoy de humor de escuchar vuestras burlas. Servíos explicármelas.

—Quiero decir que la escena representada por el señor de Villemiane y vos estaba perfectamente arreglada.

—¿Creéis que estábamos de acuerdo?....

—Para engañar á todos vuestros compañeros de mesa, cosa que habéis conseguido perfectamente, con una excepción.

—¡Caballero!

—No os incomodéis, y tened la bondad de escucharme.... No sé si os habrán dicho por ahí que yo he amado á Leona cuando la conocí en América. Esto es verdad, y confieso que estoy aún enamorado de ella. Así, pues, no extraña-

réis que, al verla salir un momento después de vos, mis celos se hayan despertado y haya pensado en seguirla. La seguí efectivamente, y al llegar á *Ville-d'Aray*, perdí su pista; pero cuando la buscaba por todos lados, os vi que salíais de la casa del señor Dubreuil, donde antes dijisteis tener una cita.... No nos habíais engañado; y cuando he presenciado la escena que acaba de tener lugar, comprenderéis que he tenido ocasión de admirar vuestra singular habilidad de actor de primer orden.

—Pero....

—Permitidme terminar. Con una sola palabra he podido destruir vuestra obra; pero eso os hubiera contrariado, y he guardado silencio; y en el porvenir seré igualmente discreto. Sólo quería advertiros que, en lugar de ser uno de vuestros espectadores, ejecutaba una escena muda en la comedia que estabais representando.

Después de haber pronunciado este discurso con su serenidad acostumbrada, Orchamps se fué á tallar un rato, dejando á Clairvaux completamente aturdido, preguntándose lo que debía hacer, y con qué fin se había mostrado el Conde tan reservado en la conversación maliciosa que acababa de tener con él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IX.

Entregada por completo á la alegría de haber vuelto á ver á su hija, Lucía Aubré no conoció al principio la imprudencia que había cometido y los sufrimientos que se había preparado á sí misma.

Si en otro tiempo la había costado tanto trabajo separarse de Luisa cuando era niña, ¿cuáles debían ser sus angustias y sufrimientos cuando, después de haberla encontrado hecha una hermosa joven, tenía que seguir viviendo separada de ella? ¡Qué dolor y qué castigo! ¡No tener pensamientos de amor ni de religión más que para un sólo ídolo, y no poder arrodillarse delante de él! ¡Saber que dos pasos, dos palabras bastaban para reunirlos con el objeto de su culto, y no osar darlos ni decirlos, por tener conciencia de que su pasado la hacía indigna de

aquella hija!... ¡No contar con nadie á quien confiar su dolor, á quien quejarse, con quien llorar; estar sola, sufrir sola y adorar sola!... ¡Saber que su hija no podía ser dichosa faltándole los cuidados, los consejos y las caricias de una madre, y no tener el derecho de prodigárselos!... ¡Qué dicha vivir al lado de aquella niña, ver cómo crecían su talento y sus gracias, escuchar los latidos de aquel corazón que despertaba, seguir los progresos de su primer amor, oír las inocentes confidencias que no se ocultan á una madre!... ¡Oh!... ¡Desear todo esto..., tenerlo, y estar privada de tan puros goces!...

En algunas ocasiones la faltaba valor y resignación, y estuvo á punto de correr á *Ville-d'Array*, de arrancar á Luisa de la casa donde vivía, y llevársela á la suya, imponiéndola por fuerza su amor... Pensó dejarse morir, puesto que su existencia era inútil, ó dejar la soledad en que vivía distraendo su dolor con el ruido de las fiestas, olvidándose de que era madre y volviendo á ser lo que había sido; pero se detuvo al borde del abismo, al pensar que si no podía estar al lado de su hija, al menos podría velar por ella de lejos y tenerla bajo su protección oculta y poderosa. Recordó además el retrato moral que Luisa había hecho de su madre, y quiso parecerse á él todo lo más que la fuera posible, para compensar con esto los errores de su vida, te-

niendo una especie de honradez y de pureza sólo por su hija.

Cuando sufría demasiado, cuando no podía dominar su tristeza, trataba de ver á la adorada de su corazón, confiando en la casualidad, y buscando ocasión de encontrarla.

Comprendía lo imprudente que era esta conducta, ahora que Luisa la conocía; pero no tenía suficiente valor para privarse de la única dicha que podía disfrutar.

Entonces conoció la razón que había tenido el señor Dubreuil al exigirla que partiera para América, y la falta que había cometido al volver á Francia.

Un día en que Leona se había detenido en el boulevard de la Magdalena para hablar con Desobry, vió á la señorita Dubreuil que venía por aquella acera. De repente se olvidó del lugar en que estaba, de la multitud que la rodeaba y del mismo Desobry que la hablaba inútilmente.

Lucía Aubré se volvió hacia su hija, que continuaba avanzando despacio, y se puso á contemplarla con embriaguez.

Hasta aquí la imprudencia no era grave, porque Leona llevaba un velo por la cara; y como Luisa sólo había distinguido sus facciones imperfectamente la noche de la cita de *Ville-d'Array*, no podía reconocerla; pero un loco deseo la asaltó de pronto, y cuando su hija se encontró á

una corta distancia, echó bruscamente su velo hacia atrás.

Luisa continuaba avanzando sin reparar en aquella mujer, que, pálida y temblorosa, la observaba con ansiedad. Ya iba á pasar sin haberla visto siquiera, cuando de pronto volvió la cabeza y lanzó un grito de asombro.

Leona se estremeció de gozo al ver que su hija venía hacia ella, arrastrando á la persona que la acompañaba; y ya iba á adelantarse á su encuentro, cuando Desobry, que no comprendía nada de aquella súbita distracción, la dijo, tocándola en el brazo:

—¿Qué os sucede?... Si os incomodo, me marchó.

Su sueño cesó; aquellas palabras la devolvieron la razón, y comprendiendo en seguida el nuevo peligro que amenazaba á su hija, se volvió, y cogiendo vivamente el brazo de Desobry, atravesó el boulevard.

Todos estos sufrimientos, descritos lo más brevemente posible, hubieran sido menos crueles si Armando Clairvaux hubiese ido á verla después de la comida del Café Inglés; pero el joven Barón, ya porque sus amores y sus placeres le ocupasen todo el tiempo, ya porque le diese vergüenza encontrarse con Lucía Aubré, tardó mucho tiempo en ir á su casa.

La razón que le condujo á ella por fin, me-

rece ser mencionada, porque pinta el carácter de Armando, é indica además cuán elástico es el corazón de algunos hombres: ventaja que les permite dar asilo al mismo tiempo y sin empaño á lo profano y á lo sagrado.

Había encontrado Armando varias veces á los compañeros del Café Inglés, y cada uno de ellos le había preguntado por Leona. Al asegurar el joven que no la veía, le felicitaron por su discreción y reserva; pero sostuvieron que le creían incapaz de haber descuidado la conquista de semejante mujer, la que, á no dudar, se había enamorado de él.

El amor propio de Clairvaux se conmovió, y el joven pensó que, en efecto, la conducta extraña de Leona podía más bien ser atribuída al interés que él la inspiraba, que no al que ella debía sentir por la hija del señor Dubreuil, y quiso asegurarse sobre este punto.

Se adivinará el placer que Lucía Aubré tuvo al volver á verle; el hombre amado por Luisa poseía á sus ojos los más raros méritos, y tenía innegables derechos á sus simpatías. Leona derramó ante él todos sus tesoros de gracia y talento: quería, por una parte, interesarle lo bastante para retenerle á su lado, y por la otra estar suficientemente reservada para destruir las esperanzas que el joven se sentía muy dispuesto á concebir. Así lo consiguió.

Cuando, encantado Armando por todas las seducciones que había desplegado ante él, tomó la costumbre de ir á consagrarla el tiempo que no pasaba en *Ville-d'Avray*, le hizo hablar de Luisa, de su amor y de sus proyectos para el porvenir.

Armando se entregaba con gusto á la costumbre de hablar así largas horas con una mujer que conocía tan bien los sentimientos del corazón, y por una especie de coquetería, creyendo excitar así los celos de su confidente, se complacía en exagerar las virtudes de su linda prometida.

Muy pronto llegó un día en que Leona se atrevió á hacer preguntas y á dar consejos, criticando con ardor y poniendo en ridículo los defectos de Armando, y éste, más sensible, como la mayor parte de los jóvenes, á las burlas de una mujer hermosa que á los reproches de personas formales y sensatas, comprendió sus faltas y trató de corregirse de ellas.

Gracias á las confianzas que había logrado obtener y á indicios que rara vez engañan, Lucía Aubré seguía paso á paso los progresos de un amor recíproco en los dos jóvenes. Supo que sólo la ausencia del señor de Clairvaux, padre de Armando, retardaba el matrimonio, al cual estaba su hijo completamente decidido.

Animada con estos acontecimientos, Leona

llegó durante algún tiempo á creerse dichosa y á tener valor para evitar todos los arranques maternales que pudieran ser peligrosos para su hija. Fueron aquellos días de los pocos dichosos que había disfrutado en su vida. Nada ni nadie vino á turbar su paz, y tuvo que confesarse á sí misma que había calumniado á Orchamps al sospechar que iría á verla y á pedirle la recompensa del servicio prestado en el Café Inglés.

El Conde no hizo, en efecto, ninguna diligencia para ser recibido en su casa, y si no se le hubiera visto estrechar más todavía sus relaciones con Armando y tratar de conocer al señor Dubreuil, se hubiera podido creer que había renunciado á mezclar su vida con la de Leona.

Pero esta especie de tranquilidad relativa no podía durar mucho tiempo.

Una mañana recibió Leona una carta del señor Dubreuil, y ésta fué la que vino á amargar su vida y á preparar los últimos incidentes que terminan esta historia.

«Es importante, decía aquella carta, comunicar á Lucía Aubré una noticia que tiene mucha influencia sobre el destino de su hija. Armando de Clairvaux, hijo de un vecino y amigo, acaba de confiarme que está enamorado de Luisa, que cree ser correspondido, y que el señor de Clairvaux, su padre, se propone hacer al día siguiente la petición oficial. Estos proyectos, que

siento no haber sabido adivinar, traen consigo serias complicaciones. Yo había creído poder, sin hacer daño á nadie, presentar en el mundo y llevando mi nombre á una niña educada por mí; pero para un acto tan grave como el matrimonio, mi conciencia se subleva ante la idea de no decir sin rodeos la verdad. Me creo obligado á participar á Lucía Aubré mis intenciones, de las que no la había hablado hasta ahora, por no despertar prematuras inquietudes.»

Leona no comprendió al principio toda la importancia de esta carta, viendo solamente en ella la prueba de que Armando cumplía su palabra, de que su padre aprobaba el matrimonio y de que Luisa iba á ser dichosa; pero á esta alegría sucedió muy pronto el deseo de ver al señor Dubreuil, de que éste la explicara el secreto que se proponía revelar, de enternecerle con sus ruegos, y de disipar á su lado las tristes preocupaciones que la asaltaban desde hacía un instante, y que en vano trataba de combatir.

Al día siguiente, Leona se propuso ver al banquero antes de la hora fijada para la entrevista con el señor de Clairvaux.

Corrió á su despacho, donde podía presentarse sin despertar sospechas; pero supo allí que acababa de salir, y entonces resolvió dirigirse á *Ville-d'Aray*.

Se presentó atrevidamente ante la gran puer-

ta de entrada, y preguntó por el amo de la casa al criado que salió á abrir. La respondieron que el señor Dubreuil estaba ausente; pero que al partir por la mañana á París había dicho que tardaría en volver.

Lucía Aubré quiso esperarle, y la pasaron al salón.

Cuando se encontró sola allí, empezó á examinar conmovida y curiosa aquella habitación que tantas veces había animado con su presencia su hija querida.

Todos los muebles parecían tener un alma y hablar un delicioso lenguaje: en aquel sofá se había recostado Luisa; allí debía haberla sorprendido el sueño, y con él inocentes y dulces proyectos. En las largas noches de invierno había trabajado, sin duda, sentada delante de la mesa que estaba viendo, y quizá el pensamiento de su madre ausente había dejado sus manos inactivas, mientras sus hermosos ojos se levantaban hacia el cielo buscando el rostro que no conocía de aquella madre que nunca la había acariciado. Al mismo tiempo Lucía Aubré apercibió un pañuelo á medio bordar que estaba abandonado en un mueble. Se apoderó de él, y quiso llevarle á sus labios; pero en medio del blanco fondo de una flor descubrió una manchita de sangre, procedente sin duda de algún pinchazo que Luisa se habría hecho con la aguja, y su imaginación,

predispuesta á alarmarse, creyó ver allí un presagio funesto.

Afortunadamente un acontecimiento temido y deseado á la vez vino á cambiar el curso de sus ideas: se oyó el roce de un vestido en la habitación próxima, y un momento después la puerta del salón se abrió bruscamente.

X.

Luísa apareció, y al principio no reparó en su madre, que tuvo tiempo de contemplarla en secreto.

Nunca la había visto tan linda, tan resplandeciente de salud y felicidad: un fresco vestido de muselina rosa modelaba las graciosas líneas de su cuerpo, y uno de esos grandes sombreros de paja que se llevan en el campo esparcía una ligera sombra sobre su rostro, atemperando el brillo de su tez.

La joven parecía sonreír á un gran ramo de flores que acababa de coger en el jardín y que se apresuraba á colocar en los floreros del salón.

—¡Qué flores tan hermosas! (dijo Lucía Aubré, adelantándose.) ¿Las cuidáis vos, señorita?

Luísa lanzó un grito de sorpresa: después,

reconociendo á la que le hablaba, corrió hacia ella y la tendió la mano.

—¡Ah, señora! ¡Qué placer tengo en veros!... ¿Por qué habéis olvidado tanto tiempo á la hija de vuestra amiga?... Me prometisteis volver, y ya han transcurrido cerca de dos meses desde....

La joven se detuvo ruborizada.

—He estado ausente (respondió Leona, á quien aquel reproche llenaba de alegría); pero ya veis cómo en cuanto he vuelto me apresuro á venir á buscar al señor Dubreuil hasta su retiro.

—No tardará en volver, porque hoy espera una visita importante.... Permittedme, señora, que os acompañe hasta su regreso.

Y Luisa, con la gracia más natural y más seductora, hizo sentar á su madre y se colocó á su lado.

Estaban frente á una ventana, por donde se veía la puerta de entrada de la verja; de modo que Leona podía tomar sus precauciones en cuanto apercibiese al señor Dubreuil, para no ser sorprendida con su hija.

—Señora (dijo ésta sonriendo): tengo que reñiros un poco. Últimamente os he encontrado algunas veces en la calle, y siempre habéis huído de mí y habéis hecho que no me veáis.

—No ibais sola (replicó Lucía Aubré), y la persona que os acompañaba hubiese extrañado....

—Es verdad, señora: al decir que os conocía,

tenía que confesar una grave falta, que os juro me ha avergonzado muchas veces.

—Vuestra juventud y vuestra inexperiencia os disculpan un poco, hija mía.... Además, Armando....

—¡Cómo!.... ¿Sabéis su nombre?

—Sin duda.... Nadie ignora que os hace la corte.

—Pues habéis de saber que el padre de Armando está ya de vuelta, y que hoy debe hacer una solemne petición á... mi tutor.

—¿Por eso estábais adornando el salón con tantas flores?

—Sí, lo confieso.... para recibir al padre de Armando.

—Sobre todo, cuando trae consigo á su hijo.

—¡Ah, señora! Leéis en mi corazón como lo hubiera hecho mi madre,—añadió la niña dando un suspiro.

—¿Amáis mucho á Armando, eh?

—Más que nunca.

—¿Y estáis segura de que él os ama tanto como vos le amáis?

—¡Más! (dijo Luisa.) ¡Mucho más!

Y añadió, conteniéndose:

—¡Oh! Quizá me hago ilusiones...., porque eso no es posible... ¡Le quiero tanto!.... Armando no ha hecho ninguna alusión á aquella noche en que os vi por primera vez, señora. Sólo me

ha rodeado de cuidados, de cariño y de respeto para hacérmela olvidar. Mi padre le dijo que mirase nuestra casa como la suya durante la ausencia del señor de Clairvaux; así es que ha pasado aquí la mayor parte del tiempo. No ha ido á ninguna diversión, ni ha respondido á las invitaciones que recibía continuamente de sus amigos... Tiene muchas relaciones, y le buscan por todas partes... ¡Es tan amable y tan distinguido!

Al oír hablar á Luisa, y al verla tan confiada en su próxima dicha, Lucía Aubré tembló al recordar la carta del señor Dubreuil, causa de su presencia en *Ville-d'Avray*.

—¿Y no teméis que vuestro padre ponga algún obstáculo á ese matrimonio?—preguntó Leona.

—Un obstáculo.... ¿Por qué razón? ¿No estoy ya en edad de casarme?... ¡Tengo diez y ocho años! ¡Diez y ocho años! ¡Cuidado! Además, mi padre aprecia mucho á Armando, y no querría hacerme desgraciada, pues siempre ha sido buenísimo para mí... Si se opusiera á ese matrimonio, me moriría.

—¡Dios mío, no permitáis que así sea! ¡Inspíradme en la entrevista que voy á tener!—dijo interiormente Lucía Aubré.

—¡Ya está ahí mi padre!—exclamó Luisa, al oír el ruido de un coche.

Leona se levantó.

—Mi querida niña, supongo que pensaréis, como yo, que el señor Dubreuil no debe encontrarnos reunidas. Una palabra, un gesto imprudente, podrían hacerle saber que nos conocemos ya, y querría saber lo que tratamos de ocultar. Salid de aquí, ó conducidme á otra habitación.

—Tenéis mucha razón, señora. Soy una loca, que no caigo en nada. Voy á dejaros con mi padre...; pero no olvidéis decirle que os presente á su hija.

Y dió algunos pasos por el salón, como si buscara algún objeto.

—No sé dónde ha ido á parar mi bordado (dijo por fin). Le estoy buscando para ir á trabajar al jardín.

—Aquí le tenéis (dijo Leona); le estaba examinando cuando entrasteis, y, distraída, le he conservado en la mano.... Hace tiempo que estoy buscando un dibujo parecido, sin poderle encontrar.

—Entonces, señora, hacedme el favor de aceptar....

—¿Este pañuelo?

—Aunque no tiene ningún valor....

—¡Oh! Le tiene inmenso á mis ojos.

—Razón de más para que no le rehuséis.

—Bien.... Le guardaré en recuerdo vuestro....

Pero marchaos, que está aquí vuestro padre...  
Adiós.

—Hasta luego, señora.... Rogad al cielo para que la petición de Armando sea bien acogida por su padre y el mío.

\* Un momento después el señor Dubreuil, avisado por un criado de que una señora le esperaba, abrió la puerta y se encontró frente á frente con Lucía Aubré.

•  
XI.

El señor Dubreuil mostró al reconocer á Leona menos asombro del que ella suponía.

—Señora (la dijo, después de haberla saludado); cometéis al venir aquí una grave imprudencia, que no me atrevo á echaros en cara, pues mi carta de esta mañana es sin duda la causa.

—En efecto, me ha alarmado mucho.

—Os juro que siento tanto como vos las confidencias que hoy me veo obligado á hacer.

—Precisamente de esas confidencias he venido á hablaros..., porque no he comprendido bien vuestra intención.... ¿Qué pensáis decir al señor de Clairvaux?

—La verdad, señora, conforme os he participado en mi carta. No puedo engañar á una honrada familia que deposita en mí toda su con-

Pero marchaos, que está aquí vuestro padre...  
Adiós.

—Hasta luego, señora.... Rogad al cielo para que la petición de Armando sea bien acogida por su padre y el mío.

\* Un momento después el señor Dubreuil, avisado por un criado de que una señora le esperaba, abrió la puerta y se encontró frente á frente con Lucía Aubré.

•  
XI.

El señor Dubreuil mostró al reconocer á Leona menos asombro del que ella suponía.

—Señora (la dijo, después de haberla saludado); cometéis al venir aquí una grave imprudencia, que no me atrevo á echaros en cara, pues mi carta de esta mañana es sin duda la causa.

—En efecto, me ha alarmado mucho.

—Os juro que siento tanto como vos las confidencias que hoy me veo obligado á hacer.

—Precisamente de esas confidencias he venido á hablaros..., porque no he comprendido bien vuestra intención.... ¿Qué pensáis decir al señor de Clairvaux?

—La verdad, señora, conforme os he participado en mi carta. No puedo engañar á una honrada familia que deposita en mí toda su con-

fianza.... He cumplido fielmente mis compromisos con vos, educando á vuestra hija como lo hubiera hecho con la que perdí. Su dote, que me entregasteis al partir para América, ha sido aumentado con mis cuidados, y estoy dispuesto á entregaros los intereses y el capital si así lo deseáis. Hasta aquí he guardado fielmente vuestro secreto, y esperaba poderlo respetar algunos años todavía, no creyendo que Luisa se casará tan pronto. Pero sin que yo lo haya notado, la niña se ha convertido en mujer, y me piden su mano, haciéndome conocer que mi tutela ha terminado, que debo rendir cuentas á su prometido, y enterarle de un pasado que tiene derecho á conocer.

—Y si ese pasado le espanta! (exclamó Lucía.) ¿Qué será del porvenir de mi hija?

—¿Y no lo sabría todo algún día, aunque yo tratase de ocultárselo? Para un matrimonio se necesitan diferentes actas, diferentes documentos, que le harían saber el secreto del nacimiento de Luisa.

—Yo he creído siempre que como mi hija había reemplazado á la vuestra, el acta civil que probaba la legitimidad de la primera serviría á la segunda.

—¡No penséis en ello! (exclamó el señor Dubreuil.) Lo que decís es una sustitución de persona, crimen previsto por el Código.... He hecho mal sin duda en hacer creer al mundo que

esa niña era mi hija; pero esta falta está muy lejos de la acción culpable de que habláis.

—¡Ay de mí! Soy madre, y no veo nada más que la felicidad de mi hija. No pienso en el mundo, ni en sus leyes, y ninguna de mis palabras debe ofenderos.... Luisa es hermosa, tiene talento y es buena. ¿Qué importa su nombre?

—Yo espero que las intenciones del señor Clairvaux sigan siendo las mismas á pesar de todo.

—No parecéis muy convencido.... Os ruego, caballero, que si hay impedimentos materiales que se opongan á que mi hija siga llamándose Luisa Dubreuil, si necesitáis absolutamente decir quién es su madre, digáis lo que soy, no lo que he sido.

La llegada de Luisa evitó afortunadamente al señor Dubreuil una difícil respuesta.

La joven se precipitó en el salón con toda la impetuosidad é irreflexión de su edad, y exclamó, dirigiéndose á su tutor:

—¡Padre mío, el señor de Clairvaux y su hijo acaban de llegar!

Pero al momento inclinó la cabeza bajo una severa mirada del señor Dubreuil, á quien esta brusca entrada y este encuentro de la madre y de la hija contrariaban vivamente.

La joven balbuceó algunas palabras de excusa, y, muy ruborizada, se dirigió hacia la pieza

próxima al salón; pero antes de salir se atrevió á mirar á su madre, que la seguía con amorosos ojos; y sonriéndola con alegría, la designó á su novio, á quien ya se veía aparecer en el jardín.

—Caballero (dijo Leona); no puedo salir en este momento, porque sería imprudente. El hijo del señor de Clairvaux me conoce, y podría verme... Por favor, permitidme pasar á la habitación próxima á ésta, donde trataré de oír lo que va á decirse.... Pensad que de esta entrevista depende mi vida, y que sería una crueldad dejarme en la incertidumbre.

El señor Dubreuil reflexionó un instante. Después, abriendo la puerta de un gabinete que había al lado del salón, dijo á Lucía Aubré que pasara á él.

—Ojalá salga todo á medida de vuestros deseos, señora (la dijo); pero, os lo suplico, dominas, tened fuerza de voluntad. Os juro defender tan bien como vos pudierais hacerlo los intereses de vuestra hija.

## XII.

El señor de Clairvaux, después de haber hablado unos instantes con el señor Dubreuil del viaje que le había tenido algunos meses alejado de *Ville-d'Arroy*, abordó la cuestión del matrimonio, causa de tan diversas emociones en los diferentes personajes de este relato.

—Armando (dijo, riendo y señalando á su hijo) debe estar sobre ascuas, y de seguro que nuestra conversación sobre mi viaje le parece intempestiva en este momento. Me lanza miradas suplicantes para que cambie de asunto; así es, mi querido amigo, que os ruego me permitáis que le saque de penas, y vaya derecho al interesante motivo de mi visita.

—Por lo que me ha dicho ayer Armando (re-

plicó en seguida el señor Dubreuil), adivino vuestros proyectos, y, antes de dejaros continuar, debo aclarar un hecho que he ocultado hasta ahora, pero que tengo obligación de decir en el caso particular en que nos encontramos.... Luisa, cuya mano venís á pedir para vuestro Armando, no es mi hija.

Armando de Clairvaux no pudo contener un grito de sorpresa; pero su asombro aumentó aún cuando oyó que su padre respondía al señor Dubreuil.

—Conozco ese secreto. Uno de vuestros más antiguos amigos, que también lo era mío, el que me presentó á vos cuando compré la casa de campo próxima á la vuestra, me había confiado hace ya tiempo el misterio de que está rodeado el nacimiento de Luisa. Como veis, he sido reservado, pues á pesar de saber que mi hijo estaba enamorado de ella, nunca le he dicho nada.

—¿Y vuestras intenciones siguen siendo las mismas?

—Sin duda alguna, puesto que he venido con ese objeto.... Vuestra pupila es encantadora bajo todos conceptos.... El muchacho tiene buen gusto, á fe mía, y yo no hubiera escogido mejor si me encontrase en su edad.... En cuanto á Armando, á pesar de sus defectos, posee cualidades que sin duda habréis apreciado, mi querido

vecino. Los chicos se aman: hagámosles felices, si es que su dicha depende de nosotros... Hubiera preferido que mi hija política se llamase Luisa Dubreuil, pues ya sabéis en cuánto estimo vuestro nombre; pero el suyo será tan honrado como el vuestro, porque, según me han dicho, esa niña es hija de una amiga de vuestra mujer, que os la confió al morir. ¿Cómo se llamaba?

El señor Dubreuil estaba visiblemente conmovido. Sentía el error en que estaba el señor de Clairvaux, y no se atrevía á responderle.

El momento era crítico, en verdad, para un hombre de conciencia tan recta y de tan excesiva delicadeza como el señor Dubreuil, que en toda su vida no había cometido más que una falta, con objeto de alejar de su mujer la terrible melancolía que la mataba y de salvar su reputación comercial. Era esta falta la de haber aceptado un cargo que algún día podía colocarle en la difícil situación en que entonces se encontraba.

Por otra parte, el señor Dubreuil no ignoraba el alcance que iban á tener sus palabras y el cambio que iban á operar en las intenciones del señor de Clairvaux, y, á pesar de su frialdad aparente, sufría ante la idea del mal que iba á hacer, de los dolores, de las penas que iba á causar.

A pesar de luchar en su alma los encontrados sentimientos del deber y del cariño y la piedad, se repetía que era necesario contestar y desengañarle.

—No estáis completamente enterado, señor de Clairvaux (le dijo); la madre de Luisa no era una amiga de mi mujer!

—¿Eran tal vez de la misma familia?

—No, no eran de la misma familia, ni aún siquiera se conocían.

—¿Pero vos sí la conocéis?

—Sí..., era una mujer desgraciadísima.

—¡Ya lo creo! Morirse, siendo madre de una criatura tan pequeña como sería entonces Luisa, es una desgracia inmensa.

—Os equivocáis: no ha muerto,—dijo el señor Dubreuil, después de un momento de vacilación.

Armando y su padre se miraron asombrados.

—Entonces, es á su madre á quien debo dirigir mi petición.

—No; su consentimiento es inútil, porque no está casada.

—¿Cómo!... ¿Luisa es una hija natural?...

—Tened en cuenta, señor de Clairvaux (replicó el señor Dubreuil, interrumpiéndole), que el mundo ignora este secreto. Á los ojos de todos, Luisa tiene una familia y nombre honrado,

y sus virtudes no pueden ser puestas en duda.... Además, no debe hacérsela responsable de las faltas de su madre.

—No; pero no os extrañaréis que desee saber qué clase de mujer era.

—No, no puede extrañarme, y es mi deber deciros la verdad, aunque me sea muy doloroso.... La mujer de quien hablamos ha llevado en otro tiempo una vida.... ligera. Se la han atribuido más amantes tal vez de los que tenía. Ya sabéis cuánto se aumentan estas cosas; se añaden generalmente ceros á las unidades.

—Tenéis razón; pero si no hubiera unidades, los ceros no tendrían ningún valor.... (observó el señor de Clairvaux). No me falta ya más que preguntaros su nombre.... Tal vez no me sea desconocido.

—Se llama Lucía Aubré.

—¡Lucía Aubré! Efectivamente, me parece.... No, no es posible.... La que yo me había imaginado, tenía, hace unos quince años próximamente, gran fama por su belleza.... Era conocida por todo París; os la enseñaban adonde quiera que fuerais, y creo recordar que la habían puesto un apodo.... ¡Sí! ¡Leona!....; esto es....; pero, perdonad, porque no puede tratarse aquí de aquella mujer, que era conocida entonces como una de las más seductoras entretenidas. Para terminar, mi querido señor Dubreuil,

decidme qué posición ocupaba en el mundo la madre de Luisa.

Después de aquella pregunta terminante, todos guardaron silencio.

Armando había palidecido al oír el nombre de Leona.

Una duda terrible había invadido su espíritu. Comprendió que su felicidad dependía de la respuesta del señor Dubreuil, y esperó, temblando, conmovido, á que pronunciase su sentencia.

—Vuestros recuerdos no os engañan (dijo el banquero, después de haber hecho un violento esfuerzo sobre sí mismo). Aquella de quien hablamos, se llamó en otro tiempo Leona, y fué la mujer que vos conocisteis....; pero desde que nació Luisa ha expiado la pobre bien cruelmente sus faltas.

—¡Cómo! (exclamó bruscamente el señor de Clairvaux, levantándose.) ¿Pudisteis pensar que consentiría?...

—No he pensado nada. Vinisteis á pedirme para vuestro hijo la mano de Luisa: yo, cumpliendo con mi deber, os he dicho que no era mi hija.... Me habéis exigido el nombre de su madre, y os lo he dicho. No he hecho, pues, más que cumplir lo que mi conciencia me ordenaba: hubiera querido que Luisa fuera feliz, y creo que lo hubiera sido casándose con vuestro hijo.

—Perdonad todas mis indiscreciones (repli

có el señor de Clairvaux).... Os doy mi palabra de guardar el secreto; pero Armando deberá dejar de hacer visitas que, no habiendo dado el resultado apetecido, podrían llegar á comprometernos.... Creo que pensaréis lo mismo que yo, mi querido señor Dubreuil.

Este se inclinó, mientras el señor de Clairvaux, dirigiéndose á su hijo, que guardaba un doloroso silencio:

—Venid, Armando,—le dijo.

El joven no respondió; pero su padre, cogiéndole del brazo, se dirigió hacia la puerta.

Al volverse para saludar al señor Dubreuil, los ecos de una voz dulce y sonora llegaron hasta ellos. Era Luisa, que esperaba en su cuarto, y quería hacer ver á su prometido que pensaba en él, cantando la romanza que más le gustaba. ¡Qué lejos estaba la pobre niña de creer que toda su felicidad se había destruido!

En la disposición de ánimo en que se encontraba Armando, aquella canción le impresionó profundamente. Se detuvo para escuchar; después su energía ficticia le abandonó; sus nervios se dilataron, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su padre quiso arrancarle de allí; pero él se resistió.

—¡Por favor, dejadme un momento!.... (exclamó.) ¡Tal vez sea la última vez que me es permitido escucharla!

Ligero y alegre al principio el canto de Luisa, se hizo repentinamente triste. Hubiera podido creerse que participaba de las agonías de Armando, y que quería expresarlas en su canción. Después sus acentos se hicieron menos perceptibles, y su voz se extinguió.

El señor de Clairvaux se disponía á salir, cuando Leona apareció repentinamente.

## XIII.

Lucía Aubré, escondida desde hacía una hora en el próximo gabinete, sufriendo todas las emociones que aquella escena debía producirla, había pensado que ya no tenía ningún miramiento que guardar, y que podía sin imprudencia hacer el último esfuerzo por salvar á su hija.

Entonces levantó las colgaduras detrás de las que se ocultaba, y se lanzó al salón donde estaban Armando, su padre y el señor Dubreuil.

—¡Pero mi Luisa morirá! (exclamó con voz desgarradora.) ¡Por favor, deteneos, señores: escuchadme!... ¿Tenéis derecho para doblegaros así á las conveniencias sociales cuando se trata de la felicidad..., de la vida de una criatura de Dios?... La pobre niña ama con toda la fuerza de su primer amor, con un corazón ardiente y

Ligero y alegre al principio el canto de Luisa, se hizo repentinamente triste. Hubiera podido creerse que participaba de las agonías de Armando, y que quería expresarlas en su canción. Después sus acentos se hicieron menos perceptibles, y su voz se extinguió.

El señor de Clairvaux se disponía á salir, cuando Leona apareció repentinamente.

## XIII.

Lucía Aubré, escondida desde hacía una hora en el próximo gabinete, sufriendo todas las emociones que aquella escena debía producirla, había pensado que ya no tenía ningún miramiento que guardar, y que podía sin imprudencia hacer el último esfuerzo por salvar á su hija.

Entonces levantó las colgaduras detrás de las que se ocultaba, y se lanzó al salón donde estaban Armando, su padre y el señor Dubreuil.

—¡Pero mi Luisa morirá! (exclamó con voz desgarradora.) ¡Por favor, deteneos, señores: escuchadme!... ¿Tenéis derecho para doblegaros así á las conveniencias sociales cuando se trata de la felicidad..., de la vida de una criatura de Dios?... La pobre niña ama con toda la fuerza de su primer amor, con un corazón ardiente y

joven.... Si la abandonan, si la olvidan, ¿qué será de ella?... No tiene familia á quien confiar sus penas, ni nadie que la consuele, y tendrá que concentrar su dolor en ella sola, sufriendo doblemente.... No volverá á cantar como hace un momento, ni alegrará la casa en que todo se rejuvenece con su presencia.... Veréis palidecer su frente, desaparecer las rosadas tintas de su semblante y disminuir sus fuerzas....; ¡y morirá del mal que vosotros la habéis causado!

El señor de Clairvaux, sorprendido al principio por aquella salida inesperada, se había repuesto. Comprendía que estaba en presencia de aquella Leona que no quería admitir en su familia, y dos sentimientos muy distintos le asaltaban á la vez: el descontento que le causaba una escena que creía injustamente preparada de antemano, y la emoción que sentía á la vista de aquella madre que defendía á su hija con tanta pasión.

Pero cuando oyó que Lucía Aubré se dirigía á su hijo, y le decía: «¿Dejaréis morir á la que amáis? ¿Tendréis valor para desgarrar ese corazón, ese corazón en que habéis hecho nacer los primeros sentimientos de amor?»; el señor de Clairvaux temió que aquella elocuencia llegase á convencer á su hijo, ó á arrancarle una palabra imprudente, y creyó deber intervenir.

—Señora (dijo): no podéis cambiar las opiniones, las creencias y los fallos de la sociedad.

Pertenecemos al mundo, y obedecemos sus leyes sin discutir las, no sintiéndonos bastante fuertes para poderlas combatir. He dicho á mi hijo que ese matrimonio era imposible, y él comprende esta imposibilidad tan bien como yo. Permitid que nos retiremos, para evitarnos el espectáculo de un dolor que nos aflige profundamente, pero que no podemos evitar.

—Por favor, señora (dijo á su vez el señor Dubreuil): no insistáis. Es imposible decidir en un instante una cuestión tan grave, y es muy penoso para mí pensar que estos señores me creen quizás cómplice de esta escena.

Leona no escuchaba. Sentía con aquel instinto maternal, tan desarrollado en ella, que una vez que Armando saliera de la casa, aconsejado por su padre, renunciaría á Luisa; y al pensarlo, quería detenerle á todo trance; pero la pobre mujer carecía de la serenidad necesaria para defender una causa tan difícil. Sus ideas se confundían, y le faltaban expresiones. Comprendía con terror que no decía lo que hubiera querido decir. Sin embargo, ansiaba convencerlos, y no pensaba la infeliz que en su posición sólo la estaba permitido un papel suplicante, y era peligroso acusar; por eso aturdidamente dijo á Armando:

—Caballero: ¿no os acordáis ya de la promesa que me hicisteis la noche que os encontré con

mi hija en el pabellón? ¿No la debéis una reparación pública?

Y sin notar el asombro que estas palabras causaban al señor Dubreuil, Lucía Aubré continuó, dirigiéndose al señor de Clairvaux:

—Caballero, vuestro hijo ha contraído una deuda de honor con mi Luisa. Dejadle pagársela.

—Señora (respondió, ya de mal modo, el padre de Armando); no insistáis más sobre ese punto. He reprochado severamente á mi hijo esa acción culpable, que él mismo me confesó; pero podría muy bien no encontrarla tan censurable desde que....

Y se detuvo. Lucía Aubré había comprendido.

—¡Cómo! (exclamó.) Después de haber condenado á la madre, ¿acusáis á la inocente hija?

—Señora (exclamó el padre de Armando, animándose poco á poco); también yo tengo un hijo querido, y también tengo derecho á quejarme.... Le han dejado enamorarse locamente de una joven con quien no podía casarse.... Fascinado por la claridad del fuego, se ha aproximado á él sin tener conciencia del peligro que corría, hasta hoy, que le han advertido que se estaba quemando.

—¿Olvidáis que Luisa ha participado de esos mismos peligros, y que pueden ser mortales para ella?

—Vuestra hija, señora, escucha tal vez con

demasiada facilidad las palabras de amor, y consiente con mucha ligereza en asistir á las citas que le da un joven.

—¡Oh, padre mío! (dijo Armando.) ¡Qué mal hacéis al hablar así!

—Dejadle hablar, caballero (dijo Léona, con heroica resignación). Me estaba reservado este último castigo, y tengo que sufrirlo hasta donde mis fuerzas alcancen.

Y pronunció estas palabras con una expresión tan conmovedora, que el señor de Clairvaux sintió con toda su alma las que él había dejado escapar, y balbuceó para disculparse:

—Habéis comprendido mal, señora.... No he querido....

Leona no le dejó acabar.

—Soy culpable (dijo humildemente), y no debo, no puedo exigir, cuando sólo el ruego me está permitido.... He defendido mal los intereses de mi hija.... No os marchéis todavía, por Dios.... Aún no lo he dicho todo. Esperad un instante, y yo encontraré algo que pueda conmoveos y que me haga menos infeliz.... Os detenéis; gracias, gracias, señores.... Pero mis ideas se confunden....; quiero buscar, y mi cabeza se pierde.... Si os he hablado ya de que es posible la muerte de mi hija...., ¿qué más puedo deciros?

—¡Pobre mujer! —murmuró el señor de Clairvaux.

—¡ Ah! He oído decir «¡ pobre mujer! » (exclamó Leona.) ¿ Me compadecéis?... Pues tener piedad de mí, es tenerla de mi hija.... ¡ Oh! Reflexionad un momento.... ¿ Es culpa suya que yo no haya sido buena cuando ella no había nacido aún?... Porque desde que mi Luisa vino al mundo, os lo juro, he sido lo más honrada que he podido.... No ha consistido en mí que el nombre de Leona no haya podido olvidarse. ¡ Si supierais cuánto le he despreciado desde que fui madre!.... ¿ Por qué me llaman así y se acuerdan de mi pasado?... En cuanto á mi hija, me separé de ella muy niña para no mancharla con mi contacto, y jamás podréis comprender lo que esto me ha hecho sufrir. Se la confió á un hombre honrado, y ha hecho de ella un ángel, ¿ no es verdad?

Sus ojos estaban secos y brillantes; todo su cuerpo temblaba, y levantaba hacia los señores de Clairvaux las manos juntas, en actitud suplicante.

—Os he hablado de que podía morir mi Luisa (continuó dirigiéndose al padre); pero también vuestro hijo puede morir...., porque la ama....: él mismo me lo ha dicho muchas veces.... Tened cuidado; su salud es muy débil, y las grandes emociones tienen á veces resultados funestos.... ¡ Ah, señor de Clairvaux; cómo sufriríais si vuestro hijo único llegase á morir!....

Y se detuvo para tomar aliento.

—¡ Ah!.... Me había olvidado de deciros una cosa importante.... ¿ Dónde tengo la cabeza?... Teméis tal vez que si vuestro hijo se casa con mi hija, yo recobre mis derechos de madre, y me presente en vuestra habitación para ver á mi Luisa y para abrazarla.... No temáis; no tendréis que avergonzaros de mí; seguiré siendo una extraña.... Quien ha sufrido el tormento de no abrazarla durante diez años, tendrá valor para seguir sufriendo en adelante.... Sé dominar mis deseos y cumplir mis compromisos.... ¿ Estáis ya decididos? ¿ He logrado enterneceros?... ¡ Nada!.... No decís nada.... Pero responded, señores, por compasión.... ¡ Cuánto sufro! ¡ Me ahogo!.... ¡ Guardáis silencio!.... ¡ Qué crueldad!

Y como no podía hablar más, y temía que se marcharan, se dirigió hacia la puerta del salón, y se puso delante de ella con los brazos extendidos para impedirles salir.

Entonces apercibió á Luisa en el jardín, pues extrañando la joven que no la llamasen como esperaba, y no sabiendo qué sentido dar á las confusas exclamaciones que habían llegado hasta ella, había salido de su cuarto y atravesado la alameda situada enfrente del salón, esperando entrever por la puerta vidriera á los visitantes de su padre.

Más exaltada aún Leona al mirar á su hija,

quiso hacer una nueva tentativa para conmovier á sus jueces.

Antes que hubieran podido adivinar sus proyectos, se lanzó al jardín, corrió hacia donde estaba Luisa, y cogiéndola de la mano, la arrastró hacia el salón.

—Puesto que no me hacéis caso, dejaos enternecer por esta niña.... Miradla: ¿es menos angelical, es menos hermosa porque yo sea su madre?

Y estrechando entre sus brazos á la joven, que, confusa y aturdida, no sabía qué hacer, añadió con voz ronca:

—¡Sí, soy su madre!.... Por fin puedo proclamarlo en voz alta.... Esta frente tan pura, esta preciosa boca, estos ojos inocentes, son míos....; todo, todo me pertenece.... ¡Es mi bien, mi gloria, mi vida!

Y dirigiéndose á Luisa, la dijo con aquella especie de locura:

—Habla tú ahora.... Di á Armando: «Juro amaros tanto y haceros tan dichoso, que olvidaréis de quién soy hija.» Di á su padre: «Tendré para vos tantos cuidados y tantas consideraciones, os rodearé de tanta ternura y respeto, que nunca podréis arrepentiros de haberme introducido en vuestra familia.» ¡Pero díselo, Luisa mía; díselo tú, para que se convenzan! ¡Mira que es tu felicidad lo que pido, y que mi voz no hace mella en sus corazones!

Leona se detuvo para contemplarla.

—¡Qué! ¿Permaneces silenciosa? (exclamó.) ¿No quieres seguir mis consejos, ni mirarme?... ¿Piensas en otra cosa? ¡En él sin duda, ¡ingratal! ¡Acabas de encontrar á tu madre; te está estrechando en sus brazos, y la olvidas!

Después gruesas lágrimas se deslizaban una á una de sus ojos, y murmuraba frases incoherentes y sin sentido, que se dirigían tan pronto á Luisa como á los otros testigos de esta escena.

—Hija de mi alma (decía con voz dulce y suplicante). Quiéreme un poco. ¡Si vieras cuánto te quiero yo! Eres mi único cariño en la tierra; eres mi vida entera. Desde tu nacimiento, sólo vivo por ti y para ti. He pasado noches enteras á la cabecera de tu camita cuando en tu niñez has estado enferma.... Te he llevado en mis brazos, te he mecido, te he adorado...., y más tarde me he condenado al destierro para tu felicidad y tu porvenir.... He vivido devorada de inquietudes, y los insomnios, la fiebre y el pesar, han minado mi existencia.... Señores, yo he sido hermosa en otro tiempo, tan hermosa, que la gente se paraba para verme pasar. Cuando entraba en un baile, hacían círculo á mi alrededor.... Hoy no soy ni la sombra de lo que fui.... Tenía la salud mejor del mundo, y estaba fresca y sonrosada como esta santa y adorada niña.... Miradme: ahora estoy pálida, no puedo dormir,

y sufro palpitaciones de corazón que me matan... Es el pesar, los temores continuos, mi amor por ti, Luisa mía, que me consume... Señores, una palabra, una sola palabra, y caeré á vuestros pies y os bendeciré eternamente.

Y se echó á reír á través de sus lágrimas.

—¡En verdad que estoy loca! ¿Por qué rogar así? ¿Qué es lo que pido?... Ya no me acuerdo... ¡Ah! Sí, un marido para mi hija... ¿Y para qué?... Para protegerla... ¿Protegerla?... ¿Pues no estoy yo á su lado? ¿Dónde habrá mejor protector que yo para hacer que la respeten y sea dichosa?... Señores, podéis marcharos... Ya no nos hacéis falta... ¿Qué más te da esta casa que otra cualquiera, Luisa mía? Iremos á vivir á otra parte..., te llevaré donde tú quieras. Tendrás magníficos muebles, una alcaoba blanca como la nieve, y un piano..., un piano como tú le escojas... Podrás cantar todo el día. No será tu madre la que te mande callar, te lo aseguro; al contrario, haré el silencio á tu alrededor para poder escucharte con afán. Tendrás un jardín con flores y pájaros... ¿Quieres? Viviremos juntas; no nos separaremos jamás. Serás mucho más feliz que aquí... No quieras á esos, que son malos... Me queda poco tiempo de vida, y pronto serás libre; pero, entretanto, ten piedad de tu madre. ¡Hija mía, hija querida; ten piedad de mí!

Imposible sería dar una idea exacta de su

acento, de su mirada, de sus gestos y de sus ahogados gritos. Torcía y retorcía sus manos, y bebía sus lágrimas al hablar. Sus fuerzas se habían concluído, y su voz iba apagándose poco á poco. Sin embargo, aún repitió algunas veces á largos intervalos y como maquinalmente:

—¡Hija mía, ten piedad de mí!

Después cayó postrada sobre una butaca, y dejó de oírse.

Luisa, pálida y temblorosa, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Aquella pasión que se manifestaba por transportes de locura, aquella escena tan inesperada y aun incomprensible para ella, le espantaba en lugar de enternecerla. Al querer hacer amar, Leona se había hecho temer.

Un solo pensamiento se presentaba distintamente á Luisa: al encontrar á su madre había perdido á su prometido.

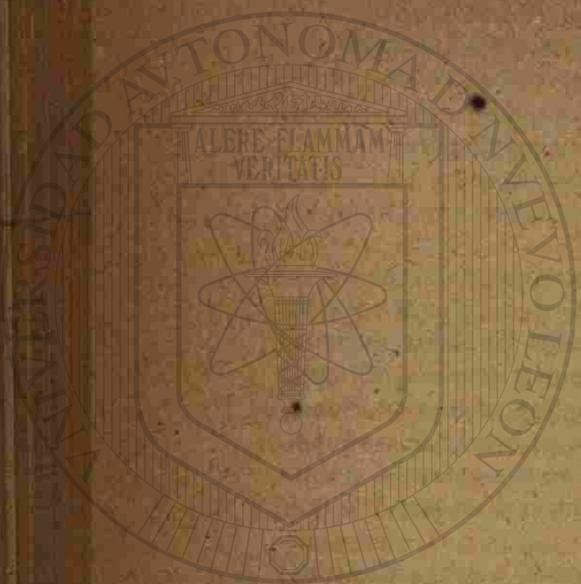
De pronto la desgraciada Lucía Aubré hizo un movimiento, se incorporó á medias, y mirando á su hija, la gritó:

—¡Tu mano! ¡Dame tu mano!

Después volvió á caer, desfallecida y con las fuerzas agotadas.

Luisa se hincó de rodillas á su lado, y la tendió la mano.

La pobre madre la llevó á sus labios, y quedó abismada en aquel beso, no dando ningún otro signo de vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV.

Lucía Anbré, á quien el señor Dubreuil había llevado á su casa casi moribunda, se levantó de la cama, pero no salió de su alcoba, al día siguiente.

Aun cuando todavía estaban en verano, mandó encender un gran fuego en la chimenea, donde, helada por la fiebre, trataba inútilmente de calentarse.

Nunca se había sentido tan enferma de cuerpo y de alma : había visto desvanecerse en un solo día los sueños tanto tiempo acariciados, y despreciaba ahora la existencia . atreviéndose á concebir seriamente ideas de suicidio, que otras veces había desechado, considerándolas como quimeras en las cuales no se debía pensar.

Hacia las cinco de la tarde, su doncella la

presentó una tarjeta satinada, en la cual se leía el nombre del conde Orchamps, y estas palabras escritas con lápiz: «Servíos recibirme: se trata de los habitantes de *Ville-d'Arroy*.»

Tan abatida estaba Leona, que estas líneas, que días antes la hubieran hecho estremecer, ni siquiera la impresionaron.

—Que pase,—dijo con naturalidad.

—Vengo á hablaros (dijo el Conde, después que se hubo sentado frente á ella) de cosas graves, y que os tocan muy de cerca. No andaré con rodeos... Entre mis cualidades, poseo una tenacidad de carácter que ya habréis podido conocer, y de la que voy á daros una nueva prueba concluyente... Os he amado mucho...; á mi manera..., convengo en ello. Parece que no debía ser la mejor, puesto que nunca he conseguido agradaros... Vuestros rigores no han hecho más que aumentar mi amor, y me han impulsado á actos, censurables tal vez, pero que vos perdonaréis, teniendo en cuenta el sentimiento que me ha guiado... Así es que, por medio de deducciones ingeniosas, he llegado á saber que la señorita Luísa Dubreuil, novia de Armando Clairvaux, era la niña educada secretamente en las cercanías de París. La escena que pasó ayer en *Ville-d'Arroy* me ha sido referida en parte por Armando, á quien he sabido conquistar para que me tomase por íntimo confidente... He visto

que la partida jugada por vos durante tantos años con tan admirable perseverancia, estaba perdida. Entonces me ha ocurrido una idea...; pero creo que no me escucháis.

—Os escucho con la mayor atención, por el contrario (respondió Lucía Aubré); pero estoy enferma, y sin duda por eso os pareceré distraída.

—De vos depende (continuó Orchamps) que vuestras penas se conviertan en alegrías, y que se asegure para siempre el porvenir de vuestra hija, y además, como una consecuencia, el nuestro. El señor de Clairvaux no quiere que Armando se case con la señorita de Dubreuil, porque es una niña de quien se ignora hasta el nombre de su padre, y porque vos, que aseguraréis ser su madre, os llamáis Leona... ¿Es esto cierto? Pues nada más fácil que cambiar la situación... Casaos conmigo. Yo reconoceré á Luísa como hija mía, y vos no os llamaréis ya ni Leona ni Lucía Aubré, sino la condesa de Orchamps... Muchas veces se ven matrimonios parecidos, y nadie extrañaría el nuestro... El señor de Clairvaux vacilará al principio; pero estad segura de que cederá á las instancias de su hijo... Encontraréis en la unión que os propongo el medio de que se realicen vuestros más ardientes deseos...; y, en cuanto á mí, me conviene bajo todos conceptos.

Cuando el Conde se despidió de Leona, después de haber expuesto cínicamente todas sus ideas y proyectos, parecía ésta menos abatida.

Una nueva esperanza penetraba en su corazón. Le quedaba todavía un sacrificio que hacer para la felicidad de su hija, y ya no pensaba en la muerte.

XV.

Cuando fueron á decir al señor de Clairvaux que ya no era la hija de Leona la que pretendía casarse con su hijo, sino que Luisa tendría un nombre, y el matrimonio del conde Orchamps y de Lucía Aubré legalizaría, legitimaría su situación: «Podrá ser en la alcaldía, sobre las actas del estado civil (respondió el padre de Armando); pero para la sociedad á que pertenezco, y de la cual dependo, Lucía no será nunca más que la hija de Leona. No tengo derecho para hacerla entrar en mi familia; debo respetar el nombre que llevo, que llevan los míos, y nunca consentiré en el matrimonio que se obstinan en hacerme aceptar».

Cuando el Conde se despidió de Leona, después de haber expuesto cínicamente todas sus ideas y proyectos, parecía ésta menos abatida.

Una nueva esperanza penetraba en su corazón. Le quedaba todavía un sacrificio que hacer para la felicidad de su hija, y ya no pensaba en la muerte.

XV.

Cuando fueron á decir al señor de Clairvaux que ya no era la hija de Leona la que pretendía casarse con su hijo, sino que Luisa tendría un nombre, y el matrimonio del conde Orchamps y de Lucía Aubré legalizaría, legitimaría su situación: «Podrá ser en la alcaldía, sobre las actas del estado civil (respondió el padre de Armando); pero para la sociedad á que pertenezco, y de la cual dependo, Lucía no será nunca más que la hija de Leona. No tengo derecho para hacerla entrar en mi familia; debo respetar el nombre que llevo, que llevan los míos, y nunca consentiré en el matrimonio que se obstinan en hacerme aceptar».

El señor de Clairvaux persistió mucho tiempo en estas ideas y en esta distinción del padre de familia que defiende el honor de su nombre y de su vida; pero Armando era demasiado joven; sobre todo, estaba demasiado enamorado para pensar como él. Á los razonamientos de su padre oponía otros que también tenían su valor. Decía que cuando se trata de la felicidad de toda la vida, era preciso no tener tan en cuenta la opinión del mundo, arreglar la existencia para sí y no para los extraños, y que ciertas conveniencias, muy respetables sin duda, no merecían, sin embargo, que se las sacrificase la vida.

Al defender Armando su causa, estaba elocuente, arrebatador: suplicaba á su padre con lágrimas en los ojos y voz conmovedora. El joven no hacía ninguna alusión á las disposiciones de la ley que permiten á un hijo á cierta edad casarse sin el consentimiento de su padre, sino que, por el contrario, decía siempre que jamás se casaría contra la voluntad del señor de Clairvaux; pero añadía en voz baja, muy baja, aunque bastante alta para que su padre lo oyese: «Me moriré ó me mataré, si no me caso con ella». Su amor combatido había llegado á ser una pasión dominante. Los obstáculos y resistencias, en lugar de abatirle, le habían dado un indomable valor. Su carácter, antes ligero, había sufrido una com-

pleta metamorfosis; á la debilidad había sucedido la fuerza.

El señor de Clairvaux vió por fin que nunca conseguiría convencer á su hijo. Entonces se espantó. ¡Llegaría á perder á su Armando! Cada día que pasaba le veía palidecer y desmejorarse.... En su desesperación, en un momento de locura, podría matarse.... Los amores contrariados tienen á veces por desenlace catástrofes de ese género.

Al mismo tiempo supo por el señor Dubreuil que Luisa sufría también y que su salud se había alterado mucho. Entonces el padre de Armando no pudo menos de pensar en la doble responsabilidad que asumía persistiendo en lo que él creía recto y honrado.

Por fin, la opinión del mundo, como él decía, no le pareció tan hostil contra aquel matrimonio como en un principio había creído.

Algunos amigos suyos, que lo eran también de Desobry y Nanteuil, y á los que estos habían pedido su concurso para ayudar á su antigua amiga Lucía Aubré, hicieron saber al señor de Clairvaux que Luisa estaba perfectamente educada, que ignoraba las faltas de su madre, y que aquella misma madre hacía muchos años que no daba lugar á que nadie tuviera que hablar de ella, porque durante su estancia en el extranjero había hecho una vida irreprochable.

Entonces el señor de Clairvaux, cercado por todas partes, sin fuerzas para luchar, y temiendo por la vida de su hijo, acabó por consentir en el deseado matrimonio....; pero con una restricción, con una sola condición: la de que Luisa no había de llevar dote.

## XVI.

Pero si el señor de Clairvaux separaba todas las cuestiones de dinero, en cambio el conde de Orchamps se guardaba muy bien de tener la misma delicadeza, y permitía que en un contrato muy en regla le reconociese Leona la mayor parte de su fortuna.

Lucía Aubré hizo este contrato sin vacilación ni sentimiento. Nunca le parecía demasiado caro el precio de la felicidad de su hija. Además, ¿qué necesidad tenía ahora de ser rica, si los Clairvaux estaban resueltos á no tomar nada que viniese de ella?

Una vez arreglados los asuntos de intereses, se decidió que el matrimonio del conde de Orchamps y de Lucía Aubré precedería algunos días al de su hija, y tendría lugar discreta y

silenciosamente, al amanecer, en una capilla aislada, y sólo en presencia de cuatro testigos.

Cumplidas estas formalidades, Lucía Aubré volvió á su casa, como si nada hubiese sucedido de nuevo ni de extraordinario en su vida.

Pasó todo el día sola, y sin apercibirse para nada de la ausencia de su marido, que había desaparecido después de la ceremonia. Se dedicó por completo á su hija, ó más bien á su recuerdo, pensando en ella, en ella sola, y regocijándose con la idea de la felicidad que aguardaba á aquella niña adorada.

Hacia las once de la noche, con el espíritu tranquilo, pero con el cuerpo fatigado, se retiró Leona á su tocador, se desnudó, se puso un peinador, desató sus cabellos, y ya iba á entrar en su alcoba, cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta.

Leona volvió la cabeza.

—Entrad,—dijo, creyendo hablar á su doncella.

Pero la puerta se abrió, y apareció el conde de Orchamps.

Se adelantó con la sonrisa en los labios, é inclinándose delante de su mujer, cogió una de sus preciosas manos, y la besó galantemente, diciendo:

—Os pido mil perdones, Condesa, por volver á vuestro lado tan tarde. Algunos asuntos que

necesariamente tenía que arreglar, me han detenido bien á pesar mío; pero desde ahora os pertenezco por completo.

Leona no respondió, intimidada por aquella amabilidad, que la hacía experimentar un doloroso presentimiento.

Orchamps la miraba atentamente, cuando de pronto, aproximándose á ella:

—¡Qué hermosa estáis!—la dijo.

Y no era aquél requiebro un cumplimiento, una galantería; era la verdad.

Nadie habría dicho que Leona tenía cuarenta años: sus delicadas y correctas facciones habían conservado toda la pureza de sus líneas, los ojos toda su brillantez, los rojos labios toda su incitante sensualidad. Sus largos cabellos negros caían vaporosos sobre sus espaldas, perfectamente modeladas. Á través del peinador, que no había tenido tiempo de abrochar, entre los pliegues de una camisa de fina batista, aparecía un pecho admirablemente formado, á pesar de su gran desarrollo; un talle encantador que el tiempo había respetado, y un cuerpo de diosa, eternamente joven y hermosa, constituían las seducciones de Leona.

Al ver aproximarse al Conde, retrocedió instintivamente hacia un rincón del gabinete, y, después de haberse abrochado el peinador, le dijo:

—Señor Conde, estoy algo enferma y muy fatigada; por lo cual os agradecería mucho que os retiraraís.

—¿Adónde queréis que me retire, Condesa? (preguntó sonriendo.) ¿No es esta la cámara nupcial, en la que debo reunirme á vos?... ¿Habéis olvidado que nos hemos casado esta mañana?

—No, no lo he olvidado (respondió); pero vos sabéis bien por qué nos hemos casado, cuál era nuestro objeto.

—¿Nuestro objeto? Pues el de todas las personas que se casan: vivir juntas; ser una de otra.

—No, señor Conde, no. Nosotros, al casarnos, no hemos hecho más que un negocio cada uno.

—¿Un negocio! ¡Oh, qué palabra tan fea en una boca tan bonita!... En cuanto á mí, os juro que no he hecho ninguno.... No he pensado más que en mi felicidad.... Ya sabéis que os amo desde hace mucho tiempo.... Habéis sido muy cruel conmigo, y al pensar que el matrimonio os haría más cariñosa, menos esquiva, os ofrecí mi nombre.

—Sí; pero en cambio de vuestro nombre, yo os he dado una fortuna.

—Nada es para mí vuestra fortuna sin vos.

—Pues, aunque así sea, estoy completamente decidida: el matrimonio no cambiará en nada nuestras relaciones.

—Perdonad: espero que serán mucho más íntimas.

Y, acercándose bruscamente, la cogió las manos.

—¡Dejadme! ¡Dejadme!—exclamó:

—¡Jamás!... ¡Eres demasiado hermosa!

Y, acercando su rostro al de ella, la envolvió en una ardiente mirada.

—Era necesario que me casara contigo para que fueras mía; lo he hecho, y lo serás,—la dijo.

Leona trató de alejarse inútilmente.

El Conde, acercándose la más y más, continuó diciendo:

—¿Has creído que sólo me casaba contigo por tu fortuna? Estás equivocada; me hubiera casado contigo aunque no la tuvieras.... Aunque fueras pobre, habría tratado de ser tu marido, si no conseguía ser tu amante.... ¡Ah! ¿Has pensado que el tiempo puede apagar un amor como el mío, ó acallar mis vehementes deseos? No; tu hermosura me tiene embriagado comb el primer día que te ví; más aún, porque mi afán ha crecido con los años que han transcurrido sin poseerte.... Te deseo con todos mis sentidos largo tiempo reprimidos.... Te quiero, porque soy el único hombre á quien no has querido.... Se renuncia á ciertas mujeres fáciles; pero á las que se resisten, no puede renunciarse. El amor pro-

pio, el despecho, la cólera, el orgullo, la vanidad, se aunan y hacen una pasión de lo que en un principio no era más que un capricho. Se dice uno así mismo: «Ha sido de otros; ¿por qué no ha de ser mía?...» ¡Ah! ¡te hieren mis palabras!... ¿Querías olvidar tu pasado? ¿Por qué entonces me obligas á recordártelo? Ha sido necesario que te explique la causa de mi matrimonio, mi pasión, mi locura y mi inquebrantable voluntad de ser esta noche misma tu marido.

—¿Y qué haréis si me opongo?

—Haré que seas mía á la fuerza.

—Probad (dijo Leona enérgicamente, sin reflexionar que su energía iba á exaltar más aún la excitación del Conde). ¿Creéis que podríais con una mujer como yo, que sabe defenderse? Si lo hubierais creído, ya habríais tratado de vencerla hace mucho tiempo.

De repente el Conde la soltó las manos, y se alejó de ella.

Pero como ella sonriese con el triunfo, felicitándose por haberle alejado con su desdén, la dijo:

—Tenéis razón. La fuerza podría no dar resultado, y, en todo caso, sería ridícula siendo vuestro marido. Es preciso buscar otro medio de vencer vuestra resistencia, y creo haberle encontrado ya... Ó sois mía esta noche misma..., ú os juro que me opondré al matrimonio de

vuestra hija con Armando de Clairvaux.... Tengo sobre ella todos los derechos de un padre desde el momento que la he legitimado, reconociéndola como hija mía en el acto de nuestro matrimonio. Si lo dudáis, podéis leer el artículo 331 del Código civil.

—¡Qué infamia!—murmuró Leona, pálida de rabia.

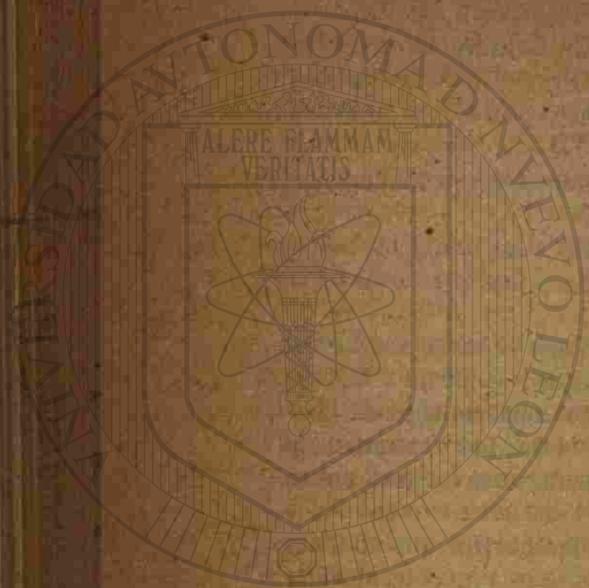
—Yo soy capaz de todas las intamias, con tal de poseerte.... Ya ves....; ¡he llegado hasta casarme contigo!

Leona inclinó la cabeza al oír aquel insulto. Después, rehaciéndose, se dirigió hacia la alcoba, y entró, dejando la puerta abierta.

Acababa de vencer todas sus repugnancias.

La mujer se sacrificaba todavía ante sus deberes de madre.

¡No era este su menor castigo!



XVII.

Para no herir ninguna susceptibilidad, Leona, aunque ya era condesa de Orchamps, se abstuvo de ver á su hija durante los pocos días que mediaron entre los dos matrimonios. Además, hizo saber al señor Dubreuil que no tenía intención de asistir á la iglesia ni á la alcaldía el día de la celebración.

Cuando comunicaron esta resolución al señor de Clairvaux padre, respondió que él no exigía semejante sacrificio, y que aceptaba francamente la situación. La condesa de Orchamps podía acompañar á su hija á la iglesia y sentarse á su lado. Leona dió las gracias al señor de Clairvaux; pero declaró que no cambiaría en nada sus proyectos, y que mantenía su primera determinación.

El día del casamiento llegó. Después de haber dormido apenas, Lucía Aubré se levantó temprano. Quería vivir con el pensamiento fijo solamente en su hija. Quería verla á través del espacio que las separaba, y se decía:

—En este momento está haciendo su última oración de soltera, y pide á Dios que bendiga su matrimonio. Ahora está examinando su traje de desposada, y sonríe... Ahora va á ponérselo... ¡Ah! ¡si yo pudiese ayudarla á vestirse, me parece que estaría aún más bonita, más seductora!

La hora se iba acercando, y Leona la veía ya con su vestido de larga cola, resplandeciente de blancura y de pureza, como la casta frente de la que le llevaba. Trataba de leer en aquel corazón, y decía:

—¿Encerrará un pensamiento para mí?

El matrimonio debía celebrarse á las doce, y serían las once cuando Leona oyó que llamaban en su casa.

¿Quién se atrevía á turbar su tranquilidad en día como aquel?... Quizá Nanteuil ó Desobry, que habían pensado que sería feliz un rato hablando de su hija con sus únicos amigos; pero de pronto la puerta se abrió, y apareció el señor Dubrenil dando el brazo á Luísa.

—Aquí os la traigo (dijo el Banquero). Tenéis media hora que aún falta para la ceremonia, y ese tiempo podéis estar juntas... Os dejo, por-

que me esperan en la iglesia y tengo algunas instrucciones que dar.

Leona no podía hablar, porque la alegría la sofocaba; pero hizo un esfuerzo, y trató de murmurar algunas palabras de agradecimiento.

—No me déis las gracias á mí (replicó el señor Dubrenil, mostrando á Luísa). Ha sido idea suya.

Y salió, dejándolas solas.

Algo intimidada, turbada, nerviosa, y con el pensamiento y el corazón puestos en aquél con quien pronto iba á unirse para siempre, la joven permanecía inmóvil y silenciosa en medio del salón, ataviada con su blanco traje de novia.

Silenciosa también la contempló su madre con admiración y con respeto. Después, en un arranque de amor maternal, corrió hacia ella, y la cogió en brazos.

—¡Tened cuidado!—dijo Luísa, tratando de sustraerse á aquellos transportes, y pensando en su precioso traje de desposada, que su madre podría arrugar y estropear.

—Es verdad (dijo Leona tristemente). No me acordaba.

Y al mismo tiempo se volvió para enjugar una lágrima que las palabras y la actitud de Luísa habían hecho subir desde su corazón hasta sus ojos.

Leona no se hacía ilusiones; comprendía que

aquella niña no podía corresponder á su inmenso cariño. Luisa la conocía solamente desde aquel día en que, atravesándose en su camino, la gritó: «Soy tu madre». Y á estas palabras se habían desvanecido los dorados sueños de la joven: desde que las oyó, obstáculos insuperables se elevaron entre ella y Armando... ¡Aquella recién venida, sólo la llevaba decepciones y sufrimientos! ¡Ah! Pero Luisa ignoraba lo que su desgraciada madre había sufrido por ella, y nadie la había dicho: «Si hoy te casas con el hombre amado, si vas á ser feliz, lo debes á las súplicas, al amor de tu madre, á sus esfuerzos y á sus sacrificios de todas clases».

Luisa, sin embargo, sentía todo esto, lo adivinaba, y amaba por instinto á aquella mujer que tanto parecía adorarla; pero en aquel momento su imaginación estaba completamente fija en la ceremonia que la esperaba, en el solemne acto que iba á realizar, y en su amor por Armando, que apagaba todas las demás afecciones.

La condesa de Orchamps se había sentado, para no volver á caer en la tentación de abrazar con demasiada viveza á su hija, y la miraba, con la espalda encorvada, los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos.

Luisa seguía siempre en pie, no atreviéndose á sentar por no arrugar la hermosa tela de su vestido.

—Llevas un traje elegantísimo, Luisa mía. ¿Quién te ha dado tan ricos encajes?

—Es el regalo de boda del señor Dubreuil.

—¡Ah! Son magníficos.

Y pensaba: «Su madre no se ha atrevido á regalarla nada.»

Siempre con los ojos fijos en ella, la preguntó:

—¿Qué pensáis hacer después que se acaben las ceremonias de la boda?

—Iremos á almorzar á casa del padre de Armando; pero sin ningún cumplimiento, en familia.

¡En familia! ¡Qué cruel era aquella palabra, dicha con tanta naturalidad!

—¿Y luego?

—Partiremos para Italia.

—¿Solos?

—Sí, los dos.

—Esta es la regla general, pensó Leona. Todas las madres tienen que sufrir que un extraño se lleve á la hija querida de que nunca se han separado ni un minuto. Las demás no se quejan; ¿por qué he de quejarme yo?

Sin embargo de esto, no pudo menos de decir:

—¿Y ya no te veré?

—Vos tenéis la culpa (dijo Luisa, sonriendo tímidamente). No habéis querido pasar el día con nosotros, ni asistir á nuestro matrimonio.

—Sí, sí, es verdad; pero no podía, no debía...

Te aseguro, hija de mi alma, que no debía. Y con lágrimas en los ojos dijo tristemente, volviendo á su idea fija:

—¿De modo que ya no te veré?

—A menos que no vuelva yo... esta noche... antes de partir,—dijo Luisa en voz baja, y como si temiese haber avanzado demasiado, y que no la dejasen volver.

Su madre la comprendió, y dijo con precipitación:

—No, no; no vuelvas; no tendrás tiempo... Podrías deshacer los proyectos de tu marido... Entrégate hoy por completo á tu felicidad.

—¿Estáis llorando?—dijo Luisa, aproximándose.

—No..., no hagas caso...; no es nada.

Y al mismo tiempo la estrechaba las manos y la miraba con delicia.

—¿Qué bien están las flores de azahar en tus cabellos!... ¡Te encuentro adorable así!... ¡Qué distraída estás! ¡Oh!, pero no te censuro: es muy natural... Sólo algunos minutos han transcurrido, y me han dado media hora. Soy tan feliz al verte en mi casa, donde ya nunca volverás..., en la que jamás te he de ver...

—¡Oh! ¿Por qué?

—Porque te vas..., y yo también pienso hacer un viaje muy largo... Pero tienes el velo mal colocado. Ven, te lo arreglaré yo.

Y se detuvo mucho tiempo en colocarla el velo, para mirarla más de cerca y para sentirla á su lado. Después, inclinándose con mucha precaución, la besó en la frente.

Luisa no volvió aquel beso, como su madre acaso esperaba. Entonces Leona, á pesar de su resignación, no pudo menos de murmurar:

—¡Ah! ¡Qué indiferente eres conmigo!

Y añadió, animándose y hasta mostrándose irritada:

—Si no puedes quererme, fíngelo, ó, por lo menos, trata de hacérmelo creer en estos cortos instantes... Sufro horriblemente al verte así... ¡Ah! Tú no lo comprendes, no lo puedes comprender...; pero si algún día tienes hijos... y te rechazan... y son insensibles á tus caricias..., ¡ya verás, ya verás!... Pero esto no es posible. Tus hijos estarán siempre contigo, y te adorarán. No te verás forzada á separarte de ellos como yo... ¡Ah, hija mía, hija mía!... ¡Hazme feliz aunque no sea más que un momento!... ¡Mira que soy tu madre!... Yo no he conocido á la mía, y también ese cariño me ha faltado. Nadie ha guiado mis primeros pasos en la vida. Nadie me ha dicho: «Este es el bien y este es el mal»; nadie me ha querido... ¡Qué infancia la mía y qué juventud!... No he sido nunca feliz hasta el día en que tú naciste, Luisa mía...; pero apenas comenzabas á andar, á reconocerme

y á tenderme tus bracitos, me vi obligada á separarme de ti, á confiarte á los cuidados de otros, y á ocultarte que era tu madre....; y hoy, hoy que puedo llamarte «hija mía!» y abrazarte, no me devuelves mis besos, y no puedo conseguir que me quieras.

—¡Madre mía, madre mía!—dijo Luisa, con voz sofocada y cogiéndola las dos manos.

—¡Ah...., gracias, gracias!.... Has tenido un buen movimiento.... Pero estás llorando, mi amor.... ¡Oh, no por Dios!.... ¡En un día como este...., yo misma hago llorar á mi hija!

Y enjugaba los ojos de Luisa sonriéndola, para hacer asomar la sonrisa á sus labios.

—No llores, mi bien (decía). No quiero que esos hermosísimos ojos tengan hoy las huellas del llanto.... ¿Qué dirá tu prometido, tu marido?

El ruido de un coche que se detenía ante la puerta se dejó oír.

—¡Ah! (exclamó Leona con angustia.) ¡Es el señor Dubreuil, que viene á llevarse mi felicidad!

Entonces cogió las manos de su hija, y dijo con voz tierna y suplicante:

—Mi emoción es más fuerte que yo.... No puedo acostumbrarme á la idea de que no te volveré á ver.... Antes me has dicho que tal vez vendrías luego.... ¿Me prometes tratar de hacerlo así?

—Sí, os lo prometo.

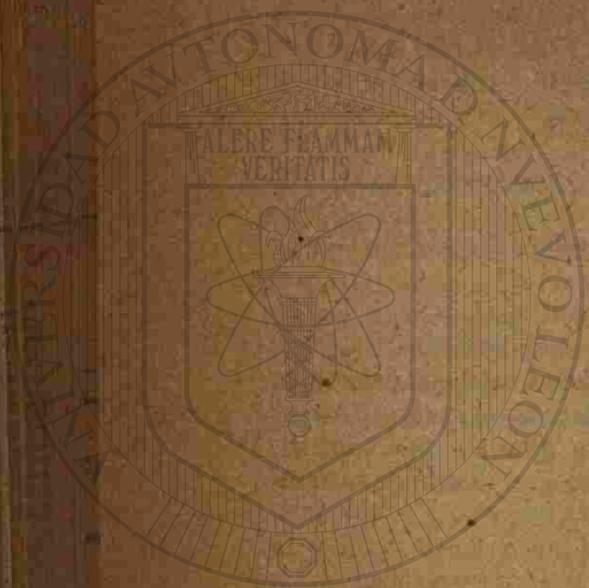
—Bien, bien; eso me basta.... Lo conseguirás de seguro.... Armando no sabrá rehusarte nada en este día.... Le dices, para convencerle, que yo también voy á partir por mucho tiempo.... Para siempre tal vez....

—¡Oh!....

La puerta se abrió, y apareció el señor Dubreuil.

—¡Lleváosla, lleváosla pronto (gritó Leona), que mi valor se acaba!

Y salió precipitadamente del salón, antes que Luisa y el señor Dubreuil tuvieran tiempo de despedirse de ella, yendo á refugiarse á su habitación, donde se dejó caer en una butaca y estalló en sollozos.



XVII.

Media hora después, el reloj de la alcoba de Leona daba las doce.

—Ahora entra en la iglesia,—dijo la infeliz, enderezándose bruscamente, al salir de su arrojamiento.

Entonces un deseo invencible de verla y de asistir á la ceremonia se apoderó de ella.

—Me confundiré entre la multitud. Me esconderé. Nadie me conocerá yendo bien tapada; pero quiero verla, quiero verla.

Llamó, y mandó que fueran á buscarla un coche; se echó sobre los hombros una manteleta obscura y se puso un sombrero negro, con un velo que la cubría parte del rostro.

— Cuando vinieron á avisarla que el carruaje esperaba á la puerta, estaba ya dispuesta, y se lanzó corriendo por la escalera.

Algunos minutos después llegaba á Saint-Roch, donde tenía lugar el matrimonio.

La misa había empezado, y la iglesia estaba llena de gente.

Leona no quiso entrar en la nave central, porque algún invitado hubiera podido reconocerla, y siguió el costado de la izquierda, que conduce á la sacristía. Rodeó después el altar mayor, y cuando se volvió, se encontró frente á los novios. En esta posición podía verlos perfectamente, detrás de la balaustrada y confundida entre algunos curiosos.

Luísa estaba arrodillada, y parecía orar con gran devoción. Al verla, Leona se arrodilló y rezó también. ¡Ah! ¡Aquella oración ferviente de una gran pecadora arrepentida y purificada por el amor maternal, debió llegar hasta Dios!

Cuando levantó la cabeza, Luísa estaba mirando hacia aquel lado. Se hubiera dicho que la estaba viendo, que la adivinaba, que una corriente de misteriosa atracción se establecía entre las dos, y que la sentía á su lado.

El sacerdote bendecía á los esposos; las campanas sonaban, el órgano dejaba oír una música dulcísima, y el incienso subía como mensajero de las plegarias que los fieles dirigían á Dios. En aquel momento, la cándida doncella, convertida en una mujer casada mediante algunas oraciones y palabras, se prosternó de nuevo; y su ma-

dre, arrodillada enfrente de ella, se abismó con todo su ser en el ruego más tierno y que con más ardiente afán puede hacer una mujer; en el de la felicidad de su hija.

Un gran movimiento se produjo en la iglesia.

Todos los curiosos se agolparon al sitio donde estaba Lucía Aubré, colocándose delante de la puerta que conduce á la sacristía, para ver pasar mejor á los recién casados.

Al mismo tiempo, en el coro se oían cuchicheos, y en la iglesia el movimiento de sillas de los que iban dejando sus sitios, y los saludos en voz baja de los invitados.

Todas las campanas tocaban á un tiempo, y por la gran puerta de la iglesia, que estaba abierta de par en par, penetraban alegres rayos de sol. Á los graves acordes del órgano habían sucedido los ruidosos repiques de las campanas.

También Lucía Aubré se colocó al lado de la puerta de la sacristía, pero en segunda fila; bastante cerca para ver, y bastante lejos para no ser vista.

Su hija se acercaba, precedida por el suízo, que hacía sonar su gran bastón sobre las losas de la iglesia.

Luísa andaba con timidez, un poco pálida y conmovida, pero siempre encantadora y graciosa como una hada.

Á su paso un murmullo de admiración se

despertó en derredor, y Leona oyó por todas partes estas palabras: «¡Qué preciosa es la novia!... ¡Qué gracia y qué distinción!... ¡Mirad qué bien vestida está!... ¡Parece una reina!... ¡No se ven todos los días novias como ésta!»

¡Aquella que todos alababan así, era su hija! ¡Su hija, á quien todo el mundo envidiaba! ¡Su hija, que acababa de entrar en una familia honrada, que llevaba un nombre respetado! ¡La hija de la pobre Leona se llamaba la señora de Clairvaux!

¡Ah! ¡ahora sí que no sentía haberse separado de ella, haberla educado en secreto, haberse escondido en la sombra para ponerla en la luz! ¡Cuánto se alegraba de todos sus sacrificios!

Cuando Luisa pasó á su lado, la miró y sonrió. ¿La había visto? Leona lo creyó, ó quiso creerlo, y entonces, completamente satisfecha, casi gozosa, orgullosa de aquel matrimonio, orgullosa de su hija, y orgullosa de sí misma por haber cumplido con sus deberes hasta el fin, se perdió entre la multitud, salió de la iglesia, y entró en su casa.

## XIX.

La pobre madre esperó ansiosa y anhelante. ¿Vendría Luisa? ¿Se lo permitiría su marido? Ahora ya, como estaba casada, él podía disponerlo todo; él era el amo. ¿Seguiría haciendo las concesiones que había hecho por la mañana? Y aun cuando su marido se lo permitiera, ¿podría escaparse de casa de su padre político, sus traerse á las protestas y á las efusiones de sus parientes y amigos? Tenía que partir aquella misma noche á las siete, y el tiempo la iba á faltar casi de seguro. Además, su amor, el ruido y el movimiento que había desde por la mañana á su alrededor, cosas que habían de aturdirle y

despertó en derredor, y Leona oyó por todas partes estas palabras: «¡Qué preciosa es la novia!... ¡Qué gracia y qué distinción!... ¡Mirad qué bien vestida está!... ¡Parece una reina!... ¡No se ven todos los días novias como ésta!»

¡Aquella que todos alababan así, era su hija! ¡Su hija, á quien todo el mundo envidiaba! ¡Su hija, que acababa de entrar en una familia honrada, que llevaba un nombre respetado! ¡La hija de la pobre Leona se llamaba la señora de Clairvaux!

¡Ah! ¡ahora sí que no sentía haberse separado de ella, haberla educado en secreto, haberse escondido en la sombra para ponerla en la luz! ¡Cuánto se alegraba de todos sus sacrificios!

Cuando Luisa pasó á su lado, la miró y sonrió. ¿La había visto? Leona lo creyó, ó quiso creerlo, y entonces, completamente satisfecha, casi gozosa, orgullosa de aquel matrimonio, orgullosa de su hija, y orgullosa de sí misma por haber cumplido con sus deberes hasta el fin, se perdió entre la multitud, salió de la iglesia, y entró en su casa.

## XIX.

La pobre madre esperó ansiosa y anhelante. ¿Vendría Luisa? ¿Se lo permitiría su marido? Ahora ya, como estaba casada, él podía disponerlo todo; él era el amo. ¿Seguiría haciendo las concesiones que había hecho por la mañana? Y aun cuando su marido se lo permitiera, ¿podría escaparse de casa de su padre político, sus traerse á las protestas y á las efusiones de sus parientes y amigos? Tenía que partir aquella misma noche á las siete, y el tiempo la iba á faltar casi de seguro. Además, su amor, el ruido y el movimiento que había desde por la mañana á su alrededor, cosas que habían de aturdirle y

marearla, ¿la dejarían acordarse de su promesa?... Sí, sí; se acordaría; era seguro que en medio de su felicidad tendría piedad de su madre.

Entretanto, el tiempo pasaba, y acababan de dar las cuatro.

Lucía Aubré escuchaba atenta todos los ruidos, y se abalanzaba á la ventana en cuanto pasaba un carruaje por la puerta de la casa.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Si no vendrá!

Á las cuatro y media, un coche se detuvo bruscamente delante de la casa.

Leona abrió rápidamente la ventana; pero ya era tarde: la persona que había bajado acababa de entrar en el portal.

Entonces salió del salón, corrió á la escalera, y miró.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Lucía Aubré bajó rápidamente los escalones que la separaban de su hija, la cogió de la mano, y, arrastrándola hasta su alcoba, cerró las puertas.

—Ya veis cómo he cumplido mi palabra (dijo Luisa). He querido dedicaros mi primera visita de casada.... Tenemos dos horas para estar juntas.... y para estar completamente libres hasta la

hora del tren: traigo ya puesto el vestido de viaje.

—Sí, sí; ya lo veo (dijo Leona, resplandeciente). ¡Qué hermosa estás así, y qué buena eres!

—Buena...., buena para darme gusto, pues no cesaba de pensar en este momento. ¡Tenía tanto deseo de veros!.... De verte,—añadió, sonriendo.

—¡Ah!....

—Pero ya no estaré ridícula como esta mañana.... Ya no tengo que temer por mi vestido ni por mis volantes de encaje.... Podremos abrazarnos á nuestro gusto.... ¿Quieres? Yo lo estoy deseando.

—Sí, sí quiero.... ¡Ah, hija adorada de mi alma!.... ¡Qué dichosa me haces!

Y cogiéndola entre sus brazos, la estrechó largo tiempo.

Luisa la devolvía con afán sus besos y sus caricias.

Encantada, exaltada, Leona no pudo menos de murmurar:

—¡Qué cambio se ha operado en ti!

—¿Sí, verdad?... Yo te lo explicaré: he rezado mucho esta mañana en la iglesia, y mientras salían de mis labios las oraciones con gran fervor, he oído una voz que me decía: «Ama á tu madre, que ella te ha sacrificado su vida».

Esta voz era la de mi corazón, y la he obedecido.

Leona no respondió; lloraba de alegría, con la felicidad retratada en los ojos y el agradecimiento en el alma.

Al cabo de algunos minutos, Lucía Aubré se sentó y atrajo á su hija sobre sus rodillas. La habló mucho, mucho, dándole los más sabios consejos y las más prudentes advertencias, queriendo prevenirla contra todos los peligros de la vida.

Su corazón de madre la dictaba ideas y expresiones que la más casta de las mujeres hubiera admirado.

Luisa la escuchaba atenta, conmovida y enteramente conquistada por aquel amor maternal sin límites.

—¡ Ah! ¡ Madre mía, te amo, te adoro! — exclamó la joven, dominada y con amorosa exaltación.

Leona no habló más. Lo había dicho todo, y había oído las únicas palabras que ambicionaba hacía tantos años. Estas palabras la hicieron entrever el cielo.

Madre é hija se miraron amorosamente, y, abrazándose, confundieron sus dos almas en una sola.....

.....

A la seis de la tarde se separaron.

Entonces Leona, cuyos proyectos estaban concebidos hacía mucho tiempo, y que ya tenía hechos todos sus preparativos, dejó la habitación en que vivía y desapareció.

Todas las pesquisas del conde de Orchamps para encontrarla fueron inútiles.

La sombra no quiso ser un obstáculo á la luz.

FIN.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
1625 MONTERREY, MEXICO

KADJA

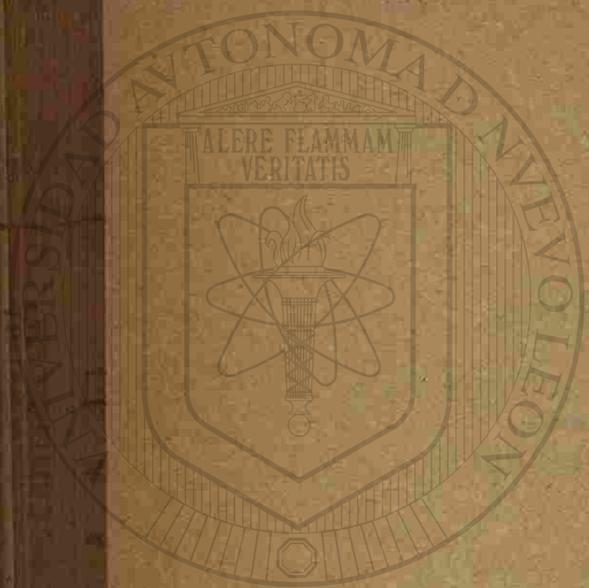
POR

JULES CLARETIE

Versión española de

ÁNGEL DE LUQUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTANUELO, MEXICO

## KADJA

I.

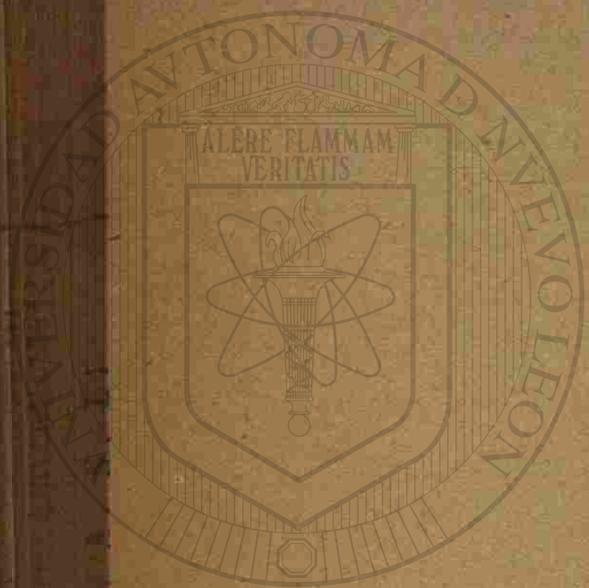
Todos los años, desde que era ya un hombre, Pedro Pomerio, colono de Plerin, pueblecito cercano de Saint-Brienc, iba á Jersey á hacer la siega y á sacar los cuartos á aquellos anglo-normandos que tienen necesidad de brazos extranjeros para recolectar sus granos y almacenarlos en las granjas. En dos semanas, Pedro Pomerio ganaba allí más que en tres meses en su país, y su madre recogía las monedas y las guardaba, detrás de las ropas, en el cajón del gran lecho-armario.

Pedro tenía ahora unos veintiún años. Forzudo como un luchador de feria, con puños para aterrar á un toro, tenía ojos azules, dulces

como los de una joven. Guapo mozo. Su madre, viuda, que no tenía á nadie más que á él, encontrábase algunas veces en un rincón de la casa, con la nariz metida en los almanaques y sus cabellos negros, derechos como varillas, rozando las páginas. Pedro Pomerio, con su amplio pecho de Hércules, era tímido, tímido como un *kloarek*. Además, amaba las historias, pasaba noches enteras algunas veces en los arenales con un viejo que le contaba las antiguas leyendas, y tan bien lo hacía, que Pomerio, por la noche, tenía miedo viendo los movimientos de los sauces ó los fuegos que flotan como estrellas que danzan en las lagunas.

¿Miedo?.... ¡Vamos! Pedro Pomerio no tenía miedo á nada. Llenábase la cabeza sólo de cosas imposibles, de historias en que las hadas sonreían, semidesnudas, con cabellos de oro destrenzados, en el fondo de los transparentes arroyos ó en las marejadas de los acantilados, ó con relatos en que pastores que no tenían más que su zurrón y su honda, encontraban en los parajes floridos, ó acurrucadas entre los juncos, princesas que huían de los malditos encantadores, feroces caballeros, y se casaban con los campesinos cuando los campesinos venían á sus perseguidores. Esto sucedía en los cuentos del viejo; pero Pedro Pomerio sabía

bien que esto no sucedía jamás en el campo; jamás, aunque se refiriese de cuando en cuando la historia, también asombrosa, de una especie de ladrona de Plouha, muy fea, que se había casado en París con un príncipe ruso. ¡Una perdida que había arrastrado sus andrajos por todos los caminos! Después de todo, acaso sería una hada. Pero esto no se sabe.

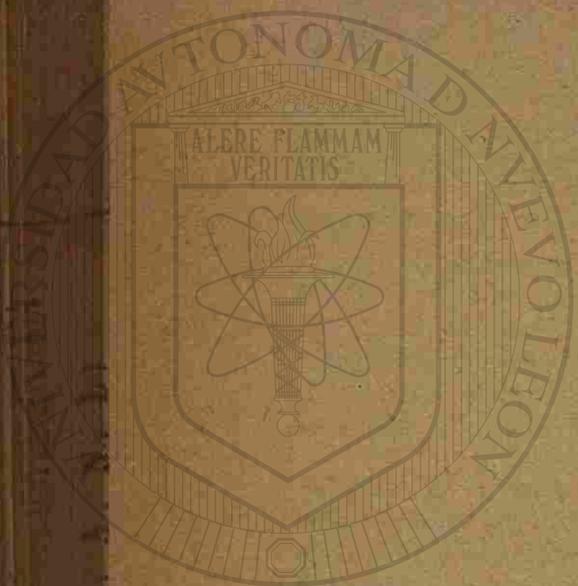


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

II.

Por lo demás, mofábase de las hadas, y de los cuentos del viejo, y de todo, por el momento. Pedro Pomerio subía de Jersey con doscientos doce francos en el bolsillo y un hermoso cuchillo de acero inglés de Sheffield, comprado en una cuchillería de King-Street. Un soberbio cuchillo, bueno para abatir un árbol ó degollar un toro. Y con su cuchillo, Pomerio llevaba agujas inglesas para su madre, y un corazón engarzado en plata, de granito de Jersey, rosa y negro, para regalarlo á cualquiera linda muchacha. Porque él quería casarse, por casarse, sin estar enamorado, y, sin haber elegido todavía entre las muchachas de Saint-Brieuc, las *Briochinas*, hermosas criaturas, que le miraban á los ojos como para de-



### III.

Aun no habían llegado á los Minquiers, los arrecifes donde se han estrellado durante siglos tantas naves, cuando se alzó el viento, y el barco comenzó á bailar como una cáscara sobre las olas. La mar se iba haciendo muy gruesa. Pedro Pomerio divisaba á lo lejos montañas de espuma que, rompiéndose con un estampido de cañonazo, hacían que los golpes de mar cubriesen de agua el puente, mientras el viento silbaba en las jarcias. Imposible abordar á Binic. El barco, con algo roto por la borrasca, se vió obligado á buscar refugio en Saint-Malo, adonde llegó con un viento terrible.

¡Buena! Hasta dentro de veinticuatro horas no se podría volver á partir. El tiempo necesario para reparar ciertas averías. Después de todo, ver las Maluinas no era del todo desagradable.

—¡Saint-Malo vale bien Jersey! —pensaba el bretón.

Tenía por delante bastantes horas hasta el día siguiente; y vagando, vagando por la vieja ciudad, paseábase aquella noche, esperando la hora de ir al café de Dol, en la callejuela de las Ecouffes, muy oscura, donde un maluino le había dicho que podría alojarse. Después de la mala noche anterior, el cielo estaba lleno de estrellas. El mar, á lo lejos, parecía dormido, fatigado por su misma furia. Pedro Pomerio iba y venía mirando el reloj de la catedral, mientras los tambores y las cornetas tocaban retreta en las estrechas calles, y toda la población parecía aletargada; al andar, Pedro no oía más que el ruido de sus tacones golpeando en el empedrado.

Pasó bajo una puerta en cuya bóveda, y colocada en un nicho, veíase una *madonna* blanca, rodeada de velas que lucían detrás de una vidriera. Pedro se inclinó. Llegó al muelle, y á lo lejos danzaban las luces alrededor de una especie de barracón, de donde salía una música que lo atraía.

Aglomerábanse las gentes, empinándose para ver mejor, delante de la barraca hecha de tablas y de lonas, que mostraba un frontón pintado de rojo, donde Pomerio leyó: *Concierto argelino de las sultanas*. Marineros, trabajadores del puerto, pescadores, campesinos, contemplaban con la boca abierta á un hombrecillo delgado y negro como el carbón, que llevaba en la cabeza un fez rojo, y que, con voz aguda y singular acento, gritaba: *¡Entrad, entrad!* á todo el mundo, y prometía sorpresas, danzas de odaliscas, canciones de harem—el paraíso de Mahomet—como decían bañistas de París, que alegremente, como en la fiesta de Saint-Cloud, entraban allí, desdeñando la *Mascotta*, que se representaba en el Casino, allá abajo, detrás de la estatua de Chateaubriand.

Y la voz, el *patois* semi-italiano, semi-levantino, del hombrecillo, lanzaba trompetazos que intrigaban á los mozos bretones:

—Venid, venid á ver la hermosa Kadoudja, Kadja, la hija del emir de Biskra, la más linda muchacha de la Argelia, que tendrá el honor de bailar ante la honorable sociedad la danza de las almeas de Tanger y de las kabilas del desierto!....

Pedro Pomerio no sabía lo que era un emir, y el reclamo del empresario le hacía el efecto

de la jerga que dos días antes oyera en King Street. Pero estos nombres le agradaban, sonaban dulcemente en sus oídos: ¡Kadja, Biskra, el emir, el desierto! Sentía despertarse en él curiosidades, como ante los libros y los cuentos del viejo.

—¡Entrad, adelante, seguid á la gente!

Pedro entró, atravesando por entre una porción de espectadores, y desde detrás de la puerta de tela, después de sentarse en un banco que le designaron, empezó á mirar á todas partes, con los ojos abiertos como platos. Estaba deslumbrado.

Le parecía que había entrado en una de aquellas grutas donde las hadas se reúnen, luciendo sus vistosos trajes, cuyos llamativos colores desaparecen tan pronto como uno se acerca á ellos.

Allí, sobre una especie de tablado de escenario muy estrecho, alumbrado por quinqués ahumados y sucios, dos mujeres y un hombre vestidos á la oriental permanecían inmóviles, fijando sus fatigadas miradas en aquel público abigarrado y extrambótico, donde los campesinos de Ile-et-Vilaine se codeaban con los parisienses de sombrero gacho y los paseantes de los bulevards en traje de verano.

Un músico, con un turbante en la cabeza,

esperaba paciente y soñoliento, delante de un piano viejo, á que llegara el momento de empezar la representación, y mientras tanto, los espectadores, á quienes la animación y la alegría les rebosaba por el cuerpo, miraban curiosos á los tres individuos á quien antes aludimos, que se hallaban sentados en almohadones árabes y vestidos con túnicas bordadas.

Una de las dos mujeres, baja, gorda, envuelta en faralares argelinos, dejaba caer la carne de su barba sobre el pecho y paseaba lentamente de un extremo á otro de la barraca sus grandes ojazos de rumiante. El hombre, un negrazo enorme del Sudán, vestido completamente de blanco, se reía sin hacer ruido, enseñando sus apretados dientes por entre dos carnosos labios que parecían los de un hipopótamo, y entre aquellas dos criaturas, de aspecto embrutecido la una, la otra de aspecto salvaje, como anonadada bajo el peso de la gran masa de carne de la mujer, aparecía una muchacha bellísima, morena, con ojos admirables sombreados por largas pestañas, con labios rojos, que contrastaban con la palidez mate de su semblante. Sus cabellos sueltos sobre la espalda parecían madejas de seda negra, que contribuían á que resaltase más la belleza del rostro, y se apartaban á un lado y á

otro por delante, como para que pudiese verse, gracias á lo descotado de su túnica, un seno aún no bien formado, como el seno de una virgen.

¡Ah! Aquella criatura adorable, Kadja, la hija del emir, había sido vista por Pedro Pome-rio desde el primer momento de su entrada, y fijaba en ella sus ojos, ojos de loco, de donde, por efecto de la luz artificial, parecía que se desprendían destellos azulados.

Allí estaba, inmóvil, con la cabeza descu- bierta, inclinado hacia adelante, con las ma- nos apoyadas sobre las rodillas, y envolviendo á la bellísima saltimbanqui en una mirada fija y ardiente.

El joven se comía con los ojos á Kadja, desde los pies á la cabeza, desde sus hermosos cabellos negros á sus diminutos pies, calzados con media blanca, y metidos en unas babu- chas coloradas con bordados de oro. Ella, por su parte, parecía haber visto entre el nume- roso público que tenía delante á aquel buen mozo, y poco á poco había ido volviendo su cabecita árabe hacia él, como para mirarlo mejor.

Era hermosa, hermosísima, aquella Kadja, bella como las visiones que se tienen en sue- ño, hermosa como el hada de Saint-Cast, con su corona de plantas marinas en la cabeza,

y Pedro no veía á nadie ni nada más que ella, y se acordaba de los cuentos que le había oído al viejo Yan, acompañados siempre de aquel estribillo:

—Es necesario no familiarizarse con las hadas, porque le traen á uno desgracias sin cuento.



IV.

El hombrecillo que un momento antes daba gritos, anunciando á voz en cuello la función á la puerta de la barraca, entró en ella, y con voz chillona dijo que iba á dar comienzo la representación.

—Aïcha, señores y caballeros, Aïcha; *la noble* argelina os bailará primero la danza de Túnez, luego el hermoso Alí el magnífico baile de las kabilas de Zaatcha, y la señorita Kadja, la hija del emir, el baile de las deliciosas hijas de Tánger.

Era tan bella Kadja, que todas las miradas se fijaban en su figura, mientras el *empresario* hablaba de ella; y aún la estaba mirando todo el mundo, cuando al son del cascado piano empezó á bailar la noble Aïcha, bufando como

una foca, y haciendo movimientos parecidos á los del elefante; bailaba y cantaba con voz sofocada, después de haber dado un gemido al ponerse de pie.

Algunos bañistas de Dinard ó de Paramé, que habían entrado en la barraca por curiosidad, se reían de lo lindo, como si se tratase de una exposición bufá propia de las revistas de fin de año, y la vieja Aïcha dejó caer sobre aquellos escépticos una furiosa mirada de sus ojos hinchados, que en otro tiempo debieron ser bellos.

—¡ Ahora le toca á Alí! Vamos, Alí; venga la danza de las kabilas.

Y la pobre Aïcha volvió á caer como un enorme talego sobre los aplastados cojines. Entretanto, el negrazo se retorció dentro de su túnica blanca, ceñida á la cintura por una faja de seda, liada en forma de cuerda. En sus amarillos ojos brillaba una expresión socarrosa, y en sus labios una sonrisa de triunfo, dirigidá una y otra á las mujeres que se tapaban la cara con los abanicos para reir más á sus anchas: al verle, cualquiera le tomara por una muestra de dentista haciendo gestos sobre el torso de un negro de la Porte-Saint-Martin.

Pero Pedro Pomerio nada veía: ni las cómicas contorsiones del bello Alí, ni la alegría de los espectadores que ocupaban los bancos

vecinos, ni el mal humor del *empresario* y del pianista ante la irónica actitud de la gente; sólo tenía ojos para Kadja, para la bella Kadja, cuyas miradas ardientes y voluptuosas no se apartaban de él, al paso que su sonrisa plácida no se borraba de sus labios.

El joven sentía un escalofrío cada vez que la veía sonreir así. Sentía que los oídos le zumbaban, como si aún escuchara el mugido del mar. Llegó casi á olvidar que no estaba solo, y dejó escapar un ¡ay! de gozo, que hizo volver la cabeza á dos ó tres de sus vecinos. Kadja abandonó su lecho de almohadones, y se irguió delante de él, esbelta y airosa como una flor, con los cabellos sueltos, los cuales sacudió con gracia, como si la pesaran demasiado. Tenía en la mano izquierda una pandereta, y con los brazos arqueados sobre la cabeza, golpeaba sobre el parche con la derecha, mientras su cuerpo se agitaba acompasadamente, con flexibilidades de reptil, y de sus labios frescos y rojos salía una canción monótona y extraña, como un canto de amor ó un gemido, como un triste recuerdo ó un romance tierno, al cual hacían coro el negro y la vieja Aïcha, llevando el compás con las palmas, y mezclando de vez en cuando gritos agudos como espolazos: ¡Kadja! ¡Kadja! ¡Aï, Kadja!....

Poco á poco aquel canto plañidero dominó

á Pedro Pomerio, quien, presa de una tristeza enorme, sintióse poseído del deseo de huir. Parecíale que en los ojos de Kadja, siempre fijos en él, había lágrimas, y que en aquella lengua, que él no entendía, quería decirle:

—¡Oh! ¡Quién será el destinado á venir para librarme! ¡Quién me salvará! ¡Quién me dará la libertad!

*¡Kadja! ¡Kadja! ¡Aï, Kaoudja!*

V.

Aplaudida, aclamada por todo el mundo, se detuvo, y de pie, anhelante, fatigada, con las sonrosadas alas de la nariz hinchadas por el cansancio, saludaba sonriendo, y dando las gracias, sobre todo á aquel mozo de largos cabellos, cuyos ojos azules no se apartaban de la *hija del emir*.

Á su saludo, como si fuera al de una princesa, aquella gente de sombreros redondos y blancas cofias contestaba con respeto, y al mismo tiempo con cierta cortedad.

Las pequeñas moluinas contemplaban los bordados de oro del traje de Kadja, de igual suerte que lo hubieran hecho tratándose del

Prefecto. Á su vez Pedro Pomerio saludaba; pero en su actitud había una decidida adhesión hacia la joven, y gran deseo mezclado con respeto.

—Señoras y caballeros (dijo con su extraña voz el *empresario*). La señorita Kadja va á dar una vuelta por delante de la honorable concurrencia... Lo que saque de la colecta es para ella. No olvidéis que es la hija del emir de Biskra. Esta señorita no ha tenido hasta ahora necesidad de bailar en público. La generosidad vuestra, espero que le recordará el palacio de su señor padre.

Los parisienses recibieron con socarronería este *speech* pronunciado con acento picaresco. La misma Kadja sonrió. Pero Pedro Pomerio, pálido y tembloroso, sólo pensaba: «¡Pobre muchacha! Nunca, hasta ahora, ha tenido necesidad de bailar en público.»

La joven había bajado del tabladillo, y con la pandereta en la mano recorría los bancos: las monedas de cobre caían con ruido sobre el pergamino, y ella daba las *gracias* en árabe con voz rápida y acento cariñoso.

Por fin llegó á Pedro Pomerio, que, en pie también, lívido, con las rodillas rozando con las de la joven, estaba como petrificado al influjo de aquellos ojos negros que se fijaban en sus azules pupilas. ¡De qué buena gana la

hubiera tomado en brazos y huído con ella de la miserable barraca! Contemplaba sus orejitas sonrosadas como las pechinas que recogía él en otros tiempos en Binic; su naricita, sus mejillas á las cuales una leve pelusa daba transparencia y colores de fruta madura; sus cabellos, que oían como un borguil de heno recién segado.

Sin decir palabra, tembloroso, extático, devoraba con las miradas á aquella hada sin semejante en el mundo: de cerca era infinitamente más bonita que de lejos.

Kadja se echó á reír, y, sin hablar, agitó la pandereta, como diciendo: «Vamos, ¿despacháis ó no?»

—Es verdad. ¡Ellos se lo daban todo!

Pedro revolvió su bolsillo al azar, recogiendo á la vez cobre y plata, todo lo que en él llevaba, y sacando lleno el puño, lo vació en la pandereta.... Resonó el ruido de la plata y el cobre al rebotar sobre el parche. Kadja se puso encarnada, sonrió, miróle, y exclamó:

—¡Oh!....

Y luego dijo en francés, con una vocecita dulce, cariñosa y un poco burlona, como la de una niña:

—¡Ah! ¡Bah! ¿Y el corazón también?

—¿Cómo el corazón?

Pomerio se fijó entonces. Como un gran

pez entre muchos menudos es arrastrado por la red, así él había revuelto con las monedas aquel corazón de piedra de Jersey comprado, no sabía ya si para María Bernen, Ana Plouharn, Juana Houat ó Lelia Gicquel, y con el dinero habíalo dejado sobre la pandereta, sin saberlo. ¡Bah! Jamás estaría mejor colocado el corazón de Jersey que sobre aquel pecho blanco, encima del cual se agitaban, con los movimientos de la joven, los zequies de su collar, medio oculto entre el descote de su traje de color de oro viejo.

—Sí (repuso Pedro, con los labios pálidos): sí; el corazón también.

Los negros ojos de Kadja lanzaron un relámpago de coquetería, y se entornaron luego de modo extraño. Envolvió al joven en su acariciadora mirada, y con su vocecita infantil, exclamó:

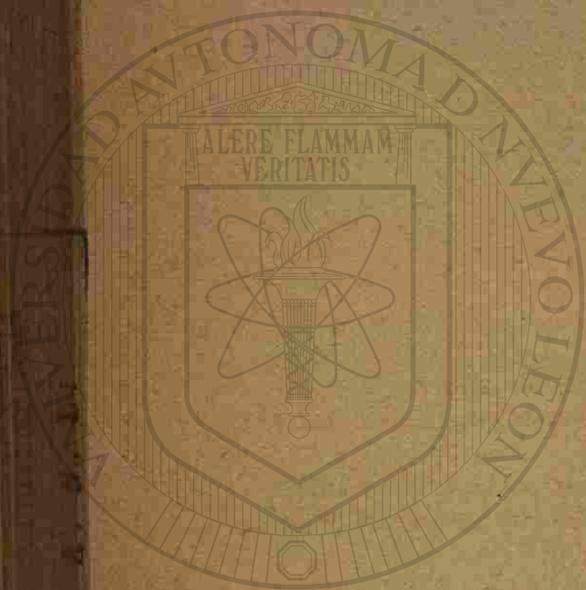
— ¡ Gracias ! ¡ Muchas gracias, caballero !

Ya estaba Kadja lejos del joven, y aún la seguía éste con los ojos. Habíase quedado como si los ojos de la joven le hubiesen petrificado, abrasándole el alma, ebrio por aquel *gracias* encantador. Seguía resonando el ruido del dinero al caer sobre el pergamino de la pandereta, y Pedro pensaba:

—Dadla cuanto queráis, que yo he hecho

más que vosotros. La he regalado un corazón comprado en el bazar de *King-Street*.

Y así y todo, parecíale poco aquel regalo de príncipe, tratándose de la hija de un emir que no siempre había tenido necesidad de bailar delante de las gentes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

VI.

—Tengo el honor de dar las gracias al respetable público,—dijo el empresario inclinándose.

Era llegado el momento de marcharse; iban á apagar las luces. Todos habían abandonado ya el local.

Pedro Pomerio permanecía contemplando á Kadja, ocupada en contar el dinero de la colecta. Cuando salió el joven, ella le miró con el rabillo del ojo. Y Pedro, ya en la calle, en medio de aquella noche clara, en la cual parecía que la luna alumbraba más, rielando sobre los estanques del muelle, echó á andar, dando vuelta á las fortificaciones, sin ver ni oír más que sus propios recuerdos, todos consagrados á aquella criatura morena que se balanceaba con flexibilidad y gracia á su presencia.

Nunca había visto mujer más bonita. ¡Y cómo le miraba pocos momentos antes! ¿Y el corazón también? ¡Caramba! El dinero, el corazón, los labios, todo se lo hubiese dado, todo lo hubiera puesto á los pies de la encantadora Kadja. Bien había hecho en guardar su navaja de Sheffield. Pero si ella se la hubiese pedido, también se la diera, como hizo con el corazón de Jersey. Aún le parecía escuchar «Gracias», ver aquellos ojos negros como la mora y aquel pecho blanco cual la nieve. Sin duda Kadja era una hada. Una hada ó una princesa, una hada como aquellas de las cuales hablaba Yan, y que á veces, semejantes á la de Créhen, se casan con un caballero, ó como la de la roca, que casó con un soldado. De todas maneras, casarse con Kadja y habitar en Plerin con ella, sería vivir en el paraíso. ¡En qué piensas, Pomerio! ¡Serás estúpido!, se decía. ¿La hija de un emir? ¡Por fuerza te has dejado los sesos en la barraca! ¡Sí, y se había dejado también el corazón!

¿Y el corazón también?

Y seguía andando y pasando por delante de la puerta en la cual ardían las bujías á los dos lados de la *Bone Dame*, y tropezando á cada paso gente que le parecía semejante en todo á la preciosa Kadja. Llegaba á su casa, tornaba á salir, y como si el sino suyo fuera dar en la

barraca, ya sumida en las tinieblas, encontrábase delante de ella sin saber cómo. Ya no había ni luces ni música. Estaba triste como los fuegos artificiales de Saint-Brieuc luego que se quema el castillo.

Á través de la lona no se percibía más que una lucecita que se proyectaba sobre la tela, semejante á una mancha de aceite. Oyó hablar, y acercóse dulcemente para oír mejor, porque había distinguido clara la vocecita de Kadja.

¡Pensar que estaba allí, detrás de aquella tela, sobre la cual pegaba Pedro los ansiosos ojos azules para ver si lograba verla! Atisbó más y más; el corazón le saltaba dentro del pecho. De pronto quedó estupefacto. ¿Estaba soñando? Era Kadja, quien hablaba con el maltés que había pronunciado el *speech*, y le decía:

—Verdaderamente es un guapo chico el bretoncito: y ¡me ha hecho tanta gracia cuando le vi dejar caer la joya en la pandereta!

¿Era un sueño lo que oía? ¿Era de él, de Pomerio, de quien hablaba? ¡No le había olvidado! Luego el maltés, primero con desabrimiento, después con acritud, por fin, colérico, exclamó:

—¡Bueno! Pues me vés á hacer el favor de no volver á acordarte del bretón, en la inteli-

gencia de que, si te diviertes en coquetear aquí como en Quimper, verás lo que te pasa.

—¿De veras?

—Te prevengo que si haces la sentimental con el corazón de Jersey, te tiro de cabeza al mar.

La disputa se agriaba: mezclábanse en ella palabras orientales y frases de *argot* del arrabal. El maltés debía estar en pie, amenazando á Kadja.

—¡Anda! Prueba á cogerme, y te tiro el vaso á la cabeza.

Era Kadja la que así hablaba. Al propio tiempo, Pomerio oía ruido de platos y cubiertos sobre la mesa: las risotadas del negrazo y el cloqueo de la enorme Aïcha, que acompañaba con aquel ruido la disputa.

—¡No me desafíes!—gritaba el maltés.

Pomerio adivinaba hasta los gestos. El hombre aquel se acercaba á Kadja, extendiendo las manos hacia el corazón de Jersey, que ella le enseñaba para darle rabia. De pronto, ruido de carne chocando contra la carne, resonó en los oídos de Pedro. El hombre debía haber cogido por el brazo á Kadja.

Aïcha y Alí, indiferentes, seguían bromeando.

Casi al nivel de su cabeza sintió Pedro chocar un cuerpo duro contra la tela, caer en

tierra y hacerse pedazos. Era el vaso de Kadja, que ésta había arrojado á la cabeza del maltés. Pero él debía tenerla sujeta, porque ella gritaba, se defendía, y decía con voz ahogada:

—¡Déjame! ¿Quieres dejarme? ¡Que me haces daño! ¡De veras te lo digo! ¡Cobarde! No, no te daré el corazón. ¡Ah! Pero ¿no me ayudáis, estúpidos? ¿No veis que me retuerce el brazo? ¡Que haces daño! ¡Socorro!

Al oír aquel grito: «Socorro», la sangre de Pedro se encendió, le subió á los oídos, resonando como si oyera campanas, y el joven, sin darse cuenta de lo que hacía, echó mano á la navaja de Sheffield, desgarró la tela verde de la tienda, y, separándola, se precipitó por la abertura como un loco, con el puñal en la mano.

El negro, que estaba acurrucado en un rincón, se levantó de un salto. El maltés, que tenía, en efecto, á Kadja cogida por las muñecas, volvióse hacia el joven, quien, con los cabellos en desorden y pálido como un muerto, iba sobre él. Sólo la enorme Aïcha permaneció impassible, royendo el hueso de un pollo, echada sobre un montón de cojines delante de la mesa.

El empresario, adivinando el peligro, rechazó á Kadja, quien, un tanto asustada, miraba á Pomerio sonriendo, orgullosa de su apa-

rición; pero ya Pedro tenía agarrado por el cuello al maltés, y, blandiendo el acero, colérico, le sacudía como un loco.

—¡Pero estáis borracho! ¡Alí, Alí!—decía el maltés.

Alí había puesto las negras manazas sobre los hombros de Pomerio, é hincándole la rodilla en los riñones, procuraba tirarle al suelo.

Pero el joven, que era muy robusto, despidió con violencia al maltés, que fué rodando por el suelo hasta tropezar con un baul, y volviéndose al negro, que en vano hizo presa en los cabellos del bretón, le abarcó por la cintura como hacen los luchadores, le puso en el pecho la barba, y apretando con hercúleo esfuerzo, hízole crujir los huesos, clavándole en la carne los féreos múseulos.

—¡Socorro! ¡Socorro!—repitió Kadja.

La gordinflona Aïcha seguía royendo el hueso como si tal cosa, limitándose á apartarse un poco para que no la pisaran. Entretanto, el maltés, saltando como un gato sobre Pomerio, le arrancó de entre los dedos el puñal-navaja de Sheffield.

## VII.

Quando Alí cayó al suelo, el bretón se enderezó un poco, después de colocar bajo su rodilla al negrazo medio ahogado, y mirando al hombrecillo que echaba espuma por entre los labios amoratados, y que con la cara casi brotando sangre le amenazaba con su cuchillo:

—¡El cuchillo, ó te ahogo!—dijo.

Dejó entonces al negro, cogió por el cuello al maltés, pero no pudo ver el brusco movimiento del hombrecillo. No oyó más que un grito agudo de Kadja, y sintió dentro del pecho un frío extraño, algo así como la impresión que produce un puñetazo.

Permaneció un momento de pie, le pareció que el maltés, que se había puesto verde, tenía miedo y echaba á correr. Luego la mano de

Kadja tocó su mano, y la voz de Kadja le preguntó:

—¿Os ha hecho daño?

Pomerio quiso contestar que no; pero vio que le habían hecho sangre; sentóse, y al desabrocharse la ropa, advirtió que se desangraba.

El cuchillo de Sheffield, que estaba en el suelo, se hallaba tinto en sangre.

A Pomerio no le dolía nada; estaba solamente sofocado. Parecíale como que le corría la sangre por dentro también.

No se quejaba; la cara morena de Kadja se le acercaba. Se le pasaban ganas de decirle: «¡Qué hermosa, qué hermosa estáis!»; pero la tienda se hallaba en aquel momento llena de gente, de marineros, calafates y trabajadores del muelle.... Luego, de pronto, toda aquella gente se separó de allí.... Llegaba la policía.

Aïcha dejó caer el huesecillo de pollo que se estaba comiendo, y empezó á gemir y lamentarse:

—No es nada (dijo). Una simple broma....; yo nada he visto, nada.... Estaba comiendo....

Un señor que llevaba una cruz en el ojal de la levita, el Comisario de policía del puerto sin duda, se acercó á Pomerio, y dijo:

—¿Es este el herido?

Pomerio veía detrás de sí al maltés, que,

pálido hasta la lividez, temblaba todavía, diciendo á todo el mundo que no podía explicarse cómo había sucedido aquello.

—¡Una desgracia, señor Comisario, una desgracia!

—Haced despejar la tienda.

Y cuando se halló casi solo con Kadja, el negro, el maltés y dos ó tres hombres más, uno de los cuales, sentado sobre un tapiz de la Argelia, iba escribiendo á medida que el Comisario interrogaba. Pedro Pomerio se sentía cada vez más débil; pero no triste, no; al contrario, le parecía estar soñando, y ser el héroe de una de aquellas historias maravillosas que Yan, el viejo Yan, le contaba á menudo, allá en su tierra, bajo el apacible cielo del país de las landas infinitas....

*Kadja, la hija del emir*, se aproximaba á él, y lo miraba como una de las hadas de aquellos cuentos miraban á sus favoritos, y en voz baja repetía:

—¿Sufrís mucho?

—No, no mucho....; esto no es nada.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó el Comisario á Pomerio.

—Pedro Pomerio, labrador, nacido en 1862 en Plerin, costas del Norte.

Á la luz de la lámpara, el alguacil escribía rápidamente.

—¿Y vos? ¿Vuestros nombres y apellidos?

—dijo el Comisario á Kadja.

Ella respondió con la mayor naturalidad:

—María Potard.

—¿Edad?

—Diez y nueve años.

—¿Nacida?

—En Vaugirard....

—¿No teníais más oficio que este?

—Dispensad. Era chalequera. Este señor (y señalaba al maltés) fué quien me dijo que me hiciese artista.

El herido se había estremecido, y quería levantarse.

¿Entonces Kadja.... no se llamaba Kadja?

¡Y su historia, su baile y sus sonrisas, todo era fingido!

Los ojos espantados de Pedro Pomerio se fijaban en la bella muchacha con expresión desesperada; y mientras, en voz baja, balbuceaba palabras extrañas. «Hija del emir.... Biskra.... María Potard....» Las lágrimas acudían á sus pupilas, y le hacían sufrir mucho más que la sangre que se escapaba de su herida.

¡María Potard!....

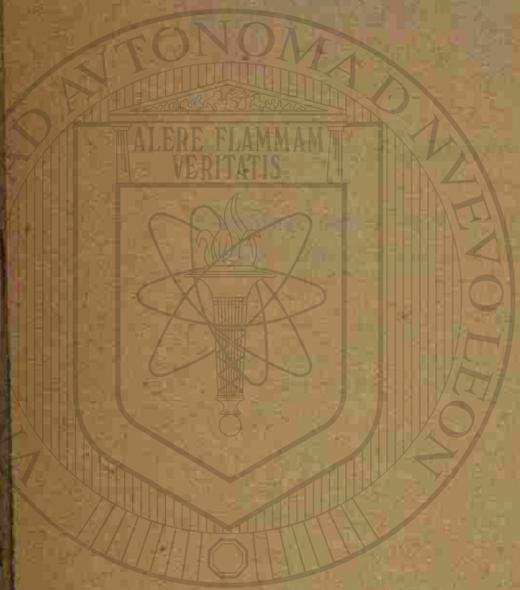
Cerró los ojos, y no quiso ver más. En su delirio, pronunciaba palabras extravagantes y vacías de sentido.

Lo llevaron al hospital. Cuando los mozos

de aquel establecimiento levantaban la camilla donde lo habían colocado, la bella Kadja se aproximó á él, y le dijo con voz brusca, pero ahogada por la emoción, alargándole el corazón de piedra de Jersey:

—No quiero conservar esto.... ¡Él tiene la culpa de todo!

—Al contrario (dijo el bretón suavemente); conservadlo, porque creo que no tendré tiempo de dárselo á otra.



VIII.

La viuda Pomerio, de Plerin, leyó algunos días después, en el *Petit Journal*, á través de sus gafas, las seis ó siete líneas siguientes:

«Anoche hubo una riña, seguida de puñaladas, en la barraca llamada el *Concierto de las Sultanas*, en Saint-Malo. Un individuo, llamado Pomerio, labrador, recibió una herida mortal, que le fué inferida por Tito Bonnafé, marsellés ó maltés, director de aquel establecimiento. Transportado al hospital, Pedro Pomerio murió allí á las pocas horas. Tito Bonnafé se halla detenido, así como una muchacha llamada Potard, quien, según parece, fué la causa de la riña. Pero es probable que el proceso se sobresea; pues, según se dice y él declara, Tito obró en legítima defensa.»

Y la viuda Pomerio permaneció largo rato pálida, fría, anonadada, sin poder creer que se tratase de su hijo, de su amado Pedro, que había salido el mes antes con objeto de recoger la cosecha en Jersey, y al cual estaba esperando la pobre, afanosa, hambrienta de abrazarlo y besarlo, como hacen las viejas que ya no tienen en el mundo más que los besos de sus hijos.

FIN

## LIBRERÍA

DE

## EL COSMOS EDITORIAL.

## OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromolitografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonssagrives.**—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto..... 30
- Fonssagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonssagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonssagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)..... 5
- Ponillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER*. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50

Y la viuda Pomerio permaneció largo rato pálida, fría, anonadada, sin poder creer que se tratase de su hijo, de su amado Pedro, que había salido el mes antes con objeto de recoger la cosecha en Jersey, y al cual estaba esperando la pobre, afanosa, hambrienta de abrazarlo y besarlo, como hacen las viejas que ya no tienen en el mundo más que los besos de sus hijos.

FIN

## LIBRERÍA

DE

## EL COSMOS EDITORIAL.

## OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Fonssagrives.**—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto..... 30
- Fonssagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Fonssagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Fonssagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados. (Quedan pocos ejemplares.)..... 5
- Ponillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER*. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.) 2,50

<b>Pouillet.</b> — <i>La Espermatorea. Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.</i> —1884: Un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Pouillet.</b> — <i>Tratado de los flujos blenorragícos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vagina y el recto, de sus acciéntes y de sus complicaciones, seguido de un Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos. Traducido de la última edición francesa por el Dr. D. Eduardo Blanco.</i> —1884: un tomo en 8.º mayor.	4
<b>Pouillet.</b> — <i>Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN EL HOMBRE. Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.</i> —1884: un tomo en 8.º mayor.	3
<b>Dumontpallier.</b> — <i>La Metaloscopia y la Metaloterapia ó el Burquismo. Conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, seguidas del Estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del Dr. Burq. Traducción de don Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.</i> —1883: un tomo en 4.º (Quedan pocos ejemplares.).	5
<b>Núñez.</b> — <i>Estudio médico del veneno de la Tarántula según el método de Hahnemann, precedido de un Resumen histórico del TARANTULISMO Y TARANTISMO, y seguido de algunas indicaciones terapéuticas y notas clínicas.</i> —1864: un tomo en 4.º	5
<b>Verdés.</b> — <i>Acción terapéutica del alcohol sobre las Pneumo y Cardiopatías agudas. Obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.</i> —1884: un tomo en 8.º mayor.	2
<b>Audouin.</b> — <i>Tratado de las enfermedades del estómago. Versión española de D. H. Carilla.</i> —1884: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Boletín oficial de la Sociedad Hahnemanniana Matritense.</b> —Cinco tomos en 4.º Cada uno.	40
<b>Anales de medicina homeopática, publicados por</b>	

la Sociedad Hahnemanniana Matritense. — Cinco tomos en 4.º Cada uno.	40
<b>Jaccoud.</b> — <i>Lecciones de clínica médica, dadas en el Hospital de la Piedad de París. (1.ª serie: 1883-84.) Versión castellana de D. Esteban Sánchez de Ocaña.</i> —1886: un tomo en 4.º	12,50
<b>Jaccoud.</b> — <i>Lecciones de clínica médica, dadas en el Hospital de la Piedad de París. (2.ª serie: 1884-85.) Versión castellana de D. F. Javier Santero.</i> —1886: un tomo en 4.º	12,50
<b>Santero.</b> — <i>Elementos de higiene privada y pública.</i> —1886: dos tomos en 4.º	20

EN PRENSA.

<b>Legrand du Saule.</b> — <i>Medicina legal.</i>	
<b>Olóriz.</b> — <i>Técnica anatómica.</i>	

LITERATURA.

<b>E. Delpit.</b> — <i>Las Représailles de la vida (novela), traducida por Miguel Bala.</i> —Madrid: un tomo de 415 páginas en 8.º mayor.	2,50
<b>Ulbach.</b> — <i>El Suplicio de un padre, traducida por Carlos Nésgra.</i> —Madrid. (Segunda edición).	2,50
<b>A. Ennery.</b> — <i>El Principe de Moria, traducida por Ricardo Hinojosa.</i> —Madrid: un tomo de 384 páginas en 8.º mayor.	2,50
<b>X***.</b> — <i>Al lado de la dicha (novela). Versión española de E. Nésgra.</i> —1883: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Henri Rivière.</b> — <i>El Combate de la vida.</i> —Primera parte: <i>La Juventud de un desesperado.</i> Versión española de P. Sañudo Antrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Henri Rivière.</b> — <i>El Combate de la vida.</i> —Segunda parte: <i>El Coronel de Breslac.</i> Versión española de P. Sañudo Antrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Henri Rivière.</b> — <i>El Combate de la vida.</i> —Tercera par-	

to: <i>Las Fatalidades</i> . Versión española de P. Sañudo	
Autrán.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Edmond.</b> — <i>La Leñadora</i> . Versión española de Miguel	
Bala.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Cubas.</b> — <i>El Ángel del presidio</i> (novela).—1884: un tomo	
en 8.º mayor.....	4,50
<b>Cubas.</b> — <i>La Mortaja de limosna</i> (novela).—1884: un tomo	
en 8.º mayor.....	4,50
<b>Ortega Manilla.</b> — <i>Orgía de hambre</i> (novela y cuentos).	
—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Zaccaro.</b> — <i>Los dramas de la Bolsa</i> (novela). Versión castel-	
lana de doña Faustina Saez de Melgar.—1884: un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Gautier.</b> — <i>Fortunio y La Muerta enamorada</i> (novelas),	
traducidas por un Aprendiz de estilista.—1884: un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Gautier.</b> — <i>Novelas cortas</i> .—1886: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Vascáno.</b> — <i>Jacier Malo</i> (novela).—1884: un tomo en 8.º	
mayor.....	2,50
<b>Bouvier.</b> — <i>Las Borgoñas del día</i> (novela). Versión españo-	
la de Ángel Luque.—Dos tomos en 8.º mayor.....	5
<b>Arsène Houssaye.</b> — <i>La Comedianta</i> (novela). Ver-	
sión española de un Redactor de <i>El Cosmos</i> .—Un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Jorge Ohnet.</b> — <i>Lisa Fleuron</i> (novela). Traducida por	
José de Olave.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Jorge Ohnet.</b> — <i>El gran Margal</i> . Traducción de J. de La	
Cerda.—1885: un tomo en 8.º mayor. (Segunda edi-	
ción.).....	3
<b>Jorge Ohnet.</b> — <i>Las Señoras de Croix-Mort</i> .—Traducción	
de D. Carlos de Ochoa: un tomo. (Segunda edición.)..	3
<b>Cuentos escogidos</b> de los mejores autores, tales como	
Báñez, Hoffmann, Erekman-Chatrion y otros.—1884:	
un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Cañizo.</b> — <i>Justicia y Providencia</i> (novela).—1884: un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50

<b>Barbey d'Aurevilly.</b> — <i>Lo que no muere</i> . Versión espa-	
ñola de Ricardo Pérez.—1884: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Cubas.</b> — <i>El Panal de miel</i> (novela).—1884: un tomo en	
8.º mayor.....	2,50
<b>Araubilet.</b> — <i>Agnes</i> .—Un tomo en 8.º mayor.....	4
<b>J. de La Cerda.</b> — <i>La Tela de araña</i> .—Un tomo en 8.º	4
<b>J. de La Cerda.</b> — <i>El gran problema</i> (novela).—1884: un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Dickens.</b> — <i>Días penosos</i> (novela). Versión española del	
Licenciado Barbadillo.—1884: un tomo en 8.º mayor.	2,50
<b>Fortunio.</b> — <i>La Virgen de Belém</i> (novela). Versión espa-	
ñola de Carlos B. Figueredo.—1884: un tomo 8.º mayor.	2,50
<b>Soles Eguilaz.</b> — <i>En el quinto cielo</i> (novela).—1884: un	
tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Eca de Queiros.</b> — <i>El Primo Basilio</i> (novela).—1884:	
dos tomos en 8.º mayor.....	5
<b>Paul Mahalin.</b> — <i>La Bella horchatera</i> . Primera parte:	
<i>La Víctima inocente</i> . Versión española de José Olave y	
Alonso.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Paul Mahalin.</b> — <i>La Bella horchatera</i> . Segunda parte:	
<i>El Castigo del culpable</i> . Versión española de José Olave	
y Alonso.—1884: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Trucha.</b> — <i>El Gabán y la Chaqueta</i> (novela).—1884: dos	
tomos en 8.º mayor.....	5
<b>Enault.</b> — <i>Gabriela de Célestange</i> (novela). Versión espa-	
ñola de Ángel Luque.—1884: un tomo en 8.º mayor...	2,50
<b>E. Zola.</b> — <i>Germinal</i> (novela). Versión española de An-	
gel de Luque.—1885: dos tomos en 8.º mayor de más	
de 500 páginas cada uno. (Segunda edición.).....	6
<b>E. Zola.</b> — <i>Su Excelencia Eugenio Rougon</i> .—Traducción	
de J. de La Cerda: dos tomos.....	5
<b>E. Zola.</b> — <i>El vientre de París</i> .—Versión castellana de	
D. Enrique Meric: dos tomos en 8.º mayor.....	5
<b>Belot.</b> — <i>Loca de Amor</i> .—Traducción de J. de La Cerda.—	
1885: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Belot.</b> — <i>La Culebra</i> (continuación de <i>Loca de Amor</i> ). Ver-	

sión castellana de J. de La Cerdá.—1885: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Belot.</b> — <i>Las corbatas blancas.</i> —Traducción de D. Angel de Luque.—1886: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Belot.</b> — <i>La explotación del secreto</i> (segunda parte de <i>Las corbatas blancas</i> ). Un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Belot.</b> — <i>La Pecadora.</i> Un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>La Muerta.</i> —Traducción de Carlos Frontaura y Carlos Ochoa.—1886: un tomo en 8.º mayor. (Segunda edición).....	3
<b>Fenillet.</b> — <i>Los amores de Felipe.</i> —Traducción de D. Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor.....	2,50
<b>Fenillet.</b> — <i>Un matrimonio en la aristocracia.</i> —Traducción de Miguel Bala.—1886: un tomo en 8.º mayor... ..	2,50
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Romances de ciego</i> (poesías).—1884: un tomo en 8.º.....	1
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Cuadros de género trazados á pluma.</i> —Un tomo en 8.º.....	2
<b>Ossorio y Bernard.</b> — <i>Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol.</i> —Un tomo en 8.º.....	2
<b>Galería de desgraciados</b> (poesías), escrita por una colección de distinguidos escritores y escritoras, ó ilustrada con grabados.—Un tomo en 8.º mayor.....	1

EN PRENSA.

**Clarotte.**—*Noris.*

Los pedidos de todas estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

